

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR

FUE

*Buscarte en
otros brazos*



2

Parte 1

Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria

MI ERROR FUE BUSCARTE EN OTROS
BRAZOS
PARTE I

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Próximamente](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Dedico esta serie a mis lectores.
Gracias por estar conmigo en cada libro
y por vuestro cariño y apoyo constante.
¡Un escritor no es nada sin vosotros!*

MI ERROR FUE BUSCARTE EN OTROS BRAZOS

PARTE I

PRÓLOGO

Laia escuchó como sonaba el timbre mientras terminaba de ponerse sus zapatillas nuevas. ¡Al fin su madre se las había comprado! Eran las que ahora llevaban todas sus compañeras de sexto curso. Le parecían simplemente fantásticas y estaba deseando que se las vieran puestas.

Se levantó de la cama y salió corriendo de su cuarto para enseñárselas a su madre una vez más y que apreciara lo acertada que había sido su compra, pues el precio merecía la pena solo por lo bien que le quedaban. Comenzó a bajar las escaleras de dos en dos, pero cuando iba por la mitad cometió un gran error, pues al levantar los ojos del suelo y ver al joven que acompañaba a su hermano, perdió el equilibrio y tropezó.

La niña se precipitó hacia delante, pero alguien fue más rápido y la cogió en brazos antes de que se cayera escaleras abajo.

—¿Te encuentras bien?

Cuando la muchachita alzó la vista y contempló los ojos plateados más hermosos que había visto en su vida pensó que no, que ahora mismo no se encontraba bien. Acababa de hacer el mayor ridículo de su vida y ese joven tan apuesto lo había visto todo.

—Sí. —Se separó de él y terminó de bajar las escaleras con la poca dignidad que le quedaba.

—No te preocupes, todos hemos tropezado alguna vez; lo importante es saber levantarse. Además, te has tropezado y levantado con mucho estilo.

La niña sonrió y se volvió hacia él para admirar una vez más al apuesto joven. Curiosamente, él no se había reído, como no paraba de hacerlo su hermano Ángel, que seguía desternillado en el vestíbulo.

—Yo tengo mucho estilo, sobre todo a la hora de levantarme —dijo alzando la barbilla y tratando de parecer más mayor, demostrándole su confianza en ella misma.

—No lo dudo. Me llamo Adair, ¿y tú?

—Laia.

Ambos se miraron sin decir nada más, pero por el joven e inexperto corazón de Laia empezó a latir algo que nunca antes había sentido. Algo que no tardaría en transformarse en amor.

Lo que ambos ignoraban era que desde ese instante sus vidas estarían unidas y que aprenderían que, a veces, amar no es suficiente..., ¿o sí?

CAPÍTULO 1



LAIA

—¡Va a ir genial! —me comenta sonriente mi novio, Carlos.

—Sí, genial. —Trato de sonreír, aunque mi voz suena despojada de toda emoción.

No he dejado de sentir un amasijo de nervios desde que me recogió en casa de mi tía para pasar unos días de verano en casa de mis padres. Hace más de un año que no vengo al pueblo. Los estudios me tienen muy ocupada, por lo que hasta ahora han sido mis padres y mi hermano los que siempre han venido a verme a mí. Me parece increíble cómo ha pasado el tiempo. Acabo de terminar mi primer año de carrera y he aprobado

todas; algunas por los pelos, pero me siento orgullosa de mí misma.

Me fui de casa cuando tenía diecisiete años, casi dieciocho; y ahora, con diecinueve, quiero pensar que ya no soy esa niña ilusionada y enamorada de Adair. Que en este año he vivido experiencias nuevas que me han hecho madurar y han dejado el pasado atrás. Eso es lo que creo pero, aun así, sigo sintiendo un gran peso en mi estómago y sé que el motivo de no haber venido antes a visitar a mi familia ha sido él. Mi idea era regresar solo cuando hubiera conseguido olvidarle, y creo que lo he hecho... Cuando me fui, ya había aceptado que él nunca sería para mí, que ya era hora de seguir adelante y dejar mi amor platónico de la infancia atrás. Sin embargo, a veces es más fácil decirlo que hacerlo. Me ha costado mucho dejar de pensar en él por el día y soñar con él cada noche. Por suerte, cuando apareció Carlos todo comenzó a tomar un rumbo

diferente y Adair pasó a un segundo plano en mi mente... o eso quise creer.

Observo a Carlos mientras conduce. Llevamos seis meses juntos y soy feliz a su lado. Lo pasamos bien y, además, es muy guapo. Es moreno, lleva el pelo corto de punta y sus ojos azules me miran con calidez. Es justo lo que necesito.

Estoy contenta por regresar al pueblo con Carlos y poder mirar a Adair a los ojos sin sentir nada... Me llevo la mano al estómago, pues este ha decidido pensar lo contrario. Me autoconvenzo de que estos nervios son por volver a casa, no por ver de nuevo a Adair.

—Ya estamos llegando, ¿no?

Miro por la ventanilla y enseguida reconozco las calles de mi barrio. El pueblo no ha cambiado mucho en este tiempo.

—Sí, mi casa está a dos calles —respondo sin apartar los ojos de la ventanilla, reconociendo el lugar donde crecí. Es curioso. Hasta ahora, que

he vuelto a verlo, no me había dado cuenta de lo mucho que lo he echado de menos.

Carlos aparca cerca de mi casa y sonrío al ver mi portal. Al bajar del coche y llegar a mi lado, me da un beso; yo no reacciono, me quedo parada. Le cojo de la mano y caminamos por la acera. Saco las llaves y abro la puerta del portal. Ya no puedo echarme atrás. Esto era lo que quería, ¿no? Volver y demostrarles a todos que había dejado el pasado atrás. Y sin embargo, cuando meto las llaves en la cerradura y me dispongo a abrir la puerta de casa, me pregunto si estará Adair y me entran dudas de si estaré o no preparada para verlo. Todo es más fácil cuando solo te lo imaginas y estás lejos; la realidad siempre es bien distinta.

—¿Lista?

Me giro hacia Carlos. Él me sonrío y yo le devuelvo la sonrisa por acto reflejo.

—Claro. Lista —digo, aunque en el fondo una voz me dice que me estoy engañando a mí misma.

ADAIR

Oigo abrirse la puerta de mi casa y me vuelvo al tiempo que Ángel entra por ella.

Hace casi un año que decidí alquilar un apartamento e independizarme. No es muy grande, solo cuenta con un dormitorio bastante amplio, una acogedora cocina y un baño completo. Lo que me llevó a decidirme por este y no otro es la gran cristalera que tiene en el salón y que le da tanta luminosidad a la casa. Al vivir en uno de los edificios más altos del pueblo, tengo unas preciosas vistas de este, de sus alrededores y del precioso lago que lo divide. La decoración no es gran cosa. Se nota la mano de mi madre en muchos detalles, sobre todo en las fotos que añadió, las alfombras o los cubresofás que eligió para mí. Aunque ya no viva en su casa, su toque sigue estando presente y no me molesta.

—No lo soporto. —Ángel tira las llaves en la mesa y va a la cocina a por una cerveza—. ¿Cómo

puede estar mi hermana con ese imbécil?

—Hola, yo también me alegro de verte, aunque no tanto de haberte dado una llave de mi casa. ¿Y si llego a estar acompañado?

—Hace tiempo que no estás con nadie... y además, te fastidias. Esto es culpa tanto tuya como mía.

Lo miro sin comprender mientras se sienta en el sofá y me tiende otra cerveza que ha cogido para mí.

—¿Y se puede saber por qué es culpa mía?

—¿Por qué tuviste que hacerme caso? ¿Por qué no luchaste por ella?

Tomo la cerveza y, tras sentarme a su lado, pego un trago y lo miro en silencio, por lo que Ángel continúa:

—Vale, ya hemos hablado de esto, en aquel momento creíamos que era lo mejor... ¡pero, joder, ese tío no te llega ni a la suela de los zapatos! —Da otro trago a su cerveza y chasca la

lengua—. Además, no me da buena espina. Tú eres policía, podrías investigarlo.

—Ya lo he hecho y está limpio.

Sonreímos.

—Tú la sigues queriendo.

Miro al hermano de Laia, pero no digo en alto lo que ambos ya sabemos. Que la quiero desde que me di cuenta, cuando Laia tenía dieciséis años, de que no la veía como a la hermana pequeña de mi mejor amigo, que esa niña de ojos verdes y pelo rubio oscuro se había colado en mi interior. Casi puedo recordar el momento exacto en el que lo supe...

* * *

Esa tarde habíamos quedado para jugar un partido de fútbol y estaba esperando a Ángel en la salita de estar de su casa. Por aquel entonces yo tenía diecinueve años, en julio haría los veinte, y

Laia acababa de cumplir dieciséis en enero. Estaba viendo lo que su padre tenía puesto en la tele cuando escuché unos pasos y me volví, creyendo que era Ángel, pero quien estaba frente a mí era la pequeña Laia, o más bien una chica que estaba lejos de ser la pequeña Laia. Llevaba una falda corta blanca y una camisa de tirantes, se había maquillado un poco y me miraba con una amplia sonrisa. Sus labios parecían más rojos que nunca y su pelo más brillante. ¿En qué momento la pequeña Laia se había convertido en una chica tan preciosa? Me quedé embobado con ella, mirándola, hasta que el padre de Laia gruñó y me recordó que no estábamos solos.

—No vas a salir así —dijo su padre con desaprobación.

—Mamá me ha dejado. Además, solo voy a una de esas discotecas para adolescentes. No me pasará nada.

Miré al padre de Laia, esperando que dijera que de eso ni hablar. ¿Cómo podían dejar a Laia

salir así? ¿A una discoteca? ¡Por Dios! ¡Si solo tenía dieciséis años, era una niña! Pero al mirarla allí, ante mí, fui consciente por primera vez de que se había hecho mujer, de que *yo la veía* como a una mujer, y que lo que sentía por ella no eran sentimientos de hermano mayor...

Ángel entró poco después en la salita y me dijo que nos fuéramos. Luego, como se había dado cuenta de cómo estaba mirando a Laia, me echó un rollo de amigo y me recordó lo mal que él aún lo seguía pasando porque la chica con la que estaba saliendo le había dejado hacía poco por otro. Enfurruñado, me dijo que ella rompió porque era demasiado joven, más o menos de la edad de Laia, y que a esos años aún no se sabía lo que se quería. Si yo empezaba a salir con su hermana, seguramente me pasaría lo mismo que a él y acabaría sintiéndome un imbécil al descubrir que lo mío era amor y lo de ella, solo un encaprichamiento pasajero.

En aquel momento lo negué todo, naturalmente; no pensaba reconocer lo que sentía por Laia, y menos cuando hacía solo unas horas que lo había experimentado, pero en el fondo sabía que tenía razón. Yo estaba preparado para tener una relación seria, pero Laia solo sentía por mí una admiración de niña; con el tiempo seguramente se le acabaría pasando. No podía atarla a una relación cuando apenas estaba desplegando las alas. Tenía que dejarla crecer, madurar, vivir... De repente me sentí muy mayor a su lado. Aunque solo nos llevamos tres años y medio, yo con diecinueve largos había vivido cosas que Laia no era capaz ni de imaginar y que podían hacerle olvidar sus enamoramientos de adolescencia. Por eso le prometí a Ángel que me apartaría de ella hasta que cumpliera dieciocho años.

* * *

Poco a poco vuelvo al presente y veo a Ángel zampándose una bolsa de patatas fritas que ha debido de traer de la cocina. Él no suele hablar mucho de lo que sucedió con la única relación que lo ha marcado, cuando se fue aquel verano, hace ahora casi cuatro años, a estudiar fuera unos meses, pero fuera lo que fuese, algo cambió para él.

Yo, por mi parte, me mantuve fiel a mi promesa y esperé hasta que Laia fuera mayor de edad, pero para cuando cumplió los dieciocho ya era tarde: ella había decidido estudiar lejos de aquí, lo cual, en parte, nos daba la razón a Ángel y a mí. Meses más tarde llegó a su vida *el imbécil*, como Ángel lo llama y como yo lo he llamado mentalmente más de una vez. Me gustaría pensar que lo que siento por Laia se me acabará pasando tarde o temprano, pero aún hoy sigo recordándola y tratando de continuar mi vida como ella lo ha hecho.

—El tipo se parece a ti.

—¿En serio es tan atractivo y carismático como yo? —Ángel sonríe mientras pego un trago a mi cerveza.

—Es moreno de ojos azules.

—Casualidad. De todas formas, yo no tengo los ojos azules.

—No, tú los tienes grises, igual que tu madre.

—Ángel se ríe, pues cuando era niño mi madre siempre me decía delante de mis amigos que era una suerte que, al mirarme a los ojos, fueran los suyos los que veía—. Por cierto, ¿qué tal le va a tu madre en el restaurante? Me alegra que al final aceptaras que tu padrastro te ayudara con los gastos. Era lo justo, los dos la queréis.

Desvió la mirada para que no vea en mis ojos cuánto me molestó tener que hacer eso. No es que no quiera a mi padrastro —es el único padre que he conocido—, pero cuando era pequeño y la veía trabajar en palacio, me juré que un día la sacaría de allí y me costó admitir que no era yo el único hombre de su vida. Ahora me alegro de haber dado

mi brazo a torcer, pues mi madre es feliz y eso es lo único que cuenta.

—Le va muy bien. Además, tú eres su mejor cliente. No sé quién pierde más, si ella o tú. Como casi nunca te deja pagar...

—Yo lo intento. —Ángel se ríe con ganas. En eso se parece a su hermana, Laia siempre está sonriendo.

—Sí, seguro.

Oímos la puerta y al poco vemos entrar a Robert.

—Estupendo, habéis empezado sin mí. Qué malos amigos tengo —dice yendo a la cocina a por una cerveza.

—Cuando os dejé las llaves de mi piso, no era con la idea de que me gorronearais la nevera —digo sin mucha seriedad.

—El otro día compré yo las cervezas —apunta Robert, sentándose con nosotros—. Y de las caras.

No añadido nada. Ellos aún siguen estudiando y no trabajan.

—Bueno, ya terminaréis esas interminables carreras y pagaréis vosotros. O mejor aún, tendréis vuestra propia casa y seré yo quien vaya a gorronear vuestra nevera.

—Eso está hecho. Pero, recuerda, corbata en la puerta... Es por si lo has olvidado. Tu puerta siempre está sin nada.

Le lanzo un cojín a Robert, que lo atrapa y se ríe.

—¡Dejadme en paz! —Les sonrío y me levanto—. Tengo que irme a trabajar. Quedaos si queréis.

—Últimamente haces muchas guardias por la noche —observa Ángel.

—A ver si te crees que esta casa se paga sola.

—No, pero empiezo a pensar que o bien lo haces para no pensar que mi hermana está aquí de

nuevo, o porque la rara y poco femenina de tu compañera no puede hacerlo todo solita.

—Deja a Dulce en paz.

—Esa lo único que tiene de dulce es su nombre —replica.

—Bueno, piensa lo que quieras —le contesto, pues no es la primera vez que me hace ese comentario—. Me voy.

Estoy cogiendo mis cosas cuando Ángel me dice algo que me para en seco:

—Esta noche pienso hacer guardia en el cuarto de mi hermana, por si al *imbécil* le diera por esperar a que todos durmamos para meterse en su cama.

—¿Crees que sería capaz de hacer algo así estando en la casa de sus suegros? —pregunta Robert.

—¡Es un tío! ¿Cómo no va a intentar hacer algo así?

—Si quieres, te dejo una de mis porras —comento sin volverme, tratando de no reflejar la

rabia que siento al pensar en ese desafortunado acariciándola.

—No es una mala opción.

—Sí, y de paso, que te deje uno de los perros policías que hay en el cuartel. —Robert se ríe—. No seas tonto. Seguro que Laia y ese tipo ya se han acostado más de una vez, no creo que aprovechen la casa de tus padres para hacerlo. Y si lo quieren hacer, lo harán. Tu hermana ya no es una niña.

Robert me mira como esperando que añada algo, pero yo abro la puerta y me voy sin escuchar lo que Ángel le contesta. Robert no sabe lo que siento por Laia; aunque es mi amigo, nunca le he hablado de este tema. Sé que de saber lo que siento evitaría hacer ese tipo de comentarios para no hacerme daño, pero no lo sabe. Además, tampoco ha dicho nada que yo no haya pensado más de una vez. No debería importarme con quién se acueste o se deje de acostar Laia, ya que desde que se fue, el que empezara a salir con un chico era cuestión de tiempo... Pero, joder, no puedo

soportar la idea de que esté con otro, y menos haciendo lo que ha dicho Robert. Solo de imaginarlo me dan ganas de unirme a Ángel en la vigilancia de esta noche, romperle la cara al *imbécil* si hace cualquier movimiento sospechoso y... Joder, ¿pero qué diablos estoy pensando? Estoy actuando como un estúpido.

LAIA

—Vamos, ¿por qué tanta prisa?

Me separo un poco de Carlos y abro la puerta de mi casa.

—Tengo sueño.

Él se acerca y me susurra al oído:

—Luego iré a tu cuarto...

Me recorre un escalofrío y una vez más me tenso cuando Carlos empieza a hablar de que lo hagamos. Sé que esto no es lo normal, que lo suyo sería que me apeteciera acostarme con él, pero cuando él quiere hacerlo... yo no puedo.

—Carlos, estamos en casa de mis padres. Ni se te ocurra...

—Venga, anda... —Me besa. Yo no le respondo, como me suele suceder cada vez que me doy cuenta de que los días pasan y que no estoy más preparada para profundizar en nuestra relación que el primer día, lo cual me hace preguntarme si no estaré cometiendo un error.

—¿Ya habéis llegado?

Levanto la vista y observo a mi hermano. Nos mira serio desde el pasillo y yo aprovecho la interrupción para irme.

—Bueno, yo me acuesto. Buenas noches a los dos.

Me voy antes de que Carlos pueda volver a besarme y, cuando llego a mi cuarto, cierro el pestillo de la puerta y apoyo la cabeza en la fría pared. ¿Qué me pasa? Desde que hemos llegado estoy peor con él, pues no veo que Carlos encaje en mi mundo. En donde residía con mi tía era posible, aquello era todo nuevo para mí y Carlos

era igual de nuevo; pero aquí, en mi pueblo..., no me siento cómoda con él. Y sé que es injusto, porque Carlos siempre ha sido muy bueno y atento conmigo..., bueno, menos cuando sus manos parecen las de un pulpo, pero excepto eso, es buen chico.

Me dejo caer en la cama sin preocuparme de ponerme el pijama. Necesito unos instantes de relax y plantearme qué puede significar lo que estoy sintiendo. ¿Habré hecho bien en empezar a salir con Carlos? No, ¿verdad?...

Me remuevo en la cama y cometo el error de dirigir la mirada a la estantería de mi cuarto. Allí, entre mis peluches de niña, está el osito que me regaló Adair cuando hace unos años estuve en cama varios días con fiebre. Me levanto y tomo el peluche. Justo a su lado hay una foto donde aparecemos mi hermano, Adair y yo con una amplia sonrisa en el rostro. Acaricio con los dedos la foto.

—¿Por qué no puedo olvidarte? —Nada más decir esto en alto, noto como mi mano tiembla y los ojos se me llenan de lágrimas. Llevo mucho tiempo tratando de ignorar esa pregunta. Tratando de negar lo que siento e intentando por todos los medios seguir adelante con mi vida sin él. Aún recuerdo el último día que lo vi, el día de mi despedida...

* * *

Mientras terminaba de meter mis cosas en el coche, escuché a mi hermano saludar a alguien. Me volví y allí estaba Adair, tan magnífico e increíble como siempre. Le saludé y seguí guardando bolsas en el maletero. Una vez estuvo todo dentro y llegó el momento de irme, me volví y lo miré. Él se quedó observándome con sus penetrantes ojos plateados, me hizo un pequeño saludo con la cabeza y me dijo:

—Sé feliz.

Y se fue. Me quedé mirándolo hasta que le perdí de vista, sabiendo que, pese a mi decisión de irme, en el fondo deseaba que él viniera a abrazarme y me pidiera con lágrimas en los ojos que me quedara, que no podía vivir sin mí...

* * *

Siempre he sido una estúpida. Dejo el peluche en la estantería y me pongo el pijama. No ha sido buena idea venir aquí. De pronto, todos los recuerdos que llevo un año tratando de olvidar con todas mis fuerzas han aflorado a la superficie... ¿Por qué no puedo hacerlo?

CAPÍTULO 2



ADAIR

—Menos mal que solo me queda soportarlo un día —comenta Ángel.

Hemos salido a tomar algo a una de las discotecas del pueblo. Hoy hay mucha gente, así que hemos optado por quedarnos en la barra. Como estoy haciendo tiempo para entrar a mi turno de noche, yo solo bebo refrescos.

—¿Y qué?, ¿qué tal se te ha dado tu vigilancia?

—Bien. Mi hermana ha cerrado la puerta con pestillo todas las noches. —Ángel se ríe, pero yo me tenso. ¿Habrà pasado algo para que Laia tome esa medida?

—¿Y eso?

—Supongo que por respeto a mis padres — comenta Ángel sin darle importancia. Aun así, sigo preocupado; aunque si hubiera pasado algo Laia ya le habría plantado, supongo.

Termino mi refresco y miro el reloj.

—¡Eh! ¡Mira las bellezas que acaban de entrar! —exclama Robert tomando a Ángel del cuello para que siga su mirada.

—¡Vamos!

Les echo un vistazo: no deben de tener más de dieciocho años.

—Aseguraos de que son mayores de edad. No me apetece meteros en la cárcel por asaltacunas.

—Seguro que tienen alguno más —alega Robert.

Robert y Ángel se ríen y se van hacia ellas mientras yo les miro. Robert cambió mucho desde que Elen, la mejor amiga de Laia, le dijo que no sentía nada por él. Es como si ahora no pudiera dejar de estar con unas y con otras, si bien a Ángel le pasa tres cuartos de lo mismo. Mi intuición me

dice que ambos esconden algo en su interior que les hace actuar de esa forma despreocupada; a veces tengo la sensación de que ambos intentan llenar el vacío que sienten. En el caso de Robert sé que es debido a que sus padres lo dejaron a cargo de sus abuelos porque no quisieron responsabilizarse de él, pero en el de Ángel no sé a qué puede deberse... O puede que sí. Desde lo que le sucedió aquel verano, no ha vuelto a tener una relación seria con nadie. En fin, ellos verán lo que hacen.

Pago mi bebida y la de estos dos y, cuando me vuelvo para irme, me choco con alguien.

—Lo sien... —La joven alza la cabeza y enseguida me encuentro con dos ojos verdes que conozco muy bien.

—Laia.

—Adair... —Laia me mira seria. Sus ojos no se apartan de los míos, nos estudiamos mutuamente. Su cara ha perdido los rastros de niñez que le quedaban, sus rasgos están más

definidos y está más hermosa si cabe. Su pelo rubio oscuro cae por su espalda ligeramente ondulado y lleva los labios pintados con un suave tono de brillo. Dios, ¿por qué he tenido que mirar sus labios?... Me tenso y procuro mantenerme serio, intentando por todos los medios que no note lo que me produce volver a verla.

—¿No vas demasiado escotada? Me extraña que a tu novio no le importe que todos te miren.

La cara de Laia pasa de la alegría al enfado en un segundo. Se yergue todo lo alta que es y me observa con fuego en los ojos.

—Hola. Yo también me alegro de verte... ¿Tanto te cuesta ser amable conmigo?

Por un segundo estoy tentado de decirle que lo siento. Que soy así de torpe cuando trato de fingir que me es indiferente, de protegerme, y que lo que en el fondo quiero decirle es que odio ver lo guapa que se pone para el *imbécil*.

—Hola, Laia. Me alegro de verte tan bien. Tengo que irme a trabajar.

—Empiezo a alejarme de ella, a pesar de ser justo lo contrario a lo que me muero por hacer: abrazarla y apartarla de su novio.

—Creía que habrías cambiado.

Pese a la música, la escucho perfectamente. Me quedo quieto y cierro los puños con fuerza. Por un segundo estoy tentado de volverme y decirle que no he cambiado, que si siempre me comporté como un tonto con ella era por lo que sentía, por mi promesa, y que si ahora sigo haciéndolo es por respetar que ella le haya elegido a él..., pero finalmente me voy. No tiene sentido decir algo que solo nos haría daño a los dos.

LAIA

Observo a Adair irse y noto como mi corazón sigue latiendo con fuerza, como lo ha hecho desde el instante en que mis ojos se han posado en los suyos. No he podido olvidarle en todo el año que

llevo fuera y, ¡maldita sea!, en el fondo creo que nunca lo haré. Se me llenan los ojos de lágrimas por la impotencia de no poder dejar de querer a alguien que es evidente que no siente más que indiferencia por mí. Ojalá yo sintiera lo mismo por él. Está más guapo incluso de lo que recordaba. Su pelo negro le caía despeinado por la frente y el cuello de la camisa y, pese a la poca luz del local, he podido atisbar sus intensos ojos plateados. También está mucho más musculado que antes, supongo que por su trabajo como policía. Siempre fue muy guapo, pero con los años se va haciendo cada vez más atractivo.

—Estás aquí. —Miro a Carlos, y ahora sé con absoluta certeza que solo estoy con él porque su pelo negro y sus ojos claros me recuerdan a los de Adair..., pero no es Adair, y es hora de que acepte la verdad y que deje de esforzarme por sentir algo que no he sentido un solo día en los seis meses que llevamos saliendo.

—Sí... Carlos, me gustaría salir y hablar...

—Claro.

Salimos a la calle y me echo la chaqueta sobre los hombros —aunque estamos en verano, por las noches refresca un poco—. Nos alejamos despacio del local.

—¿De qué quieres hablar? —Llevamos un rato andando y aún no he abierto la boca; no sé cómo decir algo así. Carlos no se merece esto, por mi culpa lo voy hacer sufrir. Me siento una miserable.

—Lo siento.

Carlos se detiene y me mira serio.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Me detengo y me doy cuenta de que estamos en una zona muy oscura y alejada de la discoteca. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Le resto importancia al sitio y miro a Carlos, iluminado por la luz anaranjada de una vieja farola.

—No estoy bien. —Se me llenan los ojos de lágrimas por el daño que estoy a punto de infligirle y alzo la mano para acariciar su cara—. No puedo

seguir contigo. Eres maravilloso, el hombre con el que todas las chicas soñamos... —Hago una pausa y lo miro, esperando ver en su rostro una profunda tristeza, pero lo que encuentro me hace dar un paso atrás. Sus ojos me miran con odio y furia—. ¿Carlos?

—¿Pretendes que te deje ir sin más? ¿He aguantado seis meses tus pretextos para no meterme en tu cama, para que ahora me vaya sin ello?

Doy otro paso hacia atrás, mirando a Carlos como si lo viera por primera vez, aterrada, pero al mismo tiempo sintiéndome mal por sentir este tipo de miedo por él.

—Yo...

—¡No eres más que una provocadora! Siempre vistiéndote con esas ropas ajustadas para que pueda imaginarte pero no tocarte. ¿Te crees que soy un santo?

Lo miro sin comprender y me voy hacia atrás hasta chocar con la pared.

—¡Vas lista si piensas que vas a cortar conmigo sin más, porque voy a cobrarme lo que me merezco por aguantarte! ¡Todo esto es culpa tuya por provocarme!

Y dicho esto, se abalanza sobre mí sujetándome el brazo con fuerza y me lleva a rastras hacia el callejón. Trato de frenarle, pero tira de mí como si no pesara nada, como si mi resistencia no le supusiera ningún impedimento. Me lanza con fuerza contra la pared y caigo al suelo con un quejido de dolor. Mi bolso también cae y su contenido se desparrama por la acera. Sin perder tiempo, cojo el móvil, lo desbloqueo y pulso el uno, que es donde tengo guardado el teléfono de la policía, pero Carlos me golpea la mano con rabia y el móvil sale disparado y queda fuera de mi alcance.

—¡Ayuda! Por favor, ayuda... ¡Por favor! — grito con la esperanza de que haya conseguido marcar o que alguien que pase por aquí me escuche.

Carlos me golpea en la cara y no tardo en notar el sabor metálico de la sangre en la boca. Trato de levantarme, pero se pone encima y me rasga la camisa con facilidad. Grito de dolor y de rabia por no poder hacer nada, por no poder moverme. Siempre creí que si alguien me atacara podría escapar, pero esto es horrible. Mi cuerpo está totalmente indefenso bajo sus musculosos brazos.

—No sabes cuánto he deseado verte desnuda...

Grito por el asco que me producen sus palabras, y más cuando sus manos cogen mis pechos y los aprietan haciéndome daño. Una vez más me remuevo. Su cuerpo me aplasta, inmovilizándome. Esto no puede estar pasando, no puede estar pasando...

—Esto te pasa por ser una calentabraguetas...—Chillo una vez más con todas mis fuerzas, pero él me abofetea tan fuerte, que me deja atontada. Cuando noto que me levanta

la falda, reacciono un poco e intento de nuevo alejarlo de mí, pero no puedo, no puedo... Mi fuerza es insignificante comparada con la suya. Nunca me he sentido tan impotente, tan débil... Ahora mismo mi vida está en manos de otra persona y yo no puedo hacer nada...

ADAIR

—Entiendo. Sí, estamos cerca. —Dulce cuelga y me observa con sus intensos ojos violetas, blanca como el papel. No hace falta que me diga qué pasa para saber que se trata de una joven pidiendo ayuda. Yo hace poco que he montado en el coche, pues Dulce estaba cerca de la discoteca y me ha recogido allí.

—Dime la dirección —le pido sin dejar de estar pendiente del tráfico.

—Han localizado la llamada en los viejos almacenes que hay cerca de la discoteca. No saben

gran cosa. La joven gritaba pidiendo ayuda y, por lo que parecía, no estaba cerca del móvil.

Me tenso y enseguida pienso en Laia, pero luego me digo que estará con su impecable novio, besándose por algún lugar lejos de allí.

Llegamos en pocos minutos y, cuando bajamos del coche, escuchamos el grito de la joven amortiguado por algo. El desgraciado que la está atacando debe de haberle tapado la boca. Corremos Dulce y yo hacia el lugar donde se ha escuchado el grito. Al doblar la esquina, observo a un joven encima de alguien.

—¡Aléjese de ella! —El joven da un respingo, se levanta y echa a correr. Yo le persigo mientras Dulce va a atender a la joven. No tardo en atraparlo y ponerlo contra la pared.

—¡Ni se te ocurra moverte!

A duras penas logro contenerme. Odio a los violadores. No es el primer caso que veo y estas personas que se aprovechan de su fuerza para

conseguir lo que quieren aunque les digan que paren me producen un gran asco.

—Tienes derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que digas podrá ser utilizada en tu contra...

Lo meto en el coche tras esposarle y leerle sus derechos y cierro la puerta para regresar junto a Dulce, que se ha quedado con la víctima de la agresión mientras llamo a una ambulancia. Me quedo a unos metros, por si la joven está sin ropa—no quiero que se sienta más violenta—. Dulce lo pasa muy mal en estas situaciones, pero sé que su presencia ahora calmará a la joven más que la mía.

Llamo a urgencias y le doy la dirección a la ambulancia mientras observo a Dulce: ha echado su chaqueta por encima a la joven, que grita histérica que la deje. Que no la toque. Me quedo quieto y, cuando vuelve a gritar, reconozco esa voz. Mi mundo se paraliza, siento como si alguien hubiera extraído toda la sangre de mi cuerpo, para después darme un golpe mortal. «No puede ser...»

Camino hacia Dulce, pero esta levanta una mano para que no me acerque más y me obliga a mirar por encima de ella. Veo el pelo rubio de Laia sobre la chaqueta de Dulce. Me tiemblan las piernas y una furia incontrolada me hace volver al coche, pero las palabras de Dulce me hacen volver a la tierra y detenerme.

—No puedes golpearlo... ¡Te buscarás la ruina!

—¡Es Laia! ¡¡Laia!! ¿Qué esperas que haga?

Dulce me mira con sus bonitos ojos, que se llenan de lágrimas, pero no llega a derramarlas.

—Adair, tranquilízate, hazlo por ella. Ahora te necesita más que nunca.

Poco a poco me voy calmando y me vuelvo para ir hacia Laia. Está hecha un ovillo en el suelo, abrazándose a sí misma y protegiéndose con la chaqueta de Dulce. Por el suelo veo desparramados su bolso, sus objetos personales y su ropa rota. Una vez más me invade la furia y, sobre todo, la impotencia. No sé qué decirle, qué

hacer. Solo sé que me cambiaría por ella sin pensarlo para que no hubiera tenido que pasar por esto. Ella no se lo merecía; nadie se lo merece.

—Laia... —Noto mi voz rota y me callo; no quiero asustarla. No me contesta. Me agacho junto a ella y poso cuidadosamente una mano en su tembloroso hombro.

—¡No me toques! —chilla alzando sus ojos hacia mí, reconociéndome.

Trago con dificultad al ver su cara magullada y su labio partido y con sangre, y me invade un enorme deseo abrazarla, de darle el consuelo que necesita ahora mismo. Sin embargo, aun sabiendo quién soy, sus ojos verdes se llenan de miedo y me grita:

—¡Vete! No quiero que nadie me toque.

Me quedo paralizado, cumpliendo su deseo, pero impotente. Escucho a lo lejos la sirena de la ambulancia, que no tarda en aparcar a nuestro lado. Los sanitarios descienden de ella rápidamente y tratan de acercarse a Laia, pero esta

sigue gritando que nadie la toque. Yo presencio la escena como si no fuera real, como si no estuviera allí. Al final uno de los ATS logra darle un tranquilizante y, cuando Laia se va calmando, la cogen y la colocan en la camilla, tapándola con una sábana, pues sigue medio desnuda. Me quedo quieto mientras la suben a la ambulancia, sin saber qué hacer. Quiero estar con ella, pero sé que ahora mismo mi presencia solo le haría daño. Cojo el móvil y veo a Dulce acercarse.

—He llamado a Alan para que se lleve él el coche con ese desgraciado; no creo que ahora mismo sea bueno que te enfrentes a él. Nosotros te cubrimos, vete con Laia.

El de la ambulancia me mira, como preguntándome si les acompaño.

—Es normal que ella ahora no quiera verte pero, aunque diga lo contrario, te necesita... —me dice Dulce.

—Sí, pero no quiero hacerle daño...

Dulce apoya su mano en mi brazo, dándome ánimo.

—Lo sé, nunca lo dudaría de ti.

Tomo aire y subo a la ambulancia. Laia está tumbada en la camilla, ya más calmada gracias al tranquilizante que le han dado. Al ver de nuevo sus magulladuras, la impotencia hace que los ojos se me nublen. Saco el móvil y busco el teléfono de Ángel en la agenda. Es mejor que se entere por mí de lo que ha pasado, pero no sé cómo contarle esto. ¿Cómo se le dice a una familia que han violado a su hermana, a su hija? Marco el número y tarda un poco en responder.

—¿Qué pasa, Adair? ¿Cómo lo llevas? —Su voz es risueña. Robert y él deben de seguir de fiesta.

—Ángel, tengo que decirte algo importante.

Él no tarda en notar mi voz dura.

—Espera un momento. —Noto como el barullo de la discoteca se amortigua a los pocos

segundos y me dice—: Habla, ahora te escucho mejor.

—Es sobre Laia... —Trago el nudo que tengo en la garganta y la miro una vez más.

—¿Laia? ¿Le ha pasado algo?

—Su novio..., yo creo que era él..., la ha violado.

Ángel guarda silencio asimilando mis palabras.

—Vamos ahora hacia el hospital. Está magullada pero estable.

Laia se remueve en la camilla y veo como los ojos se le llenan de lágrimas.

—¿Estás de coña?

—Sabes que nunca bromearía sobre algo así.

Llama a tus padres.

—¿Has matado a ese cabrón?

—Ganas no me han faltado.

—De acuerdo, voy para allá —dice con la voz rota y, sinceramente, no me extraña.

—¡Déjame! —El grito de Laia me hace volverme hacia ella: está tratando de levantarse y el asistente, tratando de sujetarla—. ¡No me toques!

—¡Laia!

Ella me mira sin verme; su vista está fija en algún punto desconocido detrás de mí y la luz que habitaba en sus ojos verdes se ha apagado, ya no muestran esa alegría que siempre les rondaba.

—Tranquilo, es normal que reaccione así por lo que le hemos dado. La relaja un poco, pero no podemos dormirla.

—Lo comprendo.

Trato de coger la mano de Laia, pero esta la aparta y se hace un ovillo. Ya en el hospital, me quedo mirando como se la llevan en la camilla pasillo adelante.

—¿Y mi hija?! —La madre de Laia llega seguida de su padre, ambos a medio vestir.

—La han mandado a urgencias para examinarla.

Se van hacia donde les indico. Poco después aparecen Robert y Ángel, que trae la mirada perdida y descompuesta. Supongo que sería igual a la mía si dejara salir lo que ahora mismo siento. En este sentido, Ángel siempre fue más expresivo.

—¿Dónde está?

Se lo indico y se dirige hacia allí a grandes zancadas. Robert y yo nos quedamos en la sala de espera.

—¿Cómo estás? Lo miro serio y, poco a poco, voy consiguiendo apaciguar mi rabia, mi dolor y mi frustración delante de él.

—Bien. No es mi hermana.

—No, no lo es, pero Laia siempre te ha importado. —Lo miro sorprendido—. Aunque os penséis Ángel y tú que no me doy cuenta de las cosas, no es así. Alguna vez te he picado para ver si me lo contabas..., pero bueno, eso no importa ahora.

—Lo siento. —Me siento algo culpable por no haber confiado antes en él, pero no es porque

no lo considere mi amigo. De hecho, si Ángel no lo hubiera descubierto por sí mismo, tampoco le habría contado nada a menos que existiera una posibilidad de tener algo con Laia... En cualquier caso, esa posibilidad se ha esfumado. Este acontecimiento lo ha cambiado todo.

—No pasa nada. No me puedo imaginar lo que sentiría si estuviera en tu lugar. Nunca he querido a alguien hasta ese punto y creo que nunca lo haré... —Robert pone su mano sobre la mía y me la aprieta en señal de apoyo—. Pero no te preocupes, estaremos con ella.

Me siento impotente. Por mucho que esté a su lado, por mucho que la ayude... nunca podré cambiar el pasado. He visto más casos de violación y sé que esto la marcará para siempre... Robert guarda un silencio cómplice, hasta que de repente pregunta:

—¿Crees que la ha dejado embarazada?

Miro a Robert y me quedo observándolo sin saber qué decir. Me recorre un escalofrío y me

levanto inquieto. No por lo que ha dicho Robert — si lo estuviera, tanto yo como su familia la apoyaríamos con lo que decidiera—, sino por imaginarme a ese desgraciado encima de Laia sin que ella pudiera impedirlo. Me siento impotente una vez más y me siento morir por lo sucedido cuando vuelvo a revivir la escena en mi mente.

* * *

—Tómate esto, te sentará bien.

Observo a Dulce a mi lado. Sus ojos violetas me observan con cariño. Aún va con el uniforme azul oscuro de policía y con su pelo rubio trigo recogido en una coleta, como de costumbre.

—¿Qué haces aquí? —digo tomando la tila humeante que me ofrece.

—Somos amigos, ¿no? Me necesitabas — Dulce me sonríe, pero su sonrisa no tarda en perderse. Al seguir su mirada, veo a Ángel entrar.

Dulce no suele sonreír a mucha gente, pero con Ángel es aún peor; entre ellos hay un resquemor constante.

—¿Qué tal está Laia? —pregunto a Ángel, preocupado.

—No lo sé. Solo han dejado pasar a mi madre.

—Siento lo de tu hermana —le dice Dulce a Ángel mirándolo a los ojos y dejando por unos momento su dureza para con él.

—Gracias.

Ángel se sienta y se queda con la mirada perdida en algún punto de la sala de espera. Robert se pone a su lado y le pasa el brazo por los hombros dándole su apoyo. Yo me remuevo inquieto. Los minutos pasan lentos mientras aguardamos a que algún médico venga a decirnos cómo esta Laia y hasta dónde ha llegado el desgraciado.

—¿Está en la cárcel? —pregunta Ángel a Dulce.

—Sí, está detenido. Yo ya he prestado declaración de lo que vi, aunque no será fácil inculparle. Carlos ha dicho que él no fue quien la agredió, que la estaba ayudando porque la encontró en ese estado, con la ropa desgarrada, pero que el culpable ya se había ido cuando él llegó...

—¡Qué hijo de puta! —comento por lo bajo con rabia tratando de controlarme.

Ángel se levanta y mira furioso a Dulce como si ella tuviera la culpa. Yo me pongo entre ellos.

—¿Y ya está? ¿Ese cabrón se va a ir de rositas?

—Dulce no tiene la culpa —digo para calmarlo.

—¡Ya lo sé, joder! —grita Ángel pasándose la mano por el pelo—. Pero es mi hermana pequeña la que está en urgencias por su culpa, y me gustaría saber por qué.

Me lo dice mirándome con sus ojos verdes, un poco más claros que los de su hermana. No le

contesto, nadie lo hace, pues todos nos hacemos la misma pregunta, ¿por qué a Laia?, y ninguno tenemos la respuesta.

* * *

Está amaneciendo y aún no sabemos nada de Laia. No he parado de dar vueltas por la sala. No puedo estar quieto. Ni dejar de ver a Laia gritando sin que nadie la ayudara...

—Chicos... —Me vuelvo al escuchar la voz ronca del padre de Laia. Pese a que trata de hacerse el fuerte, su cara es la viva imagen de la preocupación y la tristeza—. Ya han examinado a Laia, podemos llevarla a casa.

—¿Cómo está? —pregunta Ángel.

—Está... —El padre de Laia se pasa la mano cansada por la cara y nos mira con una sonrisa triste—. Lo bueno es que ese desgraciado no llegó a violarla, pero aun así Laia..., Laia no está bien.

Maldigo para mis adentros pues, aunque no la violara, el daño está hecho. Al menos, me consuela saber que no llegamos tan tarde...

—No os preocupéis, se pondrá bien. Solo necesita un poco de tiempo y el apoyo de las personas que la quieren —comenta Dulce firme y transmitiendo seguridad en sus palabras. Yo la miro esperando que eso sea cierto, pero no he podido pasar por alto la cara de angustia del padre de Laia cuando ha comentado que Laia no está bien.

—Estaremos a su lado —dice Ángel—. ¿Nos vamos a casa?

Su padre lo observa con tristeza.

—Lo siento, hijo, pero... es mejor que vayamos nosotros tres solos en el coche —Ángel lo mira sin comprender—. Laia solo deja que nos acerquemos nosotros, no sé cómo reaccionará si nos acompaña y ahora mismo..., ahora solo quiero que descanse.

Ángel asiente y su padre le da un apretón en el hombro y se aleja, mientras mi amigo le mira

impotente. Luego Ángel se gira para mirarme a mí, solo es un segundo, pero sé perfectamente lo que me quiere decir, pues yo llevo pensando lo mismo toda la noche. Todo es culpa nuestra. Si él no me hubiera hecho prometerle nada, tal vez Laia y yo estaríamos juntos y nunca habría conocido a ese desgraciado. Es increíble cómo una simple decisión puede cambiar la vida de tantas personas en un instante.

—Yo os llevo, he traído el coche.

Ángel mira a Dulce como si no entendiera a qué se refiere hasta que al final asiente. Recojo mis cosas y los cuatro salimos del hospital sin decir nada.

Cuando llegamos a casa de Laia, la madre nos dice que esta se ha tomado un calmante y está dormida, por lo que nos despedimos de ellos y nos vamos. Aquí no pintamos nada. Antes de salir, observo impotente la escalera que lleva al cuarto de Laia, pues lo que quiero hacer no puedo hacerlo. Estar a su lado.

—Deberías descansar —me dice Dulce al salir del portal.

—Antes tengo que hacer una cosa.

Dulce pone su mano en mi brazo y me mira seria.

—No.

—Ni siquiera te he dicho qué pienso hacer...

—Vas ir a la comisaría a ver al desgraciado que atacó a Laia, pero sabes tan bien como yo que ya no estará allí. Sus padres habrán pagado la fianza y ahora estará en su casa, como si no hubiera pasado nada...

Aprieto los puños y echo a andar.

—¡Adair!

—Déjame. Quiero estar solo.

—Sabes mi número, por si me necesitas.

Asiento y sigo andando sin rumbo fijo. Al poco llego a la comisaría y pregunto por el caso. Como ha dicho Dulce, Carlos ya no está, sus padres han venido a por él. Leo su declaración con rabia e impotencia, sabiendo que hasta que Laia no

ponga la denuncia y cuente su versión, lo que él ha dicho será lo que prevalezca. ¿Le denunciará Laia?

Presto declaración, pero el hecho de que conozca a Laia no ayuda demasiado a darle peso a mi versión, más bien al contrario, ya que muchos de la comisaría me conocen desde hace tiempo y saben que soy uno de los mejores amigos de su hermano. Está claro que Laia debe denunciar. No es el primer caso de agresión que conozco y sé que a la parte agredida le cuesta mucho denunciar. Prefiere pasar página, olvidar, no volver a ver al desgraciado que ha truncado su vida..., pero es importante que denuncie, para que no pueda hacer eso mismo a nadie más.

* * *

Me despierto tras varias horas de sueño agitado y miro el reloj. Es temprano, no más de las

siete. Anoche me costó mucho dormirme, mi mente no hacía más que evocar los gritos de Laia y a Carlos sobre ella. No paraba de pensar en que todo habría sido distinto si yo hubiera luchado por ella. Me siento culpable de lo que le ha pasado y esa culpabilidad me corroe por dentro.

Me visto tras darme una ducha y voy a la casa de Laia; seguramente ya habrá alguien despierto y necesito saber cómo está. Ayer por la noche, cuando llamé a Ángel para contarle lo que había pasado con Carlos, me dijo que su hermana se había despertado, pero que estaba acurrucada en la cama y lo peor de todo es que no lloraba, que no hablaba..., no hacía nada. Se me heló la sangre al escuchar aquello, y más cuando me dijo que hubo un instante en que ella lo miró a los ojos y que no vio miedo en ellos como esperaba, sino que simplemente no vio nada. Era como si una parte de ella hubiera muerto la otra noche.

Cuando llamo al portero, me responde Ángel; al subir, me abre y no dice nada. Le acompaño

hasta la cocina y me sirve un café. Sé que sabe lo que quiero preguntarle, pero él necesita su tiempo para decir en voz alta lo mal que se siente por lo de Laia y cómo está ella.

—Laia no ha pegado ojo en toda la noche. Cada vez que se quedaba dormida, se despertaba gritando. Sus gritos son lo único que hemos escuchado de ella desde ayer. Cando está despierta no nos habla..., ¿qué debemos hacer?

Sus ojos verdes me miran llenos de dolor y sé que, en la soledad de su cuarto, habrá llorado por su hermana pequeña, pero delante de mí evita romperse, al igual que yo. A mí, en cambio, me cuesta mucho llorar. Me cuesta mucho exteriorizar lo que siento. Ahora mismo me debato entre gritar de rabia, doblarme de dolor o llorar de impotencia. Finalmente, como siempre, me mantengo impassible. La mayoría de la gente opina que soy muy serio y distante, muy pocas personas saben ver tras la frialdad de mi mirada. Ángel es uno de ellos, al igual que Liam, pero ahora no le

conviene saber lo que yo siento. Necesita de mi fuerza para sobrellevar esto.

—Dadle tiempo.

Ángel asiente distraído y le da otro sorbo a su café.

—Me gustaría verla.

Ángel me observa y luego asiente. Subimos las escaleras y, cuando estamos frente a la puerta del dormitorio de Laia, Ángel se para y me mira.

—Tiene la cara morada por los golpes y... bueno, según mi madre, no es la única parte de su cuerpo lesionada... yo apenas he podido verla un instante; cuando me acerco, se esconde más...

Asiento y trato de calmarme, pues sé que, en cuanto la vea, otra vez me embargarán la furia y la impotencia por lo que ha pasado. Luego, abro la puerta despacio.

La habitación tan solo está iluminada por la calidez del sol que entra por la ventana. Miro hacia la cama de Laia, pero está vacía; un segundo después, me doy cuenta de que está sentada en una

esquina del cuarto, abrazada a sus rodillas. Me acerco a ella y la llamo sin alzar mucho la voz. Ella se sobresalta, pero en vez de mirarme con los ojos perdidos o llenos de lágrimas, que era lo que yo esperaba, lo hace con rabia, odio, furia y desesperación y comienza a gritar, como si en vez de ser yo fuera a Carlos a quien tuviera delante.

—¡Vete! ¡No quiero verte!

Me quedo paralizado, pero asiento y me dirijo a la puerta. Antes de cerrar, escucho el grito de dolor de Laia tras de mí y cómo rompe a llorar como si se desgarrara por dentro. Ya en el pasillo, me apoyo en la puerta de su dormitorio sin poder hacer nada. Con cada uno de sus sollozos me rompo un poco más por dentro. Ángel está a mi lado y los padres de Laia también, pero ninguno hacemos por entrar. Laia necesita sacar fuera todo su dolor y tememos que si alguno entra en ese momento se vuelva a cerrar en sí misma. No sabemos cuánto tiempo pasamos allí de pie, en medio del pasillo, solo escuchando su llanto. Al

alzar la mirada, veo que la madre de Laia tiene los ojos llenos de lágrimas y que su marido la abraza, tratando de consolarla.

—Tengo que entrar..., me necesita.

Me quito de donde estoy y la madre de Laia entra y cierra la puerta; escuchamos como trata de hablar con Laia, pero esta no le contesta. Cuando sale poco después, se va a la cocina y regresa con algo de comida, pero en breve vuelve a salir del dormitorio. Entonces, toda la fortaleza que ha demostrado ante Laia se esfuma y mira a su marido, rota.

—No quiere comer..., no me habla... ¿Qué se supone que debo hacer? —La madre de Laia se derrumba en los brazos de su marido, que la abraza con fuerza—. Ojalá me hubiera pasado a mí... Mi pequeña...

El padre de Laia se la lleva, dejándonos solos a Ángel y a mí.

—Os dejo solos. Vendré más tarde a ver cómo está tu hermana.

—No se lo tengas en cuenta —comenta señalando con la cabeza la habitación de Laia.

—Lo sé.

Salgo de su casa sin mirar atrás, pero solo para que Ángel no vea que mis ojos reflejan algo bien distinto. Me asusta la forma en que Laia ha reaccionado conmigo. Temo que no quiera volver a verme nunca más, porque yo siempre le recordaré a Carlos y lo que él le hizo aquella noche.

CAPÍTULO 3



ADAIR

Salgo de casa de Laia y voy andando hacia la mía. Ha pasado una semana desde que la atacó Carlos, pero poco ha cambiado. No quiere comer, no habla y no quiere que ningún hombre, excepto su padre, se acerque. He ido todos los días para ver cómo se encuentra y cada vez me siento peor porque veo que el tiempo pasa y ella no reacciona. Siempre me pregunto: «¿Hasta cuándo?». Y luego aprieto los puños con fuerza por no poder hacer nada, salvo esperar.

Cuando llego a mi casa y abro la puerta, observo que la luz está encendida y veo a mi madre mirarme, con unos ojos iguales que los míos, enfadada y con el semblante serio.

—¿Cuándo se supone que me lo ibas a decir?
¿Es que no confías en mí? Ah, no, claro, mi hijo prefiere resolver él solo sus problemas y tragarse lo que siente, para variar.

Voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua, esperando que mi madre se calme y sabiendo, aunque no se lo reconozco, que tiene en parte razón.

—Adair, estoy esperando.

—¿Quién te lo ha dicho?

—He visto a su madre en el supermercado esta mañana. Llevaba unas gafas de sol puestas y me sorprendió verla con ellas dentro del súper. Nos fuimos a tomar un café y me lo contó. Es terrible. —Mi madre se acerca y me pone la mano en el brazo—. ¿Cómo estás?

—No es a mí a quien han tratado de violar.

Mi madre me observa con tristeza.

—Puedes hablar conmigo, Adair. Sé que debes de estar pasándolo fatal y que te importa mucho esa joven.

—Sí, pero lo que yo siento no cambia nada, y menos la va a hacer olvidar lo que ha sufrido.

—Adair...

—Estoy bien —«Genial», pienso con ironía por dentro.

—Te estás matando a trabajar.

—¿Y eso quién te lo ha contado?

—Tus ojeras sobre todo, pero también vi a Dulce antes de venir aquí. Me dijo que esta noche trabajabas otra vez.

No digo nada y me pongo a prepararme algo de cenar.

—Tienes cena en la nevera —me dice mi madre.

—Gracias. ¿Te quedas a cenar conmigo?

—No, tengo que volver al trabajo... Si me necesitas...

—... Sé dónde encontrarte.

—Ojalá algún día lo hicieras. —Noto dolor en su voz—. Cuando tu padre se fue y te encerraste

en ti mismo, supe que nunca vendrías a mí. Y ahora ya no eres aquel niño. Buenas noches, hijo.

Mi madre me da un beso en la mejilla. Cuando escucho cerrarse la puerta, apoyo la cabeza en la nevera y me dejo atrapar por mis sentimientos unos segundos, pero enseguida los reprimo y tomo algo de cena antes de salir a trabajar. Al menos mientras trabajo no pienso en cómo me siento, aunque nunca dejo de pensar en ella y en qué puedo hacer para ayudarla.

* * *

Llego a casa de Laia. Su madre me abre y la acompaño a la cocina.

—Le he traído esto a Laia.

La madre mira las películas y el helado.

—No las verá y no comerá nada —me dice con la voz rota, pero lo coge igualmente y sale de la cocina para ir a la habitación de Laia.

Al poco vuelve con el helado y me comenta que ha dejado los DVD en la mesilla por si cambia de idea.

Cuando venía hacia aquí, vi un videoclub y me acordé de las tardes que pasaba Laia viendo películas románticas y comiendo toda clase de comida basura. Por eso se me ocurrió comprarle las películas, para ver si eso la hacía recordar quién era. Sé que es una tontería pero, aun así, al día siguiente le traigo otra diferente y, en vez de helado, una bolsa de sus golosinas preferidas. Su madre vuelve a dejar el DVD en el cuarto y regresa con las chucherías. Y así los días siguientes: la comida la trae de vuelta a la cocina, pero los DVD los deja, con la esperanza —tal como pienso yo— de que reaccione y los ponga.

Han pasado ya varios días desde la agresión y Laia no come nada, solo suero en vez de agua, pero aún no ha tomado nada sólido. Si sigue así, tendrán que ingresarla.

—¿Qué peli es esta vez? ¿Otra de esas que nos pirran a ti y a mí? —comenta Ángel al abrirme la puerta, intentado bromear sin ilusión, y al ver la bolsa de chucherías, añade—: Las nubes le encantaban, sobre todo las quemadas.

La madre de Laia me saluda y sube las cosas, aunque todos sabemos qué ocurrirá a continuación. Al poco, como esperábamos, baja con las nubes.

—He intentado hablarle de la denuncia —me cuenta su madre—. Pero temo que eso la haga retroceder..., aunque realmente no ha hecho ningún avance.

Asiento y Ángel me pide que vaya con él a su cuarto. Al pasar por el de Laia, observo la puerta un poco abierta y me acerco a ella. No hago amago de entrar, solo le digo por la rendija algo que llevo tiempo pensando.

—La primera vez que te vi —me sorprende que no grite y me pregunto si no estará en su cuarto — te ayudé a levantarte. Déjame que esta vez también te ayude. Yo sé que puedes hacerlo. No

estás sola. No hagas como yo, deja que te ayudemos.

Sé que Laia sabe a qué me refiero cuando le he dicho que no haga como yo. Hace años, antes de descubrir que lo que sentía por ella era algo más que cariño por la hermana de mi amigo, Laia me sorprendió diciéndome que ella sabía que no era tan serio como quería aparentar, pero que prefería no mostrar mis sentimientos para evitar así que me hicieran daño, y también para no hacer daño a las personas que me importan con mi dolor. Que si me había encerrado en mí mismo fue porque mi padre nos abandonó y yo me convertí en el hombre de la casa y que, a pesar de mi corta edad, luché por sacar a mi madre de la pena que la embargaba.

Me quedé mirándola impresionado. Ella me sonreía mientras me lo comentaba y podía ver el sonrojo que le causaba mirarme tan intensamente. Le pregunté que por qué lo sabía y me respondió que ella me conocía bien y luego, entre risas, me confesó que mi madre le había contado a la suya lo

que pasó cuando era un niño, y que ella lo escuchó detrás de la puerta, y que el relato le hizo comprenderme. Me prometió que guardaría mi secreto. Yo no comenté nada más, pero me sorprendió muchísimo que ella hubiera sabido verme como solo mi madre podía hacerlo.

* * *

—¿Has sabido algo más de la investigación?
—me pregunta Ángel ya en su cuarto.

—No.

Ángel enciende la tele y la miramos sin ver nada.

—Tu madre estuvo aquí el otro día y mi madre se derrumbó cuando la vio. —Ángel se pasa la mano por el pelo—. Prefiero escucharla gritar. Este silencio... es peor que si llora... —toma aire—. Mi madre dice que está muy delgada... —Unos toques en la puerta le interrumpen. Nos volvemos

creyendo que será la madre de Ángel, pero nos quedamos de piedra al ver a Laia en el quicio, mirándome con los ojos llenos de lágrimas, temblando. Pese a los días que han pasado, en su cara aún hay rastro de los moratones y el labio partido, y tiene los pómulos muy marcados.

Me quedo observándola sin poder apartar la mirada de ella y temiendo que en cualquier momento me vuelva a gritar.

—No puedo... —cuando lo dice, una gruesa lágrima cae por su mejilla y luego la sigue otra y otra más—, no puedo...

—Sí puedes. Yo confío en ti —le digo con firmeza y evitando que note el dolor que me embarga por dentro. Ella necesita mi fuerza más que nunca.

Laia agacha la cabeza y el pelo rubio le cae por la cara. Me fijo entonces que lleva una sudadera de su hermano y un pantalón de chándal muy ancho.

Alguien pone una mano sobre su hombro en señal de apoyo. Laia se sobresalta y se aparta instintivamente; al ver que es su madre, la mirada de miedo se le pasa, pero no se acerca para recibir consuelo. Simplemente se gira y va hacia su cuarto.

Yo me levanto y voy tras ella, pero cuando llego a su habitación, cierra la puerta y escucho como corre el pestillo.

—Tal vez hayamos dado un paso hacia delante... —me comenta su padre esperanzado.

—Entonces tenemos que tratar de que pronto dé otro.

* * *

A la mañana siguiente me levanto temprano y voy a por unos churros con chocolate para llevárselos a Laia. Su madre los toma y me voy a trabajar enseguida, sin saber si esto servirá de

algo o no. Cuando llego a la comisaría, Dulce me está esperando y me mira interrogante, pero no comenta nada del cansancio que seguro refleja mi cara.

El día transcurre sin incidentes y cuando termina la jornada, Dulce me sigue. No hemos hablado mucho durante el turno, pero sabía que no tardaría en preguntármelo:

—¿Qué tal está Laia?

—Ayer dio un paso en su mejoría.

—Paciencia. Sobre todo, que no se sienta forzada. Eso es justamente lo que tiene que superar, debéis tratarla como siempre, por mucho que os cueste. Si ella está intentando salir de eso y cada vez que os ve, vuestras caras reflejan lástima por lo que le sucedió, le resultará más difícil... Bueno, aunque no creo que a ti te cueste mucho fingir que no te pasa nada. —Dulce se ríe y continúa—: Y si no come..., ya comerá. Dadle tiempo. Al menos ella tiene gente a su lado que la apoya y la quiere. Otras personas no tienen tanta

suerte. —Dulce da clases de defensa personal a mujeres que han pasado por lo de Laia, por eso me fijo mucho de su criterio. Sabe de lo que habla.

—Lo sé. Gracias.

Dulce sonrío y se aleja. Me fijo en su indumentaria y me doy cuenta de que va con ropa ancha, igual que Laia... Tal vez solo sea una coincidencia o sea su forma de vestir. La verdad, es la primera vez que me fijo en ello.

Cuando llego a casa de Laia, su madre me mira con una pequeña sonrisa.

—Ha probado los churros. Gracias.

—De nada —comento incómodo.

Mientras subo los escalones hacia su dormitorio, pienso en las palabras de Dulce: actuar con normalidad. Lo malo es que para eso debo volver al tiempo en que ella y yo éramos amigos y yo aún no había descubierto que me gustaba, pues dudo que ahora sea bueno que sepa cuánto la deseo...

Recordando nuestras conversaciones de entonces, toco a la puerta.

—Adelante —me responde la voz débil de Laia.

—Hola. —Entro y trato de que mi expresión no cambie cuando la veo en una esquina de su cama abrazada a sus rodillas y mirándome con tristeza.

—Hola.

No dice nada más, y yo me adentro y voy hacia los DVD.

—¿Cuál has visto? Si Elen estuviera aquí, los habrías devorado todos, aunque luego hubierais acabado llorando e hinchadas a dulces.

—No he visto ninguno —comenta sin más.

—Es una lástima. Me han dicho que esta es muy buena, aunque claro, tienen que gustarte estas tontas películas.

—No son tontas —replica apática.

—Yo no las soporto. —La miro sonriente, recordando que hace años ya tuvimos esta misma

conversación y que ella defendía fervientemente esas películas. No como ahora.

Laia no dice nada. Y yo lucho por que no vea mi desilusión porque esa parte de ella también se haya apagado.

—¿Te han gustado los churros?

—¿Qué? —Laia me mira distraída y yo la observo.

—Nada.

Laia asiente y veo como luego baja la mirada a su mano temblorosa.

—¿Te apetece algo de comer?

—No.

Respiro sin que note mi impotencia y vuelvo a sonreírle.

—Yo tampoco tengo hambre. Me comí uno de los bollos de Neli; ahora es su hija quien lleva el negocio —le informo, pues, al haber estado un año fuera, doy por hecho que no se ha enterado de las últimas novedades del pueblo.

—No... lo sabía —dice.

—Pues sí, la pequeña Neli. Aunque ya no es nada pequeña, claro.

Laia agacha la cabeza y la deja reposada en sus rodillas.

—Puedes irte. Te agradezco que hayas venido, pero no hace falta que estés aquí por lástima ni porque me compadezcas. Ya tengo suficiente con mi familia...

—¿Por eso crees que estoy aquí?

—Sí —dice débilmente sin dudar. Que piense así me duele.

—¿Por qué?

Laia levanta la cabeza y me observa.

—Hace años que me rehúyes y no hablamos tanto como ahora; creo que es evidente por qué.

Aprieto los puños por la rabia, pues en parte tiene razón, aunque no sepa el verdadero motivo.

—No es por lástima por lo que vengo a verte.

—Da igual. No quiero que estés aquí. Verte me recuerda..., me recuerda... —Noto como se tensa, su respiración se agita y trata de hablar—.

Me recuerdas a él... —Aprieta los puños con fuerza cuando dice esto último—. Vete..., vete, por favor...

—Si es lo que quieres...

Empiezo a irme, pero me detengo en la puerta, cansado ya de mantenerme siempre al margen pensando en lo que es mejor para los demás y, aunque seguramente no es el momento oportuno para ser egoísta y pensar en mí, hablo sin pensar en las consecuencias de mis palabras:

—Si me alejé de ti entonces fue porque eras una niña y tenías derecho a vivir. Yo te sacó casi cuatro años y no podía privarte de que maduraras..., que vivieras —digo con amargura al pensar a dónde nos ha llevado esa decisión—. Si ahora vengo a verte es porque... porque... da igual. —Cruzo la puerta, pero la voz de Laia me detiene.

—Me estás mintiendo...

—No, no te miento, pero es lo mismo.

—No, no lo es. Ya es tarde para nosotros..., para lo que pudo ser..., es tarde para todo.

—No es tarde para que te levantes y sigas adelante. —Me vuelvo y la miro; ella me observa con tristeza—. ¿No lo harás por ti?

—¿Por mí?

—Por ti, Laia, para demostrarte a ti misma que eres capaz...

Laia niega con la cabeza.

—Quiero dejar de verlo..., quiero dejar de sentir sus manos..., quiero dejar de recordar. —Se lleva las manos a la cabeza—. ¡No puedo!

—Yo creo que sí.

Me mira deseando creerme, pero finalmente niega con la cabeza.

—Si te importaba, no debiste dejar que me fuera..., debiste haberme dicho algo...

Sus palabras se me clavan en el alma, pues sé lo que quiere decir: de haber estado con ella, no habrían tratado de violarla.

—Ojalá hubiera sido al revés. Si pudiera arrebatarte tu dolor y hacerlo mío, lo haría.

—Yo no querría eso.

—¿Por qué?

—Porque no... no soportaría verte sufrir así.

—Noto como Laia traga con dificultad.

—A nosotros tampoco nos gusta verte así. A mí no me gusta.

—Es que no... No sé qué hacer...

—Pues empezar a comer. No te fuerces, pero poco a poco.

—¿Y si nunca consigo salir? No veo salida, Adair..., tengo miedo. Hasta esa noche yo... yo creía que no podía pasarme nada..., no dejo de temblar y siento a cada instante que me va a pasar algo...

Laia deja de hablar y yo me acerco a ella unos pasos, pero me detengo cuando se va hacia atrás inconscientemente, alejándose de mí.

—¿Y si no lo consigo? —me repite.

—Yo sé que lo puedes conseguir. Si alguien puede, esa eres tú.

Laia no dice nada y yo deseo que sepa ver en mis ojos la verdad: que creo en ella.

—Me gustaría comer algo.

—Ahora se lo digo a tu madre.

Me empiezo a alejar.

—¿Volverás?

—Si tú quieres, sí.

—Solo si no es por lástima..., solo si vienes porque es tu deseo.

—No desearía estar en otro lugar.

Laia llora una vez más.

—He esperado tanto tiempo escuchar estas palabras tuyas... ¿Por qué ahora? ¿Por qué tan tarde?

—No es tarde.

—Sí lo es.

Laia se tapa con la manta, dejando claro que no quiere que sigamos hablando. Y aunque me gustaría decirle que la seguiré esperando como

llevo haciendo estos últimos años, la miro una última vez y finalmente salgo de la habitación.

Cuando lo hago, me encuentro a sus padres y a su hermano en el pasillo. Están algo más esperanzados, al igual que yo.

—Voy a por algo de comer.

La madre de Laia baja a la cocina y Ángel me mira agradecido. Yo me voy, esperando que esto sea el comienzo de la recuperación de Laia y deseando que no sea demasiado tarde para nosotros... Pues en el fondo siempre esperé que hubiera un mañana para los dos.

LAIA

... — *¡Déjame!*

Me despierto bañada en sudor una vez más al recordar la agresión de Carlos. Me abrazo a mí misma y al poco me levanto y voy a la ducha. Me desnudo sin mirarme en el espejo y me meto bajo

el agua. Con la esponja, me froto con fuerza para borrar su recuerdo, pero es como si sus manos se hubieran metido debajo de mi piel: por más que me froto, no dejo de sentir el asco que me produjeron. Cuando ya no puedo más, me dejo caer en el suelo y lloro mientras la fina lluvia de la ducha resbala por mi cuerpo. Quiero gritar de impotencia y de rabia y no paro de pensar en lo que dijo Carlos, que la culpa fue mía. ¿Y si yo le provoqué? Llevo días repitiéndome esa pregunta, ¡y no tengo respuesta! Me froto el cuerpo dolorido una vez más. Salgo de la ducha y me visto con la ropa de mi hermano —no hay nada en mi armario que me apetezca ponerme—. Cuando llego a mi cuarto, Adair está dentro ojeando mis DVD. Miro el reloj que hay en la habitación. Son cerca de las ocho. Al mirarlo de espaldas siento por él el mismo amor de siempre pero, al contrario que otras veces, este va de la mano del dolor. No puedo estar cerca de él sin tenerle miedo... y temerlo me hace daño, pues sé que él no me lo

haría. Y luego está lo que me confesó ayer. ¿En serio se alejó de mí porque quería que yo viviera experiencias y madurara? En parte me lo creo. Adair es así, lo hizo pensando que era lo mejor para mí, pero saberlo me hace sentir odio por él, porque tuvo en su mano mi destino y prefirió alejarse. Ojalá no lo hubiera hecho, pero ya no se puede cambiar. Nada se puede cambiar.

Entro en el cuarto y dejo la puerta abierta. Sé que es una tontería, pero no puedo cerrarla estando él conmigo. Quiero saber que si grito... «¡Pero qué estoy pensando! Es Adair...» Lo miro y él se vuelve, observándome con sus intensos ojos plateados. Igual que ayer, me sonrío como si no hubiera pasado nada, pero yo siento un escalofrío de miedo, pues me pregunto si él podría hacerme daño.

Nunca pensé que Carlos pudiera lastimarme, y lo hizo...

No soporto tenerle miedo. Ni a él, ni a mi hermano... Soy tan injusta con ellos... ¡Pero es

que el recuerdo de Carlos me atormenta!

—Buenos días.

—Me gustaría estar sola.

—Claro.

Adair sonrío y se da la vuelta para irse. Ahora mismo tengo sentimientos enfrentados: mi deseo de estar a solas con él y mi miedo a estarlo.

—Tengo miedo de ti. Que me puedas hacer daño... —le confieso.

Adair se vuelve y, aunque solo es un segundo, puedo ver en sus ojos el dolor que le provocan mis palabras.

—Es normal.

—Tú no lo crees así..., pero es mejor que te vayas.

Agacho la cabeza.

—Tengo un rato antes de ir a trabajar. ¿Te apetece desayunar viendo una de estas pelis? Quién sabe, lo mismo hasta me acaban gustando.

Miro los DVD y luego a Adair. Sí, la verdad es que me apetece hacer algo normal..., pero es

como si mi mente no quisiera darme un descanso y, una vez más, me asalta el recuerdo de lo que pasó y noto como si me faltara el aire, como si la habitación se hiciera más pequeña...

—He traído churros. Ahora subo.

Me siento en la cama y miro la tele apagada, dejo la mente en blanco y me abrazo instintivamente.

Adair vuelve enseguida, deja la bandeja en la mesita y coge una de las pelis, una al azar, la pone y se sienta en uno de los sofás. En cuanto empieza la película, trato instintivamente de ser la que era, pero al no poder, me frustró. «¡No puedo!» Noto que Adair me mira. Estoy tensa. Me remuevo inquieta, sobre todo al ver que la peli no me atrae, no me gusta... Porque ya no es como antes. Ya no soy la misma.

Noto como cae una lágrima en mi mano. De pronto me llega el olor a chocolate. Chocolate..., siempre me ha gustado. Alargo la mano hasta él y

lo pruebo, pero no me sabe a nada. No deseo que mi taza no se termine...

—Tengo que irme. Mañana nos vemos. — Adair me sonríe y se lleva la bandeja cuando se marcha. Mi cuerpo por fin se relaja y me sabe mal relajarme porque él se haya ido. Si siempre he querido estar a su lado,  por qué ahora siento rechazo?

Me meto en la cama. Aunque hace calor, me arropo con la manta hasta arriba; necesito sentir su peso como si fuera un abrazo protector y empiezo a pensar en lo que se ha convertido mi vida. Me pregunto una vez más:  fue mi culpa?,  de verdad le provoqué? Tal vez yo...

ADAIR

... Tengo miedo de ti...

Las palabras que Laia me dijo esta mañana me atormentan y, sin poder evitarlo, pienso en mi padre... Y una vez más, como llevo haciéndolo

estos veinte años de ausencia, alejo ese recuerdo de mí... aunque sé que no iré muy lejos, que volveré a asaltarme cuando menos lo espere...

—No puedes llevar este ritmo —me comenta Dulce cuando entra en el coche patrulla.

—¿Qué tal te ha ido el día?

—No te hagas el tonto. Llevas varios días haciendo doble turno y tu cara me dice que no descansas bien.

—Parece que tendremos una noche tranquila.

—Eres imposible.

Dulce bufá, se pone el cinturón y se calla, aceptando que no tengo ganas de hablar, y yo me sumo de nuevo en mis pensamientos.

Esta mañana pude ver cómo la cara de Laia se teñía de dolor al ver la tele y, cuando probó el chocolate, no ha puesto esa cara de deleite que ponía siempre al hacerlo y que yo esperaba. Tengo un nudo en el estómago desde entonces y la idea de que ya no vuelva la Laia que me enamoró me aterra. Quiero decir, no me da miedo seguir

queriendo lo que quede de ella y la mujer que sea después de esto, sino que se encierre en su mundo y que ya nunca quiera salir, que no se deje ayudar. Creo en ella pero, por lo que he visto hasta ahora, me da miedo que la estemos perdiendo.

—¿Cómo va Laia?

—Genial —digo con ironía.

—He pensado ir a verla..., tal vez le venga bien hablar conmigo.

—Es posible.

Estamos haciendo la ronda cuando nos informan de un robo en la tienda veinticuatro horas. Pongo la sirena. Un minuto después llegamos al comercio y conseguimos atrapar al ladrón. Es más grande que yo, pero no me supone un problema apoyarle contra el coche y ponerle las esposas, estoy preparado para esto. Viéndome ahora así, cogiendo al delincuente con tanta facilidad, me invade la duda de si Laia no tenía razón cuando me dijo que me tenía miedo. Una vez

más pienso en mi padre... ¡No! No quiero pensar en él.

Sé que yo nunca le haría daño, pero ¿y si se lo hago sin querer?

Meto en el coche al delincuente y lo llevamos a comisaría. Cuando acaba mi ronda, me voy al gimnasio y me pongo a entrenar un poco con el saco de boxeo. Lo golpeo repetidamente, descargando la tensión en cada puñetazo. «Es normal que tenga miedo de mí», pienso. Mis músculos son visibles y no soy bajito precisamente; al mirarme, ella puede ver de lo que soy capaz... La rabia y la realidad me invaden. No soy la persona más adecuada para estar a su lado ahora mismo. Sigo golpeando el saco una y otra vez, cada vez más rápido y más fuerte, y solo cuando noto que los músculos se me contraen agarrotados me detengo, a pesar de no haber tenido suficiente. Igual que con el trabajo. No me gusta descansar porque, cuando lo hago, pienso en ella y en lo que no pude evitar.

LAIA

Tomo un poco de sopa y observo a mi madre mirarme alegre. No me entra más, pero aun así me llevo otra cucharada a la boca. Solo yo tengo la culpa de lo que ha pasado, así que no puedo dejar que nadie más sufra y lo pase mal por mí. Cuando Adair me preguntó si desearía esto para él, lo entendí, a nadie le gusta verme así, pero sigo sintiendo este miedo atroz y este pánico atravesarme constantemente.

—No puedo más.

—Bueno, has comido mucho —miente mi madre—. Ahora échate una siesta.

Asiento. Cuando mi madre viene hacia mí a darme un beso, la rehúyo en un acto reflejo y vuelvo la cabeza para no ver el dolor en sus ojos.

Cuando cierra la puerta me meto bajo la manta y lloro por la impotencia de no poder ser yo misma. ¡Dios, quiero ser la que era antes ya! ¿Y si

nunca lo consigo? Me invade la ansiedad solo de pensar en esto.

* * *

No sé los días que han pasado desde que vi a Adair por última vez. He salido de mi ensoñamiento muchas veces creyendo que estaba cerca, pero no era así. En el fondo no me sorprende, estaba claro que él solo sentía lástima de mí. Me asomo a la ventana y miro a la gente ir y venir por la calle. Unas jóvenes pasan riendo y trato de imitar su sonrisa sin éxito. Respiro para reprimir las lágrimas. Es tan difícil olvidar...

Escucho a mi hermano hablar con alguien en el pasillo y me acerco a la puerta esperando que sea Adair, pero al asomarme por la rendija veo a Robert.

Mi hermano ha tratado de acercarse a mí, pero yo no le he dejado, al igual que con Adair. Es

mi hermano. Odio sentir este miedo por él.

—Ángel —mi voz suena como un susurro y temo que no me haya escuchado, pero mi puerta se abre de par en par y entra asombrado por mi llamada.

—¿Necesitas algo?

Me quedo quieta, esperando que mi cara no refleje el miedo que siento al tenerle tan cerca.

—¿Vas a salir?

—Sí, Robert se ha empeñado... Pero si quieres, me quedo y hacemos algo juntos...

—No, sal y pásalo bien. —Lo de que es mejor que al menos uno de los dos pueda seguir con su vida me lo ahorro—. ¿Solo sales con Robert?

—No, Adair irá también.

—Ah. Dale recuerdos... Pasadlo bien.

Mi hermano asiente y se queda un rato mirándome antes de irse. Me siento en el butacón que hay cerca de la ventana y miro a través de ella, con la vista perdida. Ojalá dejara de ver en sus

ojos el dolor que les produce verme así, pues por más que intento mejorar por ellos, no puedo.

—Un pajarito me ha dicho que has preguntando por mí.

Me vuelvo y veo a Adair en la puerta, sonriéndome tranquilo. Lleva un pantalón vaquero y una camisa blanca arremangada. Es evidente que se ha arreglado para salir de fiesta. Está increíblemente guapo. Una parte de mí quiere acercarse a él y abrazarlo, pero otra mucho más fuerte me hace quedarme paralizada de miedo. Nunca pensé que llegaría a temer a la persona que más he amado en mi vida, y menos cuando él no tiene la culpa de nada. No debí haber preguntado por él.

—Sí, pero ya puedes irte —le espeto fría. Me duele el pavor que siento por él, y también pensar que está a mi lado por lástima. ¿Quién querría estar al lado de alguien que lo mira con miedo? Lo entiendo de mi familia, ellos me quieren, pero en los demás no tiene sentido.

Vuelvo la cabeza y miro por la ventana.

—Me apetece más quedarme... si tú quieres.

Lo miro de reajo; se ha acercado un poco, aunque mantiene la distancia.

—No quiero obligarte..., no me gusta ser una carga para nadie y menos para ti. Además, ahora no soy precisamente la reina de la diversión.

—Ahora no, pero me gusta estar a tu lado.

—No entiendo por qué —le digo, pues sigo sin creerme su explicación del otro día.

Adair me mira y espero que diga algo, pero finalmente se va hacia donde están las películas.

—Tu madre está preparando hamburguesas.

¿Te apetece que cenemos aquí mientras vemos una peli? Claro que si prefieres que me vaya porque te hace daño mi presencia, me voy.

Lo observo. Aunque siento miedo, sé que no es de él. Es de todo. Y la razón es que alguien en quien confiaba intentó violarme. Nunca creí que Carlos fuera capaz de algo así. ¿Cómo no supe verlo? ¿O sí lo hice, y lo ignoré? Mi error fue

tratar de ver a Adair en Carlos; tal vez yo sí tenga la culpa de lo que ha ocurrido, después de todo... Sin embargo, mi error sería aún mayor si viera a Carlos en Adair. Adair es irremplazable.

—No te vayas. No me apetece estar sola — me cuesta un mundo confesar algo así y dominar este pánico que me hace querer aislarme de todo. Cuesta mucho luchar contra uno mismo.

—No me voy. Ahora subo.

Adair baja a avisar a mi madre. Mientras, voy hacia las películas con la intención de leer la sinopsis de la parte trasera y ver de qué tratan, pero estoy distraída, mi mente se niega a concentrarse.

—Esta es buena, o creo que te gustará. — Observo la mano morena de Adair pasar delante de mí para indicarme uno de los DVD y me tenso sin querer; trato de reprimirlo pero es tarde, él se ha dado cuenta—. Sé que en el fondo lo sabes, pero nunca te haría daño..., al menos no

intencionadamente. Aunque entiendo que mi forma física pueda hacerte pensar lo contrario.

Me vuelvo y lo observo. Sí, es cierto que está mucho más musculoso que la última vez que lo vi, hace más de un año, pero al mirar sus músculos no pienso en lo que podrían hacerme, sino que siento el deseo y la necesidad de un día poder abrazarlo sin recordar lo que me sucedió. ¿Es posible que esto sea un comienzo?

—No tengo miedo de ti. Tengo un poco miedo de todo... pero no creo que tú me hicieras daño — digo para tranquilizarle.

Trato de sonreír, pero no me sale. Al final aparto la mirada y me siento en la cama a esperar la cena.

Cuando mi madre la sube, Adair se sienta en el sofá que hay junto a la cama, dejando cierta distancia entre nosotros. Sé que lo hace para no incomodarme y yo me pregunto si siempre será así. Es curioso. Deseo un abrazo suyo como nunca, pero no soporto pensar que me lo diera. Aún

puedo sentir el peso de Carlos sobre mí, sus manos en mis pechos, cómo hizo conmigo lo que quiso...

Me levanto agitada y me acerco a la ventana.

—¿Estás bien? —oigo decir a Adair preocupado.

Asiento. Sin embargo, mis lágrimas dicen otra cosa y extendiendo la mano delante de mí, esperando que deje de temblar. Cuando creo que me he controlado lo suficiente, me siento y empiezo a cenar sin disfrutar la comida, solo haciéndolo porque es lo que debo.

—¿Te gusta la peli? —pregunta Adair después de un rato.

Miro a Adair y luego a la tele. Hace rato que terminamos de cenar y, aunque he estado mirando a la tele, no me he enterado de nada.

—No está mal.

Adair sonrío y me acuerdo de que, cuando era más joven, pocas veces sonreía, salvo conmigo. Hasta que un día, de buenas a primeras, decidió

poner distancia entre nosotros. ¿Será cierto que lo hizo porque sentía algo por mí?

—¿En qué piensas? —me pregunta Adair sorprendiéndome.

—En que siempre he creído que te alejaste de mí porque odiabas que la hermana pequeña de tu amigo te persiguiera... No me entra en la cabeza que fuera por algo bien distinto. Me apartaste de ti tantas veces...

Adair me estudia en silencio.

—No te mentí. Tú me conoces, sabes que no te miento.

—Ya no sé nada...

—Sí sabes.

Respiro y miro hacia la tele.

—Siempre he soñado con que podría gustarte... Y ahora, saber que te gustaba y pensar en todas las veces que lloré porque creía que pasabas de mí, cuando en realidad era justo lo contrario... me cuesta asimilarlo. Me hizo mucho daño tu indiferencia.

—Siento haberte hecho daño, no era mi intención...

Adair se levanta y lo observo. De repente, parece más joven, inseguro; como si no supiera cómo decirme algo.

—Ahora nuestros años de diferencia no son un inconveniente pero en aquel entonces, cuando yo estaba cerca de los veinte y tú acababas de cumplir dieciséis, sí lo veía así. Yo ya había vivido lo suficiente como para querer una pareja seria y tú aún tenías muchas cosas por vivir y, sobre todo, madurar emocionalmente. Por eso no quise empezar una relación, porque si lo que sentías por mí era solo adoración de niña, un capricho, desaparecería con el tiempo y acabaríamos rompiendo. Mostrarme indiferente fue la manera que se me ocurrió para que te desenamoraras de mí.

—No era solo un capricho de niña.

Adair sonríe con tristeza.

—Me alegra saberlo, pero al final te fuiste y comenzaste a salir con otro chico. Ojalá todo hubiera salido bien y él no hubiera sido así...

—No quiero hablar de él.

—Lo siento.

—Yo también lo siento, porque él fue un error desde el principio. Nunca debí haber empezado esa relación.

—Tú no podías saber que te haría eso...

—... Pero sí sabía que no era quien yo quería que fuera —le digo mirando sus intensos ojos plateados, que me observan sin perder detalle de los míos.

—¿Quién? —pregunta innecesariamente Adair, pues, por cómo me mira, sé que ambos sabemos la respuesta.

—Tú.

Adair cierra los ojos con dolor. Sé lo que piensa: se siente culpable. De haber actuado de otra forma, nada de esto hubiera pasado. Me acerco un poco a él y extendiendo mi mano

temblorosa para posarla en su brazo pero, cuando estoy casi llegando, la detengo en el aire a mitad de camino. Adair entonces levanta la suya y sus dedos me acarician con delicadeza. Me dejo hacer; me encantaría poder agarrar esa mano, pero finalmente retiro la mía.

—Mi error fue buscarte en otros brazos — admito con tristeza.

El peso de esa verdad cae sobre nosotros y sé que a él le duele tanto como a mí.

—Ahora estamos aquí —replica. Lo miro sin entender qué quiere decir—. Creo que ya es hora de que aceptemos lo evidente.

—¿Lo evidente?

—Laia, nunca he dejado de amarte.

Las palabras de Adair entran en mi mente y, un segundo después, me doy cuenta de que los sueños que tenía desde niña se han hecho realidad. Sin embargo, no era así como se me declaraba. En mis sueños yo era feliz cuando me decía que me quería, me tiraba a sus brazos y le estrechaba con

fuerza, para después sellar con ese beso tan ansiado nuestro amor. Ahora, pese a que mi corazón late desbocado, mi sueño está teñido de negro y en vez de un paso hacia delante, doy un paso hacia atrás.

—Es tarde...

Doy otro más y, cuando llego a la cama, me siento y recojo las piernas para poner la cabeza sobre mis rodillas.

—¡No es tarde! Nos lo debemos. Estoy cansado de hacer siempre lo que debo, por una vez quiero hacer lo que siento.

—Nunca podría ser una relación completa.

—Nunca es mucho tiempo.

—Pero puede que sea así.

—Y puede que no. ¡Maldit...! Laia, no quiero perderte y estoy cansado de hacer el imbécil, de quedarme quieto sin hacer ni decirte nada... Si tú sientes lo mismo que yo, déjame estar a tu lado. No vengo a verte por lástima, sino porque es lo que quiero hacer. Porque han hecho daño a alguien

que me importa y necesito estar a su lado para ayudarla. Ahora menos que nunca quiero mantenerme lejos de ti.

Adair pone su mano muy cerca de la mía. Yo la observo. Su piel morena contrasta con la mía. Una vez más, me veo de niña soñando con cogerle de la mano y siento rabia porque ahora ya no creo en los sueños, por lo injusto que ha sido todo. Pero aun temiendo ser una egoísta por retenerlo a mi lado, al lado de alguien que tal vez nunca sea completa, alzo mi mano y la pongo sobre la suya. Noto su calidez y siento ganas de acariciarla, pero algo me lo impide; por ahora solo puedo sentir su fuerza bajo mis dedos.

—Estamos juntos en esto y en todo lo demás —dice Adair con rotundidad y certeza.

Lo miro. Sé que hoy por hoy no puedo dejarlo marchar, pero tal vez algún día deba aceptar que decirle adiós sea lo más correcto, pues él no se merece una relación con alguien como yo.

Ojalá fuera más fuerte y pudiera decirlo ahora, pero él es lo que he deseado durante casi toda mi vida. Es admirar su sonrisa y notar como mi corazón, pese a lo lastimado que está, late de alegría en mi pecho, y no quiero perder esta pizca de felicidad, la primera que he sentido en mucho tiempo, el primer rayito de sol que veo tras la oscuridad que me ha engullido. ¿Estaré siendo egoísta?

CAPÍTULO 4



ADAIR

Me levanto intranquilo por las pesadillas que sufro últimamente, en las que siempre llego demasiado tarde y no puedo ayudar a Laia.

Ayer me comentó Dulce que no podemos retrasar más el hecho de hablarle a Laia de la denuncia, pero todos tenemos miedo de que, al decírselo, echemos a perder los pequeños avances que ha hecho estos días y se retraiga una vez más... Y luego está la estupidez que cometí ayer. ¿A qué vino eso de declararme? No es el mejor momento para confesarle algo así, no sé en qué diablos estaba pensando... Bueno, sí lo sé. Me sentía un imbécil por encontrar siempre una excusa para no decirle lo que siento por ella y me cansé.

Porque estoy harto de que piense que solo quiero estar a su lado por lástima, y porque odio el dolor que veo en sus ojos y la impotencia de no poder hacer nada para ayudarla. No esperaba que aceptara y menos que acabara poniendo su pequeña mano sobre la mía, pero ahora temo que esto solo le haga daño. ¿Y si me he precipitado? Después de todo el tiempo que he esperado para decírselo, ¿qué importaba un poco más? Supongo que lo que me impulsó fue el miedo. Miedo a dejarla ir una vez más y que vuelva a aparecer alguien que la lastime, como ocurrió con Carlos. No dejo de pensar que tuve en mis manos la oportunidad de haber evitado todo esto y la dejé escapar. Si no le hubiera hecho aquella promesa a su hermano...

Tocan a la puerta. Miro el reloj, sorprendido de tener visita tan temprano. Cuando abro, veo a Dulce sonriéndome.

—¿Te has caído de la cama?

—No, me he despertado pronto para correr y he aprovechado para traerte el desayuno.

—No me engañas, has venido a ver cómo estaba.

—¿Tanto se me nota?

Entra y va hacia la cocina.

—Estoy bien.

—Sí, estás perfecto. Sobre todo por la cara de sueño y las ojeras —comenta con evidente ironía.

—¿Qué has traído para desayunar? ¿Solo donuts?

Dulce sonrío, pues sabe que no soy muy fan de estos bollos —al menos, no tanto como ella, que los devora—, y prepara un café.

Cuando lo está sirviendo, oímos abrirse la puerta.

—¿No te arrepientes de haberles dejado las llaves a tus amigos? —comenta Dulce sonriente. Yo asiento.

—Ho... Hola. Perdón, no sabía que estabas acompañado.

Dulce se tensa, pero sigue comiendo como si Ángel no hubiera entrado.

—Dulce acaba de llegar con el desayuno. Siéntate, el café está recién hecho —le animo, y voy a buscar una taza para Ángel. ¿Por qué me justifico? No he hecho nada malo, Dulce es solo mi compañera de trabajo y, sin embargo, me preocupa lo que Ángel haya podido pensar y que se lo cuente a Laia. Si lo hiciera, ¿le molestaría?

—¿Te has caído de la cama? —le pregunta Ángel a Dulce.

—No. Algunas hacemos ejercicio y mejor hacerlo temprano, sin mirones.

—¿Esperas que alguien te mire a ti?

Dulce le lanza una mirada asesina y luego le sonrío.

—Tú no, desde luego. Prefiero la mirada de un viejo verde a la tuya.

—Chicos, dejadlo ya —digo con resignación cuando Ángel abre la boca para responderle. Ni Dulce ni Ángel me han contado nunca por qué se llevan como el perro y el gato. Después de este tiempo ya me he acostumbrado a sus piques y pullas constantes, pero hoy estoy cansado de ellos.

—Tranquilo, si quiero matarlo, lo sacaré fuera para no ponerte la casa perdida de sangre.

—Qué detalle —le contesto.

—¿Quién? ¿Tú? Tú no podrías conmigo aunque lo intentaras —se burla Ángel.

Antes casi de que termine de hablar, Dulce lo coge, lo tira de la silla haciéndole una llave y se pone encima de él, todo en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Decías?

—¡Quítate! No eres más que un marimacho —grita Ángel levantándose con el ceño fruncido; por el tic que tiene ahora mismo en el ojo, sé que está enfadado—. ¿Te gusta tener a tus hombres bajo tu poder? O tal vez te gusten las mujeres...

—¡Ángel! —le recrimino.

—Si tú fueras el último hombre de la Tierra, lo sería. Mejor eso que tener que aguantar a un neandertal como tú.

Me llevo la mano a la cabeza, cansado.

—¿Podéis dejarlo ya? —Los veo mirarse con cara de pocos amigos—. ¡He dicho ya! —Ambos me miran y asienten—. Si tanto os molesta la presencia del otro, podríais haberos largado y haberme ahorrado el dolor de cabeza de buena mañana. —Ninguno dice nada y siguen desayunando. Me giro y pregunto a Ángel—: ¿Qué tal está Laia?

Este termina de tragar un mordisco de donut antes de contestar:

—Anoche tuvo pesadillas. Al final mi madre tuvo que darle una pastilla para dormir.

Me tenso y doy un sorbo a mi café para que no noten cuánto me afecta, pues una parte de mí piensa que es por mi culpa, porque la he presionado.

—Luego iré a verla.

Ángel asiente.

—Yo también iré. Tengo que comentarle algo que creo que le gustará.

—¿Ah, sí? ¿El qué? ¿Cómo esconderse tras miles de ropas?

—Ángel...

—Eres un imbécil.

—Gracias —le contesta a Dulce, ignorándome.

—Por si no lo sabes y no lo has adivinado tras mi demostración, sé defenderme bastante bien. En mis ratos libres soy profesora de defensa personal para mujeres que lo necesitan, bien porque así se sienten más seguras, bien porque han sufrido algún tipo de maltrato. Y me gustaría hablarle de ellas por si quisiera pasarse.

Ángel la mira serio y luego observa su café.

—Supongo que podría ser interesante.

—Ella ahora no quiere salir de casa porque se siente insegura, y teme que cualquiera pueda

lastimarla y no poder reaccionar... Esto la ayudará. Lo sé.

—¿Por lo que te han contado tus alumnas? — comenta Ángel.

Dulce se sonroja y toma un donut.

—Claro. Si no te importa, claro...

—No, me parece bien.

—¿Os dais cuenta de que hasta podéis hablar como personas civilizadas?

Ambos me miran como si acabaran de darse cuenta de que, extrañamente, estaban manteniendo una conversación normal, y luego desvían la mirada. Ángel se levanta molesto.

—Me voy. Puedo estar un rato con compañía tan ingrata, pero más tiempo es demasiado incluso para mí. —Y se va sin decir más, dejándonos claro a Dulce y a mí que todo sigue como siempre.

—¿Algún día me contarás por qué siempre estáis así? —pregunto a Dulce cuando la puerta se cierra.

—Es posible.

Termino de desayunar y dejo mis cosas en el fregadero.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí. Tengo que ir a trabajar. ¿Cambiaste tu turno?

—Sí, nos vemos mañana. —Escucho a Dulce cerca—. Ya sabes que puedes contar conmigo.

—Lo sé.

—Sí, pero no me dices lo que te preocupa.

Dulce me da un apretón en el brazo y se va. A veces he intentado contarle mis problemas, pero siempre pienso: «Cada uno ya tiene suficiente con lo suyo».

Con la única persona con la que no pienso eso es con Laia, pero justamente ahora es a la que menos puedo contarle nada, pues lo que me preocupa es ella.

LAIA

Abro el armario y empiezo a sacar mi ropa para elegir qué ponerme. Cuando el sueño no me atrapaba, no he parado de dar vueltas en la cama pensando en Carlos y en Adair; me hubiera gustado soñar con Adair pero no he podido. Odio estas pesadillas que me hacen revivir una y otra vez lo que pasó.

Son más de las doce. Dentro de nada será la hora de comer y llevo un rato tratando de encontrar alguna prenda que me convenza. Todo me parece muy ajustado, o muy corto, o muy escotado... no me gusta nada.

Sigo sacando ropa; el armario empieza a quedarse vacío.

—Hija, ¿te puedo ayudar?

—No sé qué ponerme...

—Hoy hace mucho calor..., podrías ponerte este. —Mi madre me muestra un vestido veraniego blanco, que me recuerda a uno que llevé con Carlos. «¿Le provocaría con él?»

—No, no me gusta. Puedes tirarlo.

Sigo sacando ropa desesperada mientras mi madre va recogiénola del suelo.

—Tírala toda, no me gusta nada. ¡Nada! ¿Cómo podía tener ropa así?

Me muevo inquieta. Mi madre me pone las manos en los hombros y yo me voy hacia atrás.

—Lo siento —le digo al ver su cara de dolor—. Me gustaría estar sola...

—Hija..., soy tu madre, puedes contar conmigo.

—Lo sé. —«Pero no puedo soportar tu cara de dolor por mi culpa»—. Pero ahora me gustaría estar sola.

Trago el nudo que tengo en la garganta y veo que mi madre se acerca. Intento no rehuirla, no recordar. Deseo su abrazo, pero tengo miedo de él.

—Hija... —Mi madre se acerca con cuidado y noto su cuerpo cálido y amoroso rodearme. La respiración se me agita, pero poco a poco dejo de ver a Carlos, de sentir la impotencia de verme

bajo sus brazos, y siento a mi madre. A mi mejor amiga.

—Mamá... —No puedo decir más, y me aferro a ella llorando y sacando todo el dolor que he guardado dentro estos días—. Perdóname, mamá, yo no quería esto..., yo no quería..., mamá.

—Hija, no es tu culpa...

—Sí, sí que lo es, todo es por mi culpa. Yo lo elegí a él...

Mi madre se tensa pero no deja de abrazarme, al contrario, lo hace más fuerte, pensando que es lo que necesito. Sin embargo, la presión me trae malos recuerdos, por lo que me separo y salgo de la calidez de sus brazos.

—Lo siento.

Me seco las lágrimas y tomo uno de mis peluches para tener algo en las manos.

—Hija, no fue culpa tuya, y no quiero que nunca pienses lo contrario. —Mi madre me habla con dureza y eso lo agradezco más que su tristeza.

—Tú no estabas allí...

—... Y te prometo que no hay día que no desee que hubiera sido a mí a quien atacaran.

—No te desearía algo así.

—Laia, tú tampoco te lo merecías. Si es por eso por lo que no quieres llevar tu ropa...

—Es porque no me gusta —miento.

—Claro. Pero solo te diré que tú y yo tenemos el mismo estilo de vestir y tu padre nunca me ha forzado a nada. Gracias a Dios, no hay tantos hombres como ese Carlos.

Enseguida pienso en Adair, pero ahora mismo me siento tan abrumada por todo esto que no sé si su recuerdo me consuela o me intranquiliza, porque aunque mi intuición me dice que no me hará daño, temo estar equivocada, y esa duda me hace mucho mal. Es Adair, el chico al que siempre he querido. No se merece a alguien como yo. A alguien roto...

—Hola... ¿Molesto? —Escuchamos la puerta y, al volverme hacia ella, veo a una joven de unos

veintiún años, rubia y con unos preciosos ojos violetas, mirarme sonriente.

—No molestas. ¿Quién eres?

—Soy Dulce, amiga y compañera de trabajo de Adair.

«Entonces ella también es policía», pienso, y la miro una vez más. No es mucho más alta que yo y, pese a su ropa ancha, no parece muy fuerte. ¿No le asusta su trabajo? ¿No tiene miedo de que la ataquen?

—He venido a hablar con Laia. Si ella quiere, claro.

Me sonrío con mucha calidez y no puedo evitar reparar en lo bonita que es. Me pregunto si Adair y ella pasarán mucho tiempo juntos.

—Claro, a mi hija le vendrá bien. ¿Qué hago con la ropa?

—Tírala.

—La guardaré —me contradice mi madre.

No digo nada y me acerco a la cama, donde está uno de los chándales de mi hermano. Me tapo

más con la bata y miro a la joven.

—Voy a cambiarme..., ahora vengo.

Dulce asiente. Cojo mi ropa y me meto en el cuarto de baño. Cuando ya estoy vestida y vuelvo, observo a Dulce mirar la estantería. Sostiene una foto en la mano. Por el marco sé cuál es, la única que tengo de Adair y yo juntos. Nos la hicimos en el cumpleaños de mi hermano y salimos los tres: yo sonrojada al lado de Adair y mi hermano y él sonriendo, ignorando lo feliz que era a mis quince años pensando en que pronto tendría una foto al lado del chico que me gustaba.

—Cuánto tiempo ha pasado...

Pienso que lo dice por Adair y siento una punzada de molestia, pero la reprimo.

—¿Qué quieres? ¿Has venido a hablar de algo de la comisaría?

Nadie ha querido hablarme de la denuncia, pero yo no he dejado de pensar en qué hacer y lo que deseo ahora es olvidar, dejar que pase el

tiempo y no tener que volver a ver nunca a Carlos. Aprieto los puños y me siento en la cama.

—Soy profesora de defensa personal. —Me sonrío y se gira—. No esperabas que te dijera algo así, ¿verdad?

—No.

—Pues sí, lo soy, y estoy muy orgullosa de mis clases. De ver como mujeres jóvenes y no tan jóvenes vienen a ellas con miedos y temores y cómo poco a poco se van haciendo fuertes tanto por dentro como por fuera y ven que su fuerza interior es la que te ayuda a vencer a tus enemigos y a tus temores.

La miro de arriba abajo.

—Tu hermano tampoco creía que yo fuera capaz —dice, adivinando mis pensamientos— y esta mañana le hice una pequeña demostración y lo tiré al suelo.

—¿Que tú tiraste a mi hermano?

—Sí, a ese grandullón de metro noventa y músculos de gimnasio pijo.

Me cuesta creerlo, pero no digo nada.

—¿No te gustaría aprender a defenderte?

—No tengo pensado salir de casa.

—Ahora no, pero un día querrás, y no te vendrá mal saber defenderte.

La miro seria y Dulce me deja estudiarla.

—No quiero aprender.

—Supongo que eso es lo mismo que decir que no quieres venir a las clases. Solo somos chicas y no está lejos, solo a unas pocas calles de aquí. Y además es gratis. —Saca una tarjeta de su mochila—. Ten, por si cambiases de idea. Me gustará mucho poder tenerte entre mis alumnas.

Me la tiende con una gran sonrisa. Seguro que ella cree que esto es fácil de superar porque ella no lo ha vivido, porque lo único que conoce es lo que le han contado.

—Gracias.

Me siento en la cama y espero que se vaya, teniendo claro que no iré. Miro la tarjeta y la dejo en la mesilla de noche. Luego observo la foto que

estaba mirando hace poco Dulce y me fijo en mi sonrisa, despreocupada y feliz. Pese a la timidez de mi gesto, mis ojos muestran felicidad. ¿Qué será lo que mostrarán ahora? Me levanto y voy hacia el espejo de mi cuarto. Desde el incidente no me he mirado mucho porque sé que mi cara no salió bien parada y no quería ver las evidencias de lo que pasó. Noto como me tiemblan los pies, y más al ver la cicatriz aún visible de mi labio. Mis ojos verdes ya no transmiten nada. Agacho la cabeza. No me gusta lo que veo, pero no sé qué hacer para volver a ser la misma joven de antes, algo me dice que nunca volveré a ser la misma.

—Hemos pensado que podemos comer en la terracita del ático, así sales un poquito. ¿Te apetece?

Levanto la cabeza y miro a mi madre, que acaba de entrar en mi cuarto.

—Me parece bien.

—¿Me ayudas a poner la mesa?

«Hacer algo normal.» Asiento y salgo tras ella. Nunca me han gustado mucho las tareas de la casa; en cambio, ahora necesito hacer algo rutinario.

Bajo a la cocina y ayudo a mi madre. No siento la mirada de nadie y por un segundo me creo que todo es como siempre, pero falta algo. Faltan las risas. Se puede notar la tensión en el aire, es como si todos temieran que en cualquier momento fuera a romperme y lo cierto es que ya me he roto por dentro. Debería estar riendo, y ansiosa por la llegada de Adair, arreglándome e ilusionada, pero no puedo pensar en él como querría. ¿Acaso esto es una señal?

—¿Estás bien?

—Sí. Voy a llevar esto fuera.

Paso por el comedor y miro la silla donde se sentó Carlos a comer los días que estuvo aquí. ¿Ya tenía pensado hacer lo que hizo?

Aparto la mirada, salgo a la terraza y empiezo a colocar las cosas en la mesa que está

bajo el toldo.

—¿Te ayudo? —Sin esperar mi respuesta, mi hermano me quita los platos de las manos y empieza a colocarlos.

—¿Conoces a Dulce?

Mi hermano se pone serio y luego asiente.

—Sí, aunque te advierto que su nombre es lo único dulce que tiene. Me ha dicho mamá que ha venido.

—Sí. ¿Te ha vencido esta mañana?

Mi hermano desvía la mirada molesto y sigue poniendo la mesa.

—Me dejé. —Y entra en casa a por más cosas.

Por su tono de voz, intuyo que no se dejó, sino que ella le venció. ¿Será verdad que puedes defenderte aunque seas pequeña y delgada? Miro mi cuerpo escuchimizado y me pregunto si no habré despachado la idea de las clases de defensa personal demasiado pronto. Me gustaría mucho poder protegerme, dejar de sentir este miedo y esta

impotencia. Lo malo es que salir de casa, ahora mismo, ni se me pasa por la cabeza. No estoy preparada, por lo que de momento tendré que dejarlo pasar.

Me acerco a la barandilla y miro la calle. A pesar de que es la hora de la comida, está muy concurrida. ¿Podré algún día volver a pasear por ella sin miedo? No lo sé.

* * *

Sentada en la hamaca, notando como el sol acaricia mis piernas, cierro los ojos y pienso en lo que tenía pensado hacer este verano. Había decidido volver al pueblo e ir con mis amigas a la piscina, llamar a Elen y hablar largo y tendido con ella —cuando tuviera un rato libre, claro, porque últimamente está muy liada con un trabajo que le ha salido muy importante para su carrera—. Siempre fue mi mejor amiga y sé que si la llamo y

le cuento lo sucedido estará ahí, lo dejará todo y vendrá corriendo para darme su apoyo. El problema es que si no lo ha hecho hasta ahora es porque no lo sabe, y casi prefiero que sea así. Ya tengo suficiente con saber que he hecho daño a los que me rodean como para añadir a alguien más. Luego pienso en mis amigas de clase: con el calor que hace, estarán todas en la piscina... Me recorre un escalofrío de solo pensar en ponerme un bañador. Antes no sabía de lo que los hombres eran capaces. ¿Habré provocado a más de uno? Una lágrima resbala por mi mejilla y, al notar como una cálida mano la seca, siento que todo mi cuerpo vibra, pero inmediatamente siento las manos de Carlos invadiendo mi cuerpo. El recuerdo es más fuerte que la dulce caricia que ahora estoy recibiendo, y me aparto.

—Hola, preciosa.

Miro a Adair arrodillado a mi lado y su sonrisa me tranquiliza, pues no parece ofendido por mi reacción.

—Hola. —Trato de sonreírle como en mis sueños, cuando imaginaba que estábamos juntos y me reía y le besaba con felicidad, pero no soy capaz.

—Me han dicho tus padres que estabas aquí. La verdad es que se está muy bien. —Adair se levanta, toma una silla de la mesa y se sienta cerca de mí—. ¿Qué tal el día? Lo miro. Está tan guapo como siempre, o incluso más. En este año que he estado sin verlo ha madurado y su belleza es aún más palpable. No deben de faltarle las admiradoras. Sin poder evitarlo, pienso en Dulce. ¿Habrán sido algo más que compañeros de trabajo?

—Como todos últimamente —le contesto. Me gustaría poder decirle algo más, pero no quiero mentirle—. Ha venido Dulce a verme. Es muy bonita.

Miro de reojo a Adair y le veo sonreírme de una manera especial.

—¿Celosa?

—No. Si quisieras salir con ella, lo respetaría.

Me tumbo en la hamaca y le doy la espalda. En otro momento hubiera luchado por él con uñas y dientes, pero ahora no puedo atarlo a mí. No soy más que una lisiada y puede que nunca llegue a ser una mujer completa. No sé si algún día podré dejar que me toque como un hombre toca a una mujer. Solo por eso lo dejaría ir, aunque sé que eso me dolería muchísimo y me hundiría más en mi pena.

—La conozco desde hace casi dos años. Es una buena amiga.

Alzo los hombros con indiferencia, pero en el fondo siento un gran alivio por que sea así.

Nos quedamos en silencio y sé que es por mí; no debe de ser fácil hablar conmigo ahora mismo.

—Te he traído algo. —Me vuelvo y observo ante mí una nueva película, una que ya he visto.

—Tu hermano siempre decía que era de tus preferidas y que, de tanto ponerla, se rompió la

cinta de VHS. Pensé que te gustaría volver a tenerla.

Asiento y la tomo.

—No sabía que la habían sacado en DVD.

Gracias.

Al cogerla, siento algo cálido en mi corazón, como si el frío de estos días se alejara un poco. No por el regalo, sino porque cuando veía esta película hasta la saciedad era la época en que él y yo estábamos distanciados y que él sepa eso de mí, pese a no hablarnos, me confirma lo que me contó: Adair se alejó, pero me recordaba.

Alzo los ojos y deseo poder acariciar su sonrisa; de hecho, mi mano se alza pero a medio camino la bajo. Él no hace movimiento alguno y miro una vez más la película. Él se alejó por mí porque quería que yo viviera mi vida. Yo, en cambio, estoy siendo una egoísta por haber aceptado estar con él, atándolo a mí. Hablo antes de pensarlo más. Es mejor así.

—He estado dándole vueltas a lo nuestro...

Creo que todo esto es un error.

Adair se calla. Yo no lo miro; no quiero que vea lo mucho que me duele decirle que se aleje de mí cuando él es ahora mismo el único rayo de sol que encuentro en esta oscuridad.

—¿Te hace daño estar a mi lado?

Su pregunta me sorprende, pues yo pensaba que era justo al revés. Me vuelvo y lo veo observarme serio. Me parece ver tristeza en sus preciosos ojos.

—No. Pero eso no cambia las cosas...

—Lo cambia todo. Sí, yo también he pensado que nos precipitamos un poco, pero solo porque temía estar haciéndote daño... Pero si no es así, no entiendo por qué es un error.

—Ni siquiera puedo dejar que me acaricies. ¿Es que no lo ves? ¿Qué clase de vida te espera a mi lado? Te quiero, Adair, desde siempre —le confieso—. Por eso mismo no puedo obligarte a que cargues conmigo y menos con una relación así.

—No me estás obligando a nada, Laia, y sé que un día, da igual si es dentro de mucho tiempo, conseguiremos que esto sea cosa del pasado. Juntos.

Su fe en mí me da esperanza y me hace sentir por primera vez en muchos días que tal vez lo consiga. Lástima que sea solo una esperanza efímera.

—Yo no lo creo...

—Confía en mí. —Adair me sonrío—. Ahora tú me necesitas a mí, pero la vida es muy larga, y puede que un día sea al revés y yo te necesite a ti. ¿Te gustaría que te apartara de mi lado? —Niego con la cabeza y Adair continúa—: Amar es estar al lado de la persona que queremos. En lo bueno y en lo malo.

—Me gusta estar contigo, no pienses lo contrario. Si no me negué fue porque...

—No te calles.

Respiro y le digo la verdad.

—Eres la única luz que encuentro ahora, pero siento que estoy siendo una egoísta...

—Entonces, gracias por ser una egoísta y no querer que esté lejos de ti.

Lo miro sorprendida por el giro que ha dado a mis sentimientos y no puedo evitar sonreír.

—Gracias —le digo, pues en este momento me siento un poquito más feliz.

—Soy yo quien tiene que darte las gracias.

Nos quedamos mirándonos sin decir nada, pues ahora mismo no necesito llenar este silencio con palabras porque no me siento incómoda, al contrario, me encanta perderme en la calidez de sus ojos plateados.

—Hija. —Me giro y veo a mi madre en la puerta—. Nos vamos a ir a comprar. Tu hermano está arriba.

Miro a mi madre, asimilando sus palabras. Si mis padres se van, me quedo sola con mi hermano y Adair, y no puedo evitar que mi cara refleje el

miedo que me produce esa idea. Y me siento muy mal por tener miedo de Adair.

—Yo me tengo que ir. —Me vuelvo hacia Adair esperando su expresión de tristeza y de impotencia por mi reacción, pero me alivia ver su sonrisa—. Tengo que ir a trabajar. Nos vemos mañana.

Asiento. Mi madre nos observa y veo como salen juntos de la terraza. Sé que lo de Adair no ha sido más que una excusa, que se ha dado cuenta de que me daba miedo quedarme sola con él.

¿Algún día podré estar con él a solas?

CAPÍTULO 5



ADAIR

Cierro la puerta de mi casa y me quedo apoyado en ella un segundo, tomando fuerza e intentando calmarme. Ahora debo ser más fuerte que nunca. Ella me necesita.

Voy a la cocina a prepararme algo para cenar, pese a que no tengo hambre, y me hago medio bocadillo que me como frente al televisor. Trato de seguir mi vida como si nada pasara, como si no tuviera este nudo en el estómago ni sintiera esta impotencia por dentro. Cada vez que me mira con sus ojos cargados de dolor, mi furia por su ex crece. Él me ha robado a la Laia que yo conocía.

Cuando la vi esta tarde llorando, se rompió una vez más algo dentro de mí y mi mente traicionera se hizo una pregunta: ¿y si esto no cambia? ¿Y si no conseguimos ayudarla? Sé la respuesta y lo único que deseo es estar a su lado, pero me siento culpable por haberme hecho siquiera esa pregunta.

El timbre de la puerta me saca de mis pensamientos. Voy a abrir y veo a Liam mirarme serio al otro lado.

—Hola. Cuánto tiempo sin verte.

—Tú, en cambio, te has olvidado de usar el móvil cuando tienes un problema. —Liam entra y me observa molesto.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tu madre. —Pongo mala cara pero, antes de que pueda decir algo, Liam me corta—: Está preocupada por ti y sabe que somos amigos.

No añade «los mejores», no hace falta. Conozco a Liam de toda la vida, nos hicimos amigos de niños, antes de ser conscientes de que

pertenecíamos a mundos distintos. Cuando lo supimos, nuestra amistad ya era fuerte y ni eso consiguió romperla, aunque yo nunca olvido cuál es mi sitio y quién es él, el heredero de este reino.

—Ella no tenía que...

—Deja eso ya. ¿Cómo está Laia?

—Mal, ¿cómo esperas que esté?

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—A mí no me han atacado.

—No, pero tu madre me contó que estuviste allí y fuiste tú quien lo detuvo. Además, sé lo importante que es Laia para ti. Si yo estuviera en tu lugar, si alguien hiciera daño a Elen..., no me podría contener.

—Yo lo hice.

—Seguro que no fue por falta de ganas.

—Te juro que no hay día que no desee destruir la vida de ese desgraciado como él ha destruido la de ella, pero no haré nada.

Nos sentamos.

—¿No pensabas llamarme?

Observo los ojos verdes de Liam y decido decirle la verdad, porque sé que no me creería si dijera que sí.

—No, no pensaba hacerlo.

—Tú y esa manía tuya de encerrarte en ti mismo.

—Soy así.

—Lo sé. Pero cuando tuve que dejar ir a Elen y necesitaba un amigo, tú fuiste el que se vino conmigo de viaje. Tú has estado ahí siempre que te he necesitado, ¿por qué no dejas que yo haga lo mismo por ti? Laia no es la única que lo está pasando mal ahora.

—No impor...

—¡Y una mierda no importa!

Observo a Liam sorprendido. Él nunca pierde los papeles y me extraña que lo haga ahora.

—Dime, Adair, cuando tú la miras a ella y la ves mal, y no se abre y te cuenta lo que le pasa, ¿cómo te sientes?, ¿impotente? Pues así es como

nos sentimos las personas que te queremos cuando te callas lo que piensas.

—¿Ya has dicho todo lo que tenías que decir?

—Sí, y me he quedado muy a gusto. —Liam me sonrío con cariño.

Reflexiono en silencio sobre lo que ha dicho. En lo mal que me siento cada vez que Laia rechaza mi ayuda. Pienso en mi madre, ¿sentiría ella esa misma impotencia cuando, de niño, me guardaba todo para mí? ¿Y ahora? Supongo que por el estilo, no he cambiado mucho en ese aspecto.

Observo a Liam y me levanto inquieto.

—De acuerdo. No estoy bien. ¿Satisfecho?

—No, no estás bien, y me gustaría que me dijeras por qué.

—¿Qué eres?, ¿mi maldito psiquiatra?

—Para ti, sí. Te haré buen precio —bromea para aliviar la tensión que hay en el ambiente.

Respiro hondo y niego con la cabeza.

—No paro de revivir la escena. De qué hubiera pasado si hubiéramos llegado unos

minutos más tarde... o si ella no hubiera podido llamar...

—¿Crees que la hubiera matado?

—No lo sé.

Me paso la mano por el pelo y Liam me pone una mano en el hombro en señal de apoyo.

—Laia es fuerte, saldrá adelante.

—Sí, yo creo en ella.

—¿Pero?

—Odio tu capacidad para percibir las cosas.

—Lo habré aprendido de ti.

—Es posible.

—Di.

Refunfuño, pero Liam no desiste.

—Laia y yo estamos juntos.

—Vaya, enhorabuena.

—Ella creía que, después de tantos años mostrándome indiferente, ahora quería estar cerca de ella por lástima, así que le dije la verdad —continúo explicando.

—¿Y cuál es el problema? ¿Temes que ella no lo supere y que nunca llegues a estar con ella como un hombre y una mujer?

—No, no. La deseo desde hace años. La amo incluso desde antes de desearla. Ahora mismo eso no me importa...

—¿Entonces?

—Que no sé si algún día lo hará, si me cansaré de esperar a que lo supere... No quiero fallarle. Temo que un día ella me necesite y yo no esté a la altura... y me pregunto si no tendría que haber esperado a que ella estuviera bien, si no estaré precipitando las cosas.

—Un poco sí y no. —Le miro interrogativo—. Sé que la quieres, y deberías habérselo dicho hace mucho tiempo. Pero te conozco lo suficiente como para saber que en parte te culpas de lo que ocurrió, que si te hubieras declarado antes, ella no hubiera conocido a ese desgraciado. Solo espero que ahora no estés con ella porque ya le fallaste una vez y es tu forma de protegerla para que no

vuelva a sufrir. Entonces sí te estarías precipitando.

No niego lo evidente.

—Ya no sé qué diablos pensar... Todo esto no parecen buenos cimientos para consolidar una relación, pero... no quiero perderla.

—No sabes qué pasará en el futuro.

—Nadie puede saberlo.

—Piensa que, al menos, hoy estás a su lado, y que eres fuerte por los dos. Ten paciencia.

—Igual que estás haciendo tú con Elen, ¿no?

—Sí, en cierto modo, es una situación parecida a la tuya. Salvando las distancias, claro; gracias a Dios, a Elen no han intentado violarla...

—Asiento, comprendiendo lo que quiere decir—. Pero tenía que dejarla ir y esperar a que ella regrese a mí. A veces se me hace cuesta arriba, y muchas noches me pregunto si no estaré esperando para nada...

—Y, sin embargo, la sigues esperando cada día.

—Sí, porque la quiero, y porque no puedo saber qué pasará el día de mañana. Lo único que sé es que hoy no tengo dudas, que la esperaré lo que haga falta. Es mejor pensar en el día a día y ver como poco a poco estos pasan, en vez de pensar en lo que falta para conseguir lo que anhelas. Sé fuerte y lucha por Laia. Si te pasas la vida esperando a que llegue el momento adecuado, es posible que te hagas viejo y no hayas encontrado ninguno. Por inoportuno que sea, ha surgido así. No le des más vueltas y vívelo.

—Gracias.

—De nada, para eso estamos los amigos. ¿A que no ha sido tan difícil?

Sonríó y agacho la cabeza, dándole la razón. Me he dado cuenta de que las personas que te quieren sufren más si ven que estás mal y no les dices nada, que si les comentas lo que te preocupa y entre todos tratáis de solucionar el problema. Es una lástima que haya tenido que pasar lo de Laia para aprender esto.

LAIA

—Te hemos comprado un móvil nuevo. El número también lo es.

—Gracias —digo dejándolo en la cama sin prestarle mucha atención. Mi padre me observa.

—Podrías llamar a Elen. Seguro que le gustará que...

—No. —Lo miro muy seria—. No quiero que nadie le diga nada. No soportaría que viniera y dejara su vida por mí. Ya tengo suficiente con vosotros.

Observo la mirada de dolor de mi padre y aparto la cara.

—La cena no tardará en estar.

Mi padre se marcha y me siento en la cama, sintiéndome mal por ser tan injusta con ellos. ¿Qué me pasa? Y esta tarde fui injusta con Adair. Debe de pensar que soy horrible... Me llevo la mano a la cabeza cansada de no poder ser la misma de siempre y de hacerle sentir mal a todo el mundo.

Me levanto de la cama, voy al cuarto de mi hermano y toco a la puerta. Enseguida me dice que pase y, sonriendo, me invita a sentarme en su cama. Es la primera vez que lo busco desde lo que pasó y puedo ver en sus ojos lo feliz que le hace que deje de rehuirlo. A veces me gustaría dejar de ser tan perceptiva; puedo captar su alegría enseguida, pero cuando veo su pena, me hundo aún más en la mía.

—Esta tarde, cuando vino Adair..., creo que le hice daño —comienzo.

—¿Por qué?

—Me dio miedo quedarme a solas con él...

Siempre he tenido mucha confianza con mi hermano. Más que hermanos, hemos sido amigos; hemos llegado a salir juntos de fiesta. No tengo secretos con él. O no los tenía.

—¿Temes que te pueda hacer daño?

Me miro las manos.

—No... En realidad, tengo miedo a que me toquen. Cualquiera. Incluidos vosotros...

Mi hermano se sienta en la cama a mi lado. Yo me trago mi miedo por no herirle y soporto su cercanía. Tengo que ser fuerte por las personas que quiero.

—Lo comprendo. No te sientas mal.

Asiento y continúo:

—Adair me dijo que hace tiempo, cuando se mostraba tan esquivo conmigo, fue por lo que sentía por mí.

—¿Te lo ha contado? —Alzo la cabeza y asiento—. Sí, porque yo se lo pedí. —Lo miro sin comprender—. Veo que Adair no me ha delatado, tan fiel a sus amigos como siempre.

—Explícate.

—¿Te acuerdas aquel verano que me fui a estudiar fuera?, ¿lo insoportable que estaba cuando regresé? —Asiento—. Estuve saliendo con alguien que no merecía la pena... —Se detiene, como si necesitara un momento para pensar en qué decirme, como si se estuviera inventando la historia—. Ella era más joven que yo, quería pasar

el rato con sus amigas y no tenía tiempo para salir con nadie... —Lo dice con rabia, pero también como si lo que le hizo aquella chica no le doliera. ¡Qué raro! ¿Me estará contando una verdad a medias? Desecho enseguida la idea porque eso pasó hace tiempo, no tiene por qué mentirme y, además, hoy por hoy estoy muy sensible y no soy la mejor captando señales.

Recuerdo esa época. No sabía que su mal humor de entonces fuera por algo así.

—Sí. Estuviste un tiempo muy raro... —digo al fin—. ¿Tanto la querías?

—No... Eran cosas —Mi hermano le resta importancia, pero una vez más siento que me está ocultando algo—. El caso es que al poco me di cuenta de que Adair no te miraba como si fueras su hermana...

—Y no lo soy. ¿Cómo querías que me mirara?

...

—Ya, pero yo creía que para él serías intocable. Como su hermana pequeña... Sin

embargo, descubrí que él sentía por ti lo mismo que tú sentías por él. Y tú eras una niña entonces..., vale que con dieciséis años te creyeras capaz de estar con alguien de casi veinte, pero con esos años la diferencia de edad es muy grande y nosotros teníamos más experiencia que tú. Lo hablamos y le hice prometer que esperaría, por lo menos, a que fueras mayor de edad. Así, si tú solo sentías por él un enamoramiento infantil, ninguno de los dos sufriríais. Él estuvo de acuerdo. Para él solo eran dos años más, pero para ti era tiempo más que suficiente para vivir tu vida, madurar y quién sabe si conocer a otro chico del que enamorarte...

—Y así fue. Me fui de casa y acabé con otro.

—Y Adair no dijo nada. Por eso, cuando volviste a casa con ese imbécil —lo miro, pero no lo corrijo—, él no quiso entrometerse, ni hizo nada por verte.

—¿Seguía sintiendo lo mismo?

—Sí. Nunca ha dejado de quererte.

—Entonces todo lo que me ha dicho es cierto.

—Me miro las manos y siento una pequeña ilusión dentro de mí, pero se apaga pronto—. ¿Crees que Adair se siente culpable por no haber luchado más por mí?

—Sí. Y yo también. —Lo observo. En su cara leo verdadera culpabilidad—. Si yo no le hubiera hecho prometer...

—No quiero que os sintáis culpables.

—No podemos evitarlo. Hubiera dado lo que fuera por evitarte lo que te pasó. Todos.

—Lo sé.

Me callo asimilando todo y siento por primera vez lo importante que soy para Adair. Sin embargo, una parte de mí sigue temiendo que él solo quisiera estar a mi lado para ayudarme, no por lo que yo pueda ofrecerle a él.

—Temo que se canse de esperar a que yo...

—¿Te da miedo que pueda forzarte?

—No... No sé... —Recuerdo las palabras de Carlos y me recorre un escalofrío—. Carlos me

dijo que yo lo provoqué..., que llevaba meses esperando..., que, al fin y al cabo, era un hombre... Yo nunca me he acostado con ningún chico, Ángel, no sé qué pensar...

Las lágrimas caen con fuerza por mi cara; mi hermano me toma las manos y yo no las aparto.

—Yo no supe ver que él... ¿Y si fue mi culpa? —pregunto, diciendo por primera vez en voz alta lo que siento.

—No fue culpa tuya. Laia, mírame. —Lo hago—. Yo también soy hombre y nunca haría algo así.

—Pero tú no...

—Te contaré algo —Lo observo tras las lágrimas, intrigada por la seriedad de su voz—. Ese mismo verano conocí a otra joven, alguien increíble, mientras estudiaba allí. —Esta vez sí siento dolor en sus palabras, y sinceridad—. No era como las demás; con ella se podía hablar de cualquier cosa y nos compenetramos bien. Poco a poco nos fuimos sintiendo atraídos el uno por el

otro y comenzamos a salir. Pero cada vez que la besaba y la atraía hacia mí, ella me rehuía, y yo siempre respeté que quisiera ir despacio, pese a que la deseaba con locura. —Mi hermano se pierde en el recuerdo y yo sé, sin que él me lo diga, que esa es la chica a la que quiso y que lo hirió aquel verano, y no la del tonto ejemplo que me puso antes—. Una noche, ambos quisimos dar un paso más en nuestra relación, pero justo cuando estábamos a punto de hacerlo, ella dijo que no podía, recogió sus ropas y se marchó. Yo estaba realmente excitado en ese momento, créeme, y aun así, la dejé ir... Nunca la hubiera obligado a nada, Laia. Nunca.

—Sé que no eres capaz de hacer algo así.

—Como ves, no todos somos como ese desgraciado.

Asiento.

—¿Qué pasó con ella?

La cara de mi hermano se endurece.

—Se fue...

Siento la rabia que mana de las palabras de mi hermano y sé que nunca me habría contado esta historia de no haberla necesitado como ejemplo para hacerme entender que no todos los hombres son iguales. Espero que diga algo más, pero tiene la mirada perdida.

—¿No volvió?

—No —dice con los dientes apretados.

—Te sentiste engañado.

—Sí, y un estúpido también.

—¿No volviste a verla?

—Ese verano no.

—¿Y lue...?

—Prefiero no hablar más de esa mentirosa.

—No especifica por qué es una mentirosa y yo sé que no me dirá más de momento.

—Claro.

—Te he contado esto para que veas que da igual que tú no supieras ver cómo era él. Que no todos somos como ese hijo de puta. Y que sé que Adair nunca, nunca te haría daño. Pondría la mano

en el fuego por pocas personas, pero por él lo haría con los ojos cerrados.

—Yo también. Por eso me duele más todo esto...

Mi hermano me coge otra vez la mano; esta vez no siento la necesidad de apartarla.

—Poco a poco. Hace unas semanas no dejabas que te tocara, y ahora...

Miro nuestras manos entrelazadas y quiero ver en ellas un rayito de esperanza.

—Tú puedes conseguirlo, Laia. Juntos podemos.

Me aferro a su fuerza y me levanto sintiéndome más segura, pensando que tal vez sea posible, que pueda ser capaz.

* * *

Es sábado. Hace un rato que hemos cenado y después mi hermano ha salido a tomar algo con los

amigos. Hace unas pocas semanas yo también estaría haciendo cualquier cosa menos quedarme en casa, pero salir sigue dándome pánico. Me llevo la mano al pecho, notando como me late desbocado por la ansiedad que me produce esa idea. Sin embargo, ahora prefiero pensar que un día, tal vez no muy lejano, pueda hacerlo.

Miro mi cuarto y veo el móvil, aún sin abrir, que me han traído mis padres. Lo cojo para ver cómo es con poco interés. Antes me hubiera encantado este último modelo de terminal; ahora solo es uno más. Lo pongo en funcionamiento y toco el botón de llamadas. Marco el número de Adair, que me sé de memoria desde que me lo dio, cuando era pequeña. Lo miro y dudo si llamarlo o no. Estará con mi hermano y con Robert, tal vez necesite distraerse... Finalmente llamo antes de arrepentirme, pues me gustaría pedirle perdón por lo de esta tarde.

—¿Sí? ¿Quién es? —Recuerdo que no tiene mi nuevo número. ¿Y si cuelgo sin más? Aún estoy

a tiempo.

—Soy Laia.

—¡Hola, preciosa! Un momento. —Lo escucho hablar por encima de la música, que de pronto se oye más lejana, y me imagino que ha salido a la calle—. Ya estoy. ¿Qué tal estás?

—Bien... ¿Has salido?

—Sí. Liam no me ha dejado quedarme en casa.

Al oír Liam, pienso inmediatamente en Elen. La echo tanto de menos...

—Me alegro. Yo..., bueno, quería decirte —tomo aire— que siento lo de esta tarde... sé que te diste cuenta de que...

—No pasa nada. Poco a poco, Laia. No tenemos prisa.

Se me llenan los ojos de lágrimas cuando dice ese «tenemos». Tenemos. Una simple palabra pero que me da tanta paz y tanta fuerza. Estamos juntos en esto, así que creo que es hora de que vaya aceptando que, pese a las circunstancias, mi

sueño se ha hecho realidad. Ojalá todo esto hubiera pasado antes, pero ha sido ahora y, o lucho por nosotros, o lo perderé. Es tan fácil decirlo y tan difícil hacerlo...

—No, no la tenemos.

Nos quedamos en silencio y me muerdo el labio, pues me gustaría decirle que me apetece verlo, pero tengo miedo de estropearlo todo una vez más y me callo.

—¿Qué hacías?

—Estoy en mi cuarto. —Como siempre en estos últimos días. Por suerte mi madre no dejó que Carlos entrara en mi cuarto y no hay recuerdos suyos aquí.

—¿Has estado en la terraza?

—No... Hemos cenado dentro.

—Hace muy buena noche. Apetece estar fuera.

Mientras me lo comenta, salgo de mi cuarto y voy hacia la terraza del ático. Siento la cálida noche acariciar mi cuerpo al salir a ella.

—Tienes razón, hace muy buena noche.

—¿A que es una noche estupenda para tomar un helado en una terraza?

Me tenso, pero contesto la verdad.

—Sí, pero...

—¿De qué te lo tomarías?

Decido seguirle el juego.

—Supongo que dudaría entre chocolate y *stracciatella* y acabaría pidiéndome mitad de cada uno.

Adair se ríe y mi boca hace un intento de sonreír, contagiada por su ronca risa.

—A veces los deseos se hacen realidad. Ahora te llamo. —Y cuelga.

Me quedo mirando el móvil como una tonta y entro al salón, donde mis padres están viendo una película.

—¿Va bien el móvil? —me pregunta mi padre.

—Sí.

—¿Te quieres sentar aquí con nosotros a ver la tele? He hecho palomitas.

Miro a mi madre y noto que espera que le diga que sí, pero acabo negando con la cabeza.

—Otro día entonces. La verdad es que la peli es un poco mala —dice.

Agradezco que no me lo tenga en cuenta y voy hacia la cocina para beber un vaso de agua. Me apoyo en la encimera y me quedo mirando los azulejos sin ver nada. Al poco escucho el timbre. Seguramente será mi hermano, que se le ha olvidado algo. Observo el móvil. «Cuánto tarda en devolverme la llamada Adair. O tal vez ya no llame», pienso. Si todo hubiera sido de otra manera, habría salido a buscarle y ahora estaría a su lado en el pub, como muchas veces soñé.

—Espero que esa cara se deba a que te mueres por un helado. Así podré sacarte una sonrisa cuando te lo ofrezca.

Me vuelvo y veo a Adair en la puerta de la cocina con una bolsa de la heladería y una sonrisa.

Me pierdo en sus ojos, que me observan con cariño.

—¿Qué haces aquí? Creía que te apetecía estar...

—Contigo.

—No quiero ser una carga...

—Deja de decir tonterías o le doy tu helado a tus padres. Ven, salgamos a la terraza.

Empieza a andar sin esperar que le diga que sí, y lo sigo. Al pasar por el salón, me fijo en que mis padres también están tomando un helado que les ha traído Adair. Salgo a la terraza y Adair saca las tarrinas y me da una.

—Si todo hubiera sido distinto yo hubiera ido a la discoteca...

—Habrá tiempo. Además, el ambiente era el de siempre.

Adair se sienta en una de las sillas y yo hago lo mismo. Primero la pongo separada de él, pero luego recuerdo el feo de esta tarde y, tragándome el miedo, la junto a la suya. Me siento temblando,

deseando su cercanía y temiéndola a la vez. Finalmente me acomodo y ni él ni yo comentamos el temblor de mis manos al tomar la tarrina.

—Me gustaba ir allí con Elen. La última vez que lo hice fue cuando nos pillaste bebiendo...

—Recuerdo esa noche.

—Intenté besarte.

—No quería aprovecharme de ti.

—Me emborraché porque pasabas de mí — digo recordando ese momento.

—Vaya, no lo sabía.

—Ya es agua pasada... —Y lo es en muchos sentidos—. No he vuelto a beber. —Tomo una cucharada de helado y disfruto de él. Por primera vez en muchos días, la comida no me sabe toda igual.

—Me alegro.

—Y yo de que nos ayudaras... —Me muerdo el labio y sigo tomando mi helado.

—¿Te acuerdas cuando tenías casi dieciséis años y buscabas siempre una excusa para hablar

conmigo?

—Sí. Por aquel entonces, ilusa de mí, creía que no te darías cuenta de lo que sentía. Se me notaba, ¿verdad?

—Yo creía que se te pasaría con los años, cuando conocieras a alguien que te gustara más que yo.

—No fue así. —Sigo tomando mi helado y, sin querer, recuerdo por qué me llamó la atención Carlos. Él estaba de espaldas y yo creí que Adair había venido a verme; cuando se dio la vuelta vi que no era él, pero, como yo lo estaba mirando, Carlos se acercó y se presentó. Me levanto inquieta, pues a ese recuerdo le ha seguido el del día que me atacó en aquel callejón.

Me acerco a la barandilla y observo el cielo estrellado.

—Se pueden ver muchas estrellas esta noche. Secándome las lágrimas, digo:

—Son preciosas.

—Cuando era niño, me dormía muchas noches observándolas. Me hacían sentir... —
Adair se calla y me vuelvo para mirarlo.

—Menos solo.

Asiente.

—Ha pasado mucho tiempo —comento recordando nuestras conversaciones de hace años.

—Nunca es tarde.

—Me gusta que sepas adivinar lo que pienso; siempre supiste. Mucha gente cree que eres serio, que no te importa lo que te rodea, pero yo siempre he sabido que eres más perceptivo con tu entorno que los demás. Por eso, cuando mi hermano me dijo que ibas a ser policía y que estabas estudiando para detective, no me sorprendió. Tú sabes ver lo que otros pasan por alto.

Miro a Adair; parece algo cortado. Luego me sonrío y se apoya en la barandilla.

—Creo que estoy perdiendo mi capacidad, pues a veces temo... Bah, dejémoslo. Tu helado se

va a derretir —comenta mirando mi tarrina para cambiar de tema.

Sé lo que iba a decirme: que a veces teme hacerme daño. Me gustaría decirle que sé que no me lo hará, pero al final decido callar, pues en el fondo tengo miedo de equivocarme y que un día me sorprenda como lo hizo Carlos. Ojalá pudiera dejar de juzgar injustamente a todos por culpa de lo que pasó.

—No tengo más hambre, pero muchas gracias, me ha encantado.

Adair asiente y lo veo dudar entre si irse o no. ¿Quiero que se vaya?

—Hija. —Miro a mi madre, que está en la puerta de la terraza—. Nosotros nos vamos a la cama. Podéis quedaros aquí un poco si queréis...

Nos quedamos en silencio y luego respondemos a la vez:

—Yo ya me...

—Vale, nos quedamos un rato más.

Adair se interrumpe a mitad de su frase y deja que yo decida por los dos.

—Buenas noches, chicos.

Mi madre me sonríe con cariño y se va, dejándonos solos de nuevo. Yo salgo detrás de ella y digo:

—Ahora vengo.

Entro en el salón y subo a mi cuarto, a coger mi diario. Lo empecé poco antes de que Adair dejara de hablarme. La última cosa que escribí fue:

A veces nos creemos capaces de acariciar el cielo pero, cuando creemos estar cerca, nos damos cuenta de que, por mucho que lo intentemos, siempre será inalcanzable.

Lo tomo y me lo llevo a la terraza. Cuando entro, Adair est  sentado en una de las hamacas y yo me quedo cerca.

—Tengo la esperanza de que un día vuelva a ser esta joven... Tal vez pida un imposible y esté tratando de acariciar el cielo...

Adair me mira sin entender y le tiendo el diario abierto por la última página escrita. Repito mentalmente, mientras él lee las palabras que preceden a la última frase:

Ahora sé que Adair nunca se fijará en mí. Es hora de que deje de vivir engañada, pero cuesta mucho, pues mientras siga queriéndole, la esperanza de que un día se dé cuenta de que estoy a su lado seguirá existiendo.

Me sonrojo pero ya no hay marcha atrás.

—Siento...

—No lo sientas. La vida quiso que estuviéramos aquí y ahora, con estos sentimientos. No sé por qué, pues me cuesta entender cómo puedo sacar una enseñanza de lo que me ha pasado, pero no puedo cambiar el pasado. Solo espero poder gobernar y dirigir mi presente, y que

mi pasado no me haga quedarme anclada en él. No te sientas culpable por lo que sucedió... tu culpabilidad me hará más daño. Yo no puedo ahora mismo mirar hacia delante, pero me gusta ver en tus ojos que es posible que un día yo mire el futuro que nos espera con la misma ilusión que tú. —Tomo aire—. Tal vez te esté pidiendo demasiado...

—Yo miraré de momento a ese futuro por los dos, pero no te retrases demasiado. Te necesito a mi lado, es nuestro futuro.

Me sonrío y yo trato de imitarlo. Al final no sé qué sonrisa me habrá salido, pero por la mirada de Adair, diría que le ha gustado, pues parece más feliz. Ojalá que lo que Carlos me hizo no nos impida disfrutar un poco de esta felicidad.

Entonces Adair me tiende una mano y mi felicidad se esfuma. ¿Tan rápido? Alzo mi mano e intento cogérsela para sentarme a su lado, para reír con él, para que seamos una pareja de verdad. Pero entonces recuerdo otra noche, otra persona.

Mis gritos. La ropa rasgada. El dolor. El miedo. La angustia... y mi mano se queda a mitad de camino. No puedo, es superior a mí...

Desvío la mirada y veo mi diario en la mano de Adair, esa mano morena que tantas veces he deseado acariciar mientras escribía en él cada instante que pasábamos juntos, cada recuerdo con él, porque lo vivía como algo especial, como un gran regalo, y era capaz de llenar páginas y páginas contando un solo segundo en el que me había mirado o me había sonreído. Esos pequeños gestos que eran tan importantes para mí... Y ahora está aquí, y es el Adair de siempre, mi adorado Adair. Llenando mi ahora de segundos a su lado, y yo soy incapaz de apreciar ni de saborear ninguno... ¿es eso lo que quiero?

Respiro hondo y, por fin, tomo su mano, convenciéndome de que haré lo posible por superar mi miedo y llenar mi vida de instantes junto a él.

CAPÍTULO 6



ADAIR

La pequeña mano de Laia aferra la mía tímidamente y trato de no hacer ningún movimiento brusco que pueda asustarla. Cuando noto que el temblor de su mano remite un poco, la cierro y la atraigo despacio hacia la hamaca. Temo que ella la aparte y retroceda pero, para mi sorpresa, accede y acaba sentándose cerca, no mucho, pero sí lo justo para darme esperanzas.

No suelto su mano mientras continúo leyendo por encima su diario. Cada línea transmite esa ilusión que siente una chica de quince años por el chico de sus sueños. Me pregunto si algún día conseguiré que la mujer en quien se ha convertido Laia pueda sentir esa misma ilusión, sin miedo.

Veo el nombre de Liam y me centro en ese pasaje. Recuerdo ese día:

¡He subido en el ascensor con Adair! ¡Los cuatro pisos! Es una suerte que el ascensor no sea de los grandes. ¡Casi hemos estado pegados! Aún puedo respirar su perfume. Y hemos hablado. Poco, pero yo recuerdo cada palabra. Creo que me he puesto un poco colorada. Espero que no lo notara y, si lo ha hecho, espero que haya pensado que se debía a mi desilusión por no haber conseguido una foto junto al príncipe Liam y no por lo que es en realidad, por tenerlo tan cerca. Esta noche seguro que sueño con Adair. Me pregunto si se habrá dado cuenta de que me he maquillado y me he puesto rímel... Estoy cansada de que me vea como una niña. Un día me verá como una mujer y... ¡puede que ese día esté cerca! ¿Verdad, diario? Me siento muy feliz.

Miro a Laia. Está tan sonrojada como aquel día. Casi puedo verla en el ascensor, mirándome con una gran sonrisa y el maquillaje realzando sus grandes ojos verdes. Se me hace raro leer su

diario y saber lo importante que era para esa joven pasar un solo instante conmigo. Acaricio su mano; una vez más, ella no la aparta, sino que se deja acariciar, y yo disfruto de este contacto, tal vez tanto como ella lo hacía de mi presencia hace unos años. ¿Puede que lo de ahora solo sea el recuerdo de aquel enamoramiento adolescente? Casi al instante de plantearme esa pregunta me siento mal, pero en el fondo no puedo evitar pensar que quizá un día, cuando ella esté del todo recuperada, se dará cuenta de que solo estuvo conmigo porque creía que la haría feliz hacer realidad su ilusión de niña. Trato de ignorar mis pensamientos. Me dolería mucho perderla, pero es el riesgo que debo correr.

—A los pocos días me trajiste una foto de Liam firmada y me contaste tu secreto.

—Y nunca me has delatado.

—No, ni lo haré.

—Lo sé.

Laia me observa con un amago de sonrisa. Yo espero que sonría del todo, como siempre lo ha hecho, pero no lo hace y, una vez más, la furia crece dentro de mí por el desgraciado que se la ha robado.

Dejo el diario a un lado y nos quedamos en silencio disfrutando el uno del otro.

—¿Crees que... —Laia se tensa y aparta su mano de la mía antes de levantarse y caminar hacia la barandilla—... que debería denunciarlo?

Me quedo callado. Hasta ahora ninguno hemos querido sacar el tema por miedo a que volviera a recluirse en sí misma, pero Laia siempre ha sido muy lista y debe de haberlo notado.

—¿Tú qué piensas? —le pregunto. Yo no lo dudaría, pero quiero saber qué se le pasa a ella por la cabeza, porque solo así sabré cuánto daño le hizo.

Me levanto también de la hamaca, incapaz de estarme quieto. Una parte de mí quiere saber lo

que le hizo para poder ayudarla, pero otra sabe que cada palabra que me diga sobre aquel incidente me matará un poco por dentro, por no haber podido llegar antes a su lado.

—No lo sé. —Se gira y me mira con los ojos llenos de lágrimas. Me acerco a ella hasta que da un paso hacia atrás, alejándose de mí—. Él... me dijo que yo lo provoqué. —Lo dice tan bajito que casi tengo que adivinar lo que ha dicho—. ¿Y si es verdad? No dije que no... Yo...

Aprieto los puños y tengo que serenarme antes de contestar, para no asustarla, porque lo que ahora me saldría sería gritar y no quiero que piense que estoy enfadado con ella. Pero, maldita sea, qué difícil es.

—Laia, tu «no» fueron tus actos, tus lágrimas..., créeme, le dijiste que no. Por mucho que alguien te desee, si tú no quieres, no hay excusa. Yo te deseo y... ¡maldita sea, nunca te hubiera forzado!

Laia da otro paso hacia atrás y me arrepiento enseguida de haber alzado la voz y haber perdido el control.

—Lo siento...

—No es tu culpa...

—Será mejor que me vaya.

Camino hacia la puerta de la terraza, pero me detengo.

—Laia, imagina que lo que tú viviste le pasara a otra persona. ¿Qué pensarías si lo vieras desde fuera?

—Que la estaba forzando.

—Entonces, si no quieres que él le haga a otra joven lo que te hizo a ti, deberías denunciarlo.

Ella se retuerce las manos, angustiada.

—Pero no quiero volver a verlo..., quiero que todo esto acabe, que pasen los días y olvidar... ¿Quiero ser quien era! ¿Por qué tuvo que robarme mi vida? ¿Por qué a mí?

Empieza a llorar. Me vuelvo para ir a su lado pero, cuando nuestras distancias se acortan, ella se

echa hacia atrás. Con cada lágrima suya me rompo por dentro.

—Déjame abrazarte, Laia...

—No puedo..., ahora no...

—Está bien.

Me quedo de pie mirándola, sintiéndome impotente por no poder consolarla ni darle el apoyo que tanto necesita en este momento. Tras sus sollozos se rompe de dolor y cae al suelo. Escucho un ruido a mi espalda y, al girarme, veo a sus padres entrar en la terraza. Su madre corre a agacharse a su lado y yo también. Pero Laia alza la cabeza y nos grita:

—¡No me toquéis! ¡No quiero que nadie me toque nunca más!

Dicho esto se levanta y sale corriendo hacia su cuarto. La seguimos pero solo llegamos a ver como cierra la puerta con pestillo, alejándonos así de ella y dejándonos con la rabia de que ni siquiera nos permita ayudarla.

Los tres nos quedamos en silencio en mitad del pasillo, un silencio horrible solo roto por los sollozos de Laia.

—¿Qué ha pasado?

Miro al padre de Laia temiendo que crea que yo la he hecho llorar, pero no veo acusación en sus ojos, sino preocupación.

—Laia sacó el tema de la denuncia y le ha traído recuerdos.

—Maldita sea —masculla el padre—. ¿Va a denunciar?

—Yo diría que sí pero, si lo hace, tendrá que encontrarse con él en el juicio y... temo que eso solo le haga más daño.

—Tiene que denunciar. Ese desgraciado debe pagar por lo que hizo.

Asiento tras las palabras del padre de Laia. Permanecemos un rato más esperando tras la puerta, aunque los tres sabemos que esta noche Laia no la abrirá.

LAIA

Me despierto una vez más de una pesadilla y, tras secarme las lágrimas, me levanto esperando tener fuerzas para afrontar el nuevo día sin hundirme otra vez.

Aún puedo ver la cara de impotencia de Adair en mi cabeza. Estar con él es una locura, ya no soy la que era y no lo volveré a ser nunca. Aunque me duela, tengo que decirle que siga su vida y que lo haga lejos de mí. La idea de perder a Adair hace que mis ojos se llenen de lágrimas otra vez, pero lo quiero lo suficiente como para no desearle estar al lado de una persona que solo le causa dolor.

Abro la ventana de mi cuarto para tomar un poco de aire y tratar de serenarme y mientras lo hago, pienso de nuevo en la denuncia. No he dejado de darle vueltas en toda la noche. Ahora mismo lo único que quiero es desaparecer, pasar página, pero tengo que afrontarlo y no es fácil.

—No sabía que estabais juntos. —Me llega la voz seria de mi hermano desde la ventana de su cuarto—. ¿No crees que os habéis precipitado un poco? No sé, tal vez deberías haber esperado a que ella se recuperara un poco...

—Tu hermana creía que venía a verla por lástima. Llevábamos años sin hablar y es lógico. Si no le hubiera dicho la verdad, no me habría creído.

Escucho la voz dura y masculina de Adair y le doy la razón. Si no me hubiera dicho lo que sentía por mí, le habría dicho que me dejara en paz, que no quiero la compasión de nadie. Lo malo es que ahora que sé lo que él siente por mí, me resulta más difícil decirle que se aleje.

—Yo pienso lo mismo que Ángel —interviene Robert—. No es que piense que no os queráis, sé la admiración que Laia ha sentido siempre por ti..., pero ya no es la Laia que conocías hace tres años. Desde que no os veis, los

dos habéis cambiado mucho. ¿Qué sabes de la Laia adulta? ¿Qué sabe ella de ti?

Los tres se quedan en silencio y yo reflexiono en lo que Robert acaba de decir. Durante el año que he estado estudiando fuera perdimos el contacto, pero además el incidente me ha cambiado por completo. ¿Cómo puede estar seguro de querer a la Laia que soy ahora? Él me desea..., lo dijo ayer, pero para mí la idea de acostarme con él ha pasado de ser lo más maravilloso de mi vida a lo más horrible. Solo pensar en ello me asfixia. ¿Qué clase de vida le espera a mi lado?

—Puede que no sepa cómo es ella ahora, pero... la quiero y, ¡maldita sea!, me niego a perderla. Si esta razón no os parece lo bastante fuerte, lo siento, pero no pienso renunciar más a ella. Ya lo he hecho durante demasiado tiempo.

... La quiero y me niego a perderla...

Las palabras de Adair se cuelan en mi mente y se repiten una y otra vez. Perderlo. Mi mente va hacia mis diarios; en casi todas sus páginas ponía:

Si me diera una oportunidad, le demostraría que vale la pena estar a mi lado. No lo perdería, no dejaría que se alejara de mí. Tan solo le pido una oportunidad.

Me recuerdo a mí misma llorando mientras lo escribía, y cómo mi corazón se llenaba de desesperación porque los días pasaban y esa oportunidad no llegaba. Ahora la tengo, y la voy a dejar pasar. ¿Qué debo hacer? Enseguida me llega la respuesta: solo hay dos posibilidades, perderlo o luchar. Y aunque la idea de luchar, de afrontar lo que me pasó, me aterra hasta lo inimaginable, la idea de perder la oportunidad que llevo ansiando desde los doce años de estar junto a Adair aún se me hace más aterradora.

Cierro la ventana despacio para no delatarme y voy hacia mi armario para vestirme con uno de los chándales que estoy usando últimamente. Después abro la puerta y, sin hacer ruido, voy a buscar a mis padres. Los encuentro en la cocina. Se sorprenden cuando me ven entrar y, aunque me

saludan con cariño, lo hacen con sonrisas apenadas de saber lo que estoy pasando.

—¿Me acompañáis a la comisaría? Quiero presentar una denuncia.

Mis padres me miran asombrados y en sus caras veo admiración por mí. Eso me hace sentir más fuerte y saber que, pese al miedo, estoy haciendo lo correcto.

ADAIR

—Bueno, chicos, yo me tengo que ir —dice Robert levantándose de la cama de Ángel y, mirándome, añade—: Espero que no te molestara lo que...

—Tranquilo, es lo que piensas y sé que lo dices porque eres mi amigo —le tranquilizo.

—Yo también quiero a la pequeña Laia, pero de distinto modo que tú. Para mí es como mi hermana pequeña. No quiero que ninguno de los

dos salgáis lastimados de esto, pero os apoyaré en todo.

Asiento y tras despedirse se va, dejándonos a Ángel y a mí solos.

—¿Qué tal anoche? —me pregunta Ángel con la mente puesta en otras cosas.

—¿Te ha contado algo tu madre?

—Lo que pasó al final, sí, pero no si antes hubo algún avance. —Me observa serio.

—Sí, pero no sé si hablar de la denuncia ha hecho que retroceda en su recuperación. —Me paso la mano por el pelo y me levanto para pasearme por la habitación—. Dios, si supiera qué hacer para ayudarla... Odio esta sensación de que cualquier cosa que diga puede hacer que ella se retraiga más.

—Te entiendo. Yo no sé cómo comportarme con ella. Quiero actuar como siempre..., pero todo ha cambiado. Cada vez que la miro, no puedo evitar sentirme mal por no poder ayudarla más.

—Supongo que es cuestión de tiempo.

—Lo sé. Voy a por algo de picar. Me ha entrado hambre.

Asiento y, al poco de salir Ángel de la habitación, voy hacia el cuarto de Laia y toco suavemente la puerta. Como no oigo respuesta, giro el pomo y, sorprendentemente, la puerta se abre, pero al asomarme dentro, veo que Laia no está.

—No la busques. Se ha ido con mis padres, no sé a dónde.

Me giro hacia Ángel, que ha regresado de la cocina y me tiende una nota. En ella solamente dicen que han salido con Laia.

Me quedo extrañado, al igual que Ángel. Saco el móvil y llamo a Laia a su nuevo número pero, cuando da señal, lo oigo sonar encima de su escritorio.

—Mis padres también se lo han dejado en casa —comenta Ángel guardando su móvil—. ¿Dónde crees que habrán ido?

—Tal vez solo a comprar.

—Sí, es posible. Es un avance. Hace unos días ella ni siquiera quería salir de casa —lo dice como sin darle importancia, pero él y yo sabemos que hay algo más detrás de esta salida. Si no, no se habrían ido sin avisar.

—Tengo que irme a trabajar... Me pasaré más tarde.

—De acuerdo.

Me fuerzo a sonreír y me voy. Tal vez debería quedarme y esperar a que regresaran, pero ahora mismo no tengo ni fuerzas ni ganas. Lo peor de todo es que ayer, mientras estábamos en la terraza, pensé que de verdad estábamos en el buen camino. Hasta que se encerró en su habitación. Es como si todo lo que hago por ella no fuera suficiente. Y, sobre todo, tengo miedo de que a Laia no le guste el hombre en el que me he convertido.

Llego a la comisaría. Al entrar veo a los padres de Laia sentados al final del pasillo. Me saludan algo serios y me acerco a ellos; antes de que me lo digan ya sé qué están haciendo aquí.

—Laia está presentando una denuncia contra Carlos.

Noto el orgullo en la voz del padre de Laia, pero también puedo percibir lo incómodo que se siente porque ella no haya querido que yo esté presente en este momento tan decisivo. ¿Es tal vez esto una señal?

LAIA

—Esto es todo. —El policía me sonrío y termina de anotar unas cosas en mi declaración.

Siento una gran opresión en el pecho. Incluso ha habido veces, mientras le relataba los hechos entre lágrimas, que me faltaba el aire, y he temido un montón no poder llegar hasta el final. Sabía que sería duro, pero el hecho de pensar en la cantidad de personas que han sufrido lo mismo que yo y han contado aquí sus abusos me ha dado fuerzas para seguir adelante.

Trato de levantarme, pero aún me tiemblan las piernas por lo relatado.

—Voy a llamar a tus padres. Espera aquí.

Asiento sin negarme, pues ahora sí que necesito tenerles a mi lado. No he querido que estuvieran presentes durante la declaración porque sabía que sería muy duro para ellos escuchar de mi boca lo que pasó. Por eso tampoco quise decir nada a Adair, porque he visto como sus precisos ojos azules grisáceos se llenan de furia y rabia cuando le digo algo de la agresión. Sé que algún día tendré que contárselo a todos, pero ahora está demasiado reciente y no quiero causar más sufrimiento a las personas que quiero.

—¿Ya está? —Asiento y mi padre me toma del brazo.

Mientras salimos de la sala, trato de no dejarme llevar por el pánico. Estar rodeada de gente me hace sentir como si en cualquier instante alguien fuera a atacarme, a agredirme. Me trago el

miedo y las lágrimas y camino intentando parecer firme y no frágil, como realmente me siento.

Cuando estamos llegando a la puerta de la calle, escucho que alguien me saluda y, al volverme, me encuentro a Dulce.

—Veo que por fin te has decidido —dice apretándome el brazo con cariño, pero no siento rechazo, lo cual me impacta y me sorprende agradablemente—. Me alegra que lo hayas hecho. Has sido muy valiente.

—Gracias.

—Bueno, os dejo, que Adair me está esperando en el coche... ¿Quieres que le diga algo?

Miro hacia la puerta y me pregunto si él sabe que estoy aquí; finalmente niego con la cabeza.

—No, luego hablaremos.

Cuando mis padres y yo salimos de la comisaría poco después de Dulce, veo alejarse un coche de policía y me pregunto si irá Adair en él, y si sabía que estaba aquí. De ser así, no entiendo

a qué viene tanta prisa. ¿Por qué no ha esperado a verme?... ¿Habré empezado demasiado tarde a luchar? Sinceramente, no lo sé, pues, aunque he denunciado, no me siento tan fuerte como creía. Sigo siendo la misma chica asustadiza de estos días. Dios, ¿cuándo terminará esto? Quiero volver a ser la misma de antes, pero cada día que pasa me parece más imposible.

* * *

Durante la cena, mi hermano me ha mirado con orgullo cuando mis padres le han contado lo que había hecho. Yo he tratado por todos los medios de no desmoronarme delante de ellos —se merecen un minuto de paz y no podía estropeárselo —; pero, en cuanto hemos terminado de cenar, he subido a mi cuarto para dar rienda suelta a lo que siento en la intimidad, y ahora las lágrimas caen por mis mejillas, silenciosas. Mi mente masoquista

no para de recordar lo que le conté al policía y el asco que sentí de mí misma por lo sucedido. Sé que es totalmente ilógico, teniendo en cuenta que yo fui la agredida, pero hoy por hoy la lógica no forma parte de mi vida.

Cuando me tranquilizo un poco, me siento en la cama y enciendo la tele. La miro sin ver, no le presto atención y tampoco lo intento, estoy demasiado distraída.

Son pasadas las once cuando cojo el móvil. Llevo todo el día esperando un mensaje o una llamada de Adair. Me sorprende mucho que no haya llamado ni venido a verme. Dulce ha debido de decirle que me ha visto. O tal vez esté muy ocupado... ¿Le habrá pasado algo? Me levanto inquieta y miro por la ventana. La noche parece tranquila, pero el trabajo de Adair no lo es. Allí donde haya problemas, él acudirá. Una pelea callejera, un robo, alguna joven más que haya sido violada... Espero que no.

Jugueteo con el móvil entre las manos mientras observo la noche, hasta que finalmente me decido a buscar su número y llamarlo. La línea da varios tonos mientras espero que lo coja, pero no lo hace. Lo raro es que, a la vez que a mí me da señal, oigo una melodía de móvil en casa. Extrañada, voy hacia la puerta sin colgar y la abro. La melodía se oye más cerca. Me asomo a las escaleras y veo a Adair subir por ellas con el móvil en la mano, por lo que cuelgo y me quedo observándolo. Tiene una expresión seria y aún lleva la ropa de trabajo, «como aquella noche», pienso enseguida. El uniforme azul oscuro resalta aún más su fuerza. Una fuerza que no me inspira temor...

No le temo. Lo miro sorprendida por mi descubrimiento, por dar voz a algo que ya sabía muy dentro de mí y que me negaba a admitir: nunca dudaría de él. Tal vez sea un comienzo.

Me aferro a esa esperanza y empiezo a andar hacia Adair. Este, al verme, termina de subir las

escaleras y se queda quieto, a la espera de lo que le vaya a decir o hacer. Yo lo miro a los ojos cuando me paro delante de él y veo al Adair de siempre. Al que siempre he amado, al que quiero..., al que deseo abrazar más que nada en el mundo. Quiero aferrarme a él y sentirme protegida entre sus brazos.

Lo miro dubitativa y temerosa. Un abrazo suyo es lo que más deseo en este momento y, sin embargo, me da miedo recibirlo. Es tan difícil olvidar... Ojalá este miedo desapareciera, aunque solo fuera durante un instante. Tan solo un segundo de tregua... ¿Tan difícil es?

Me armo de valor, extendiendo mis temblorosas manos y las poso en el pecho de Adair, sintiendo su fuerza y también su... temblor. Lo miro sorprendida. Su vulnerabilidad me hace fuerte y, además, me hace pensar que en esta relación él espera y ansía de mí lo mismo que yo de él. Animada por ese pensamiento, acaricio su torso y deslizo mis manos hacia su espalda. Luego, poco a

poco, dejo caer mi cara en su pecho, donde encaja a la perfección como dos piezas de un puzle, y siento por primera vez en muchos días que estoy a salvo.

Noto como los brazos de Adair me envuelven con cautela. Cuando estoy a punto de decirle que no hace falta que sea tan prudente, él me abraza con fuerza, una fuerza desesperada, como si acabara de recibir el agua que le ha sido negada, como si acabara de llegar a casa y se aferrara con fuerza a la nueva vida. Aspiro su aroma, tan característico. Cuántas veces soñé con abrazarlo así y que su olor se quedara impregnado en mi ropa, para luego recrearme en él cuando no lo tuviera cerca. Adair me acerca más a él y siento en cada fibra de mi ser su amor, su cariño, su fuerza.

Lentamente me voy relajando en sus brazos y mis ojos se llenan de lágrimas, pues después de tantos días de oscuridad, al fin veo brillar la esperanza en mi interior. Mi vida se compone

ahora de pequeños pasitos y, en los brazos de Adair, siento que acabo de dar uno bien grande.

CAPÍTULO 7



ADAIR

Estrecho a Laia entre mis brazos, hasta que de pronto me invade el temor de estar asustándola y me separo un poco de ella. Deseaba tanto abrazarla, que por un instante me he olvidado de todo.

—Yo... —Laia alza su mirada esmeralda hacia mí y trata de sonreír—. Gracias.

—No me des las gracias por algo así —comento molesto.

—¿Sabes... sabes dónde he estado esta mañana?

—Sí.

Laia se muerde el labio, indecisa, y yo clavo mis ojos en los suyos. No quiero que mis ansias por devorar sus labios la asusten.

—¿Qué tal estás?

—Estoy —responde. Puedo ver la tristeza en sus ojos, pero el hecho de que siga tan cerca de mí y que sus manos aún estén posadas en mi cintura me hace pensar que todo está francamente mejor.

—Todo saldrá bien.

—Nadie puede saberlo.

Agacha la cabeza y se aparta de mí. Me quedo quieto, sin saber si debería ir tras ella o permanecer donde estoy. Como siempre, me cuesta adivinar cuál es la reacción que espera de mí.

—Llevas el uniforme..., como aquella noche... —Voy a decir algo para disculparme, sintiéndome estúpido por no haberlo recordado, pero ella me corta—: No pasa nada. Me gusta cómo te queda.

Me siento mejor y mi estupidez se va disipando.

—Te conozco, Adair, y siento que cuando estás conmigo, te reprimes todo el tiempo. Os escuché hablar en la habitación de mi hermano, lo que te decía Robert de que no conoces a la persona que soy ahora... Y tiene razón.

Me preparo para que me diga que lo mejor es dejarlo y sin querer mi mente evoca mi último encuentro con mi padre.

* * *

—Ven un momento, Adair. —Mi padre se arrodilló mientras yo me bajaba del columpio para ir a su lado. Solo tenía tres años pero, por suerte o por desgracia, siempre he tenido muy buena memoria y me acuerdo de ese último encuentro como si fuera ayer.

Lo miré expectante. Creía, iluso de mí, que me había comprado chucherías. Aunque no

pasábamos mucho tiempo juntos, yo solo era un niño que quería a su padre.

—Hijo... Espero que un día no me recuerdes con rencor. A mi modo, te quiero, pero no es suficiente... Adiós, Adair.

Me quedé mirando a mi padre. Cómo alzaba su mano y cómo la apartaba después sin llegar a acariciarme. Se fue sin más y me quedé allí quieto, viéndolo alejarse. No comprendía muy bien lo que pasaba, pero en el fondo de mi pequeño corazón sabía que era algo muy triste. Cuando los días pasaron y mi padre no regresó y los llantos de mi madre por las noches me atormentaban, empecé poco a poco a asimilar lo sucedido.

Muchas veces me he preguntado si todo hubiera sido distinto de haber corrido tras él, pero solo hasta que me hice mayor y mi madre me contó la verdad. Mi padre nos abandonó por mí, porque en su vida no había sitio para criar a un niño. Aguantó tres años; luego no pudo seguir viviendo

una farsa y se fue sin mirar atrás. No era capaz de renunciar a su libertad por su familia.

Siempre he sentido lástima por él, por no haber sabido querer a la mujer que tenía a su lado. Mi madre es una gran mujer y yo le debo todo a ella.

* * *

—... Por eso me gustaría mucho conocerte. Si tú quieres, claro... —Laia sonríe tímidamente, devolviéndome a la realidad. Cuando asimilo sus palabras, mi corazón se ensancha en el pecho, pero trato de disimularlo y no parecer un tonto alelado mirándola.

—Me encantaría.

—Es tarde, pero tal vez... —Laia mueve las manos nerviosa. Antes no tenía este tic, no era tímida, más bien al contrario. Cuántas veces tuve que salir corriendo porque aprovechaba cualquier

descuido mío para acariciarme o acercarse tratando de parecer seductora. Nunca se rindió, hasta que se fue—. ¿Te apetece quedarte a ver una pelí...? —Laia se calla cuando escucha sonar mi móvil de servicio.

Lo cojo maldiciendo por dentro y, tras una breve conversación, cuelgo.

—Es Dulce. Dice que nos acaban de llamar para darnos un aviso de robo. Tengo que irme.

—No sabía que estuvieras de servicio.

—Pasaba por aquí y subí para ver cómo estabas. Tus padres me estaban diciendo que te habías encerrado en tu habitación cuando me llamaste al móvil.

—Deberías irte. —Laia retrocede hasta su habitación y yo me siento mal por tener que irme ahora que ella ha dado este paso.

—Mañana me gustaría ver esa película contigo.

—Claro.

Pienso en acercarme y robarle un beso, pero finalmente me alejo diciéndole un simple y triste «buenas noches». Antes huía de ella por miedo a no poder detener sus avances y ahora lo hago por miedo a que ella huya de mí, asustada. ¿Es acaso este nuestro destino? ¿Tener siempre la miel en los labios sin poder probarla? Hace años que me pregunto a qué sabrán sus besos y ahora que estamos juntos no puedo descubrirlo.

LAIA

Son cerca de las seis de la tarde y no paro de dar vueltas por mi cuarto y por mi casa, a la espera de saber algo de Adair. Lo bueno de esta espera es que, mientras pienso en cuándo vendrá, no pienso en la denuncia ni en lo inquieta que estoy por lo que pasará a partir de ahora.

Salgo a la terraza del ático y observo a la gente apoyada en la barandilla. Ayer me armé de valor y salí a la calle, tal vez pueda volver a

hacerlo... Pero en cuanto me imagino andando sola por ella, me invade el miedo. Me separo de la barandilla y me siento en una hamaca.

—¿Me estabas esperando?

Me vuelvo al escuchar la voz de Adair y le sonrío, o trato de hacerlo. Una parte de mí desea que se acerque, que me bese y saber a qué saben sus labios; otra teme que lo haga y, desgraciadamente, esa es la que ve Adair y la que hace que se retraiga. Una vez más, me asaltan las dudas por esta relación, y una vez más saco fuerzas y trato de luchar. Tengo que salir de este pozo negro que me atrapa.

—Sí, pero no sabía cuándo vendrías —le respondo.

—Esta mañana tenía que ayudar a mi madre.

—Ah, sí. La mía me contó que por fin había abierto su restaurante. Liam debe de echarla mucho de menos; me dijiste hace tiempo que él la quería mucho.

Adair sonríe. Parte de su tensión desaparece al hablar de su mejor amigo, lo cual me hace sentir más relajada.

—Está cada dos por tres en el restaurante. O bien mi madre le manda algunas de sus tartas. Para ella, Liam es como un hijo más.

Sonrío y me relaj  un poco más.

—Echo de menos a Elen. Me llama cuando puede, pero sí que no lo hace tanto como quisiera, porque le cuesta mucho no preguntarme por Liam. Estuve con ella hace poco... —Me callo al recordar quién me acompañaba, Carlos, y mi tranquilidad momentánea se rompe—. Estaba bien...

Muevo mis manos inquieta y finalmente me levanto y doy un paseo por la terraza. Cuando me detengo algo más calmada, me vuelvo y veo a Adair mirarme serio, como si no supiera qué hacer. En ese momento, su actitud y sus actos me dicen qué decisión debo tomar ahora.

— Has tenido más novias?

Adair alza las cejas sin comprender por qué le pregunto algo así.

—Sí, pero no creo que te apetezca hablar de ello...

—Si quiero saber más de ti, es un tema importante.

—Ya te he contestado —me comenta serio.

—¿Las besabas cuando las veías? No me contestes, es evidente que sí —digo rápidamente, pues no me apetece imaginarlo con otras—. Y bueno, supongo que no serás virgen..., bien, yo...

—No le dejo hablar y Adair parece contrariado con mis preguntas—. ¿Qué clase de relación llevamos? Deseo estar contigo... pero no así. Deseo besarte... ¿Acaso tú no?

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Nunca te ha gustado que te mareen dando muchas vueltas a los temas... —Sonrío con tristeza—. ¿Te das cuenta? Estás quieto, con miedo a acercarte, a besarme, a abrazarme. Ayer te pillé mirándome los labios y pude ver en tus ojos tu

deseo..., no soy tonta, soy capaz de ver algunas cosas..., pero no lo haces, ni lo harás. Y yo trato de ir rápido, me fuerzo a mejorar a pasos agigantados, pues el premio son tus besos... — Sonrío de nuevo con tristeza—. Al menos, mi vena romántica está intacta. Lo que quiero decir es que... me importas, Adair, pero no puedo ofrecerte lo que mereces, al menos de momento..., pero tampoco quiero perderte... —Lo miro esperando en lo más profundo de mi ser que diga que pare, que no piensa dejarme, pero Adair está callado contemplándome y sé que él sabe lo que voy a decirle a continuación—: Podríamos ser amigos especiales, y si un día puedo volver a ser una mujer completa y tú quieres..., me gustaría mucho ser tu novia, pero ahora no puedo. Ojalá querer fuera poder...

—Lo es —se calla y espero que me contradiga, pero añade—: Si eso es lo que deseas...

—Sí —lo digo sin firmeza alguna en la voz, pues en el fondo no es lo que deseo, sino lo que debo hacer.

Aparto la mirada para que no vea como mis ojos se llenan de lágrimas por tener que renunciar a él por ahora, hasta que vuelva a ser una mujer completa.

Nos quedamos en silencio. Al volverme hacia él, lo veo cerca de la puerta apretando los puños. Me veo tentada de refugiarme una vez más en sus brazos y pedirle que nos quedemos así para siempre.

—¿Te vas?

Me mira serio.

—No sé qué demonios hacer. —Adair se pasa la mano por el pelo—. Lo siento, he tenido una mala noche, casi no he dormido por el trabajo. Será mejor que regrese cuando esté más descansado.

—Claro. Nos vemos cuando puedas.

Me vuelvo y me apoyo en la barandilla, pues las lágrimas han empezado a resbalar por mi cara y no quiero que Adair las note. Cuando creo que se ha marchado, se me escapa un sollozo y me llevo la mano a la boca para contenerlo; sin embargo, oigo a mi espalda:

—¿Por qué lo haces, Laia? ¿Tanto te cuesta dejarme estar a tu lado?

—Yo... estoy cansada de esto... pero no sé qué hacer —digo entre lágrimas—. Me gustaría volver a levantarme un día y sonreír sin más, solo porque soy feliz. Estar distraída como siempre con mis fantasías. Y soñar. Soñar que me besas y poder hacerlo realidad. Me gustaría no tener miedo a salir a la calle, o a que cualquier persona que me importe pueda hacerme daño. Me gustaría... —Tomo aire y sigo—: Me gustaría mirarme al espejo desnuda y no sentir asco de mí por lo que pasó. A veces siento como si sus manos aún estuvieran en mi cuerpo y me da asco, rabia..., solo deseo ser feliz... y no puedo. ¿Sabes lo que

es mirarte y recordar lo mucho que he soñado con estar a tu lado, y ahora ver como te pierdo? Y que si no es hoy... será dentro de unos días. Quiero ser quien era, y todos deseáis que vuelva a ser la Laia de siempre... pero no puedo. ¿Y si... y si no vuelvo a serlo nunca? ¿Y si esto me ha marcado de manera irrevocable? ¿Y si cuando lo supere, soy distinta? Vosotros confiáis en que ese día llegará... pero yo... yo siento que ya nunca lo seré. Por eso... Por eso no puedo obligarte a estar a mi lado, no hasta que averigüe quién soy... y qué puedo ofrecerte.

Nos quedamos en silencio.

—Lloro porque decirte adiós cuando al fin te tengo me parte el alma, pero ahora mismo estar contigo me rompe el corazón porque no puedo ser la que debería y desearía.

Noto que Adair se coloca detrás de mí y empieza a rodearme con sus brazos; lo dejo hacer y poco después siento su cálido abrazo. Me apoyo en su pecho y absorbo su fuerza.

—Hace unos días no dejabas que te abrazara. En vez de pensar en cuándo será el día en que lo hayas superado, piensa en todo lo que has conseguido hasta ahora, y que cada día que pasas vas hacia delante. Si tratas de mejorar de golpe, solo te agobiarás. No dejes que él gane. Le darías mucha importancia, Laia. Él ya trató de quitarte algo importante, no dejes que te quite nada más.

Adair se calla y casi espero que añada que no deje que nos separe, pero aunque no llega a decirlo, sé que en su interior piensa así.

Pongo mis manos sobre las suyas y me quedo quieta, sintiéndolo, sintiéndolo a él.

—Iremos poco a poco...

—Así debe ser. No por correr más se llega antes.

—Gracias por estar a mi lado.

—Laia, no me des las gracias por algo que hago con gusto.

—Vale. —Me relajo rodeada por sus brazos. Mis lágrimas hace rato que han cesado, pero sigo

estando triste por mi decisión—. Tal vez no pueda dejar que me beses todavía, pero me gustaría saber lo que piensas, si tienes ganas de besarme... ¿Me lo podrías decir?

Adair se ríe y noto como su pecho sube y baja.

—No sé por qué te ríes.

—¿Que te diga cuándo tengo ganas de besarte? Laia, si lo hiciera, no hablaríamos de otra cosa en todo el día.

Me tenso pero enseguida me relajo. Las palabras de Adair se cuelan dentro de mí.

—Algún día —digo más esperanzada.

—Tenlo por seguro.

Su seguridad me da fuerzas.

—¿Hace mucho que no tienes novia?

—Laia... ¿De verdad quieres saberlo?

—No, pero quiero saber qué has hecho en estos tres años. Antes solía saberlo, por lo que contabais en la habitación de mi hermano. — Sonríe al recordarlo—. Os espiaba tras la puerta.

—No deberías haberlo hecho...

—¿Por qué? Yo sabía que no hablabais de mí, pero quería saber más cosas de ti. Casi siempre aguantaba hasta que empezabais a hablar de vuestras fiestas y de otras chicas..., a la que más nombrabas y que yo más odiaba por aquel entonces era una tal Paloma.

—Sí, la recuerdo. Al final no era lo que yo esperaba y lo dejamos.

Pienso que tal vez le pase eso mismo conmigo y me entristezco.

—Yo solo he estado en serio con... ya sabes su nombre.

—Desgraciadamente, sí. ¿No ha habido nadie más en tu vida?

Niego con la cabeza.

—Hasta que me fui, no dejé de luchar por ti —reconozco roja como un tomate, pero me gusta la sinceridad y si quiero que lo nuestro funcione, no puede hacerlo con verdades a medias.

Adair se tensa y yo pongo mis manos en las tuyas y se las acaricio.

—¿Qué tal te han ido los estudios? — comenta Adair para cambiar de tema.

—Bien..., he pensado estudiar el resto de la carrera en la universidad pública que hay cerca del pueblo. No quiero volver a mi otra universidad. A veces pienso que estoy siendo un cobarde..., pero no puedo evitarlo.

—No eres un cobarde y si así eres feliz... Es bueno que sepas lo que te hace feliz y lo que no.

Me gusta la forma de verlo que tiene Adair y me siento mejor.

—Cuando empecé la carrera me agobié un poco, pero enseguida le cogí el gusto y no he sacado malas notas.

—Nunca se te dio muy bien estudiar. Me alegra que ahora sí.

—Sigo igual, pero ahora hago algo que me gusta mucho, Magisterio Infantil.

—Siempre se te dieron muy bien los niños.

—¿Crees que podré un día seguir con mi vida sin más?

—Sí.

No añade nada más, pero su afirmación tan rotunda me da esperanzas. Nos quedamos un rato en silencio. Me apoyo por completo en su pecho, deseando sentir aún más su presencia, e intrigada porque no estoy asustada.

—Creo que hemos tomado la decisión correcta en cuanto a nosotros... Antes me pasaba más tiempo pensando en cómo debería comportarme contigo para ser una pareja normal, y ahora solo me preocupo en desear que un día podamos serlo.

Adair no dice nada y yo me vuelvo entre sus brazos. Al girarme hacia él, lo veo mirar por encima de mí hacia ninguna parte. Su semblante es muy serio y sé que está dándole vueltas a lo que le he dicho.

Alzo mi mano hacia su mejilla y, cuando la dejo posada allí, noto como mi temblor se ve sustituido por el placer de sentir la calidez de su piel. He soñado tantas veces con estar así con él que, pese a todo, una parte de mí se pregunta si no será un sueño.

—Me gusta mucho estar contigo. Y haré todo lo que esté en mi mano para no perderte.

Adair baja sus preciosos ojos grises hacia mí.

—Me alegra oír eso. —Sin embargo, su mirada dice otra cosa. Algo le preocupa.

—Adair..., yo siempre te digo lo que se me pasa por la cabeza... o, bueno, la gran mayoría de las veces... Dime, ¿qué te pasa?

—Nada. —Adair pone su mano sobre la mía y me sonrío, pero sé que me oculta algo—. Es solo que tengo que irme a trabajar...

Me separo de él. No porque sienta miedo, sino porque aunque sé que le han llamado y debe irse, noto como si deseara hacerlo y que se

marcharía ahora mismo aun no teniendo esa excusa.

—Claro. Ya nos veremos.

—Laia...

—No digas nada que no sea la verdad.

Ambos sabemos que prefieres irte a decirme lo que piensas, así que márchate.

Lo miro seria y enfadada. Adair va a decir algo, pero finalmente calla y se empieza a ir.

—No lo entenderías —comenta cuando está a punto de salir.

—Está claro que no si no lo intentas. ¿Sabes?, pensaba que nuestra relación no podría ir bien ahora porque yo me sentía presionada, pero empiezo a pensar que también es culpa tuya. Yo te he dicho lo que me pasa y tú, en cambio, no has parado de mentirme y ocultarme cosas desde que empezamos. Peor aún, no estás siendo tú mismo. Has querido besarme y no lo has intentando, has deseado estar cerca y te has alejado, y prefieres callar a hacerme daño. —Me muestro enfadada y,

por primera vez en días, este sentimiento, lejos de ser el de lástima y miedo, me da fuerzas—. No quiero una relación a medias. Si estás conmigo, es con todas las consecuencias. Y ahora vete si quieres, pero la verdad, ahora mismo prefiero que te vayas y no aparezcas en muchos días.

Me vuelvo de espaldas y espero, pero cuando me doy cuenta de que Adair no dice nada, me doy la vuelta y compruebo que no está. Mi enfado remite y noto que no solo he recuperado mi carácter, sino que por unos segundos mi mente ha fantaseado con él. En mi fantasía, él venía hacia mí, me decía lo que le pasaba, me abrazaba y éramos felices. Sin embargo, la realidad no ha sido esa.

—Hija. —Alzo la mirada hacia mi padre y lo veo sonreír—. Me alegra que poco a poco estés volviendo a ser como eras.

Sonrío con él. Aunque yo creo que voy despacio, después de la charla que le acabo de

echar a Adair, es evidente que estoy consiguiendo ser yo misma. Estoy luchando.

CAPÍTULO 8



ADAIR

Llego a mi casa tras acabar de trabajar, furioso conmigo mismo, con la vida, con todo, y sintiéndome explotar por dentro. Al abrir la puerta, veo que hay luz en mi apartamento y descubro a Liam mirando por la ventana, o al menos eso hacía hasta que me ha oído entrar.

—No tengo ganas de hablar y prefiero estar solo —digo alzando la voz, pero Liam no se amedrenta.

—Yo creo que más bien lo contrario. Cálmate, Adair.

—¡Claro, para ti es fácil decirlo! ¡No han intentado violar a la persona que más quieres! —

Me paso las manos por la cara arrepentido por lo que acabo de decir—. Lo siento.

—Yo no. Ya va siendo hora de que saques todo eso que te está matando por dentro.

—No me han atacado a mí, no merezco estar así..., ella...

Ya no sé ni lo que digo. Liam se acerca y me observa serio.

—Adair, tú no has tenido la culpa y si yo estuviera en tu lugar, estaría igual o peor que tú.

—No es fácil calmarse. Y lo peor es que no paro de cagarla con ella. —Me remuevo inquieto.

—¿Por qué?

—Cosas mías.

—Vamos, Adair, deja ya esa estupidez de guardarte todo para ti. Somos amigos y me ofende mucho que me mantengas al margen de tus problemas.

—No es fácil, ¿sabes?

—No, pero puedes empezar por el principio. ¿Por qué crees que no haces más que cagarla?

—Se me fue de las manos... ¿Por qué no le dije lo que sentía y ya está? —explico, caminando arriba y abajo por el apartamento—. No, yo no. Yo llevo años haciendo el tonto lejos de ella y ahora precipito las cosas haciendo que se sienta presionada por no poder ser lo que espero... ¡Si yo solo quiero que ella sea feliz! —Exploto—. Pero, maldita sea, la comprendo, quiere estar bien de golpe... ¿Por qué no he sabido verlo? Siempre me he jactado de ver lo que otros pasan por alto y ahora que de verdad necesito mi capacidad... ¡No me funciona!

Me paso la mano por el pelo revolviéndomelo y me callo. Estoy perdiendo los papeles. Liam me pone la mano en el hombro para que me tranquilice.

—Adair, aunque Laia sea la que ha sufrido la agresión, las personas que la queréis también habéis sufrido un duro golpe. Es normal que no sepas cómo reaccionar ni qué hacer...; no te culpes porque esta situación haya podido contigo.

Además, puede que seas capaz de ver lo que sucede alrededor de otras personas y comprender lo que sienten, pero es normal que no sepas verlo cuando te afecta directamente a ti. Es muy difícil saber cómo lidiar con nuestros propios problemas.

No digo nada, voy hacia uno de los sofás y me apoyo en el respaldo.

—Ella ha sido más sensata que yo y ha decidido que nos tomemos tiempo.

—Es lo mejor. —Lo miro serio y asiento—. Solo es tiempo lo que necesitáis. Ella ahora mismo no sabe ni lo que ha quedado de ella ni cómo será cuando se recupere. Conozco a Laia por lo que tú me has contado y siempre piensa más en los demás antes que en ella misma. Seguramente cuando está contigo solo está pendiente de ser lo que tú esperas de ella y, al no poder lograrlo, se frustra más.

—Lo sé, lo he visto claro esta noche. Por eso me siento tan mal. He esperado mucho tiempo, ¿por qué no me mantuve al margen un poco más?

—Ya te lo dije. Porque no querías que nadie le hiciera daño y crees que, estando a su lado en todos los sentidos, la protegerás de cualquier cosa que pueda hacerla sufrir —comenta apenado por haber tenido razón.

Me quedo en silencio.

—Me siento frustrado. Haría lo que fuera por ella, pero no puedo hacer nada salvo verla sufrir... y no quiero estar lejos de ella, pero cerca le hago daño...

—Ella es la única que puede ayudarse a sí misma. Tenéis que estar a su lado, pero sin agobiarla. Laia tiene que salir del pozo en el que ahora se encuentra por sus propios medios...

—¿Y si no quiere salir de él?

—¿De verdad crees que no quiere?

Enseguida niego con la cabeza.

—Ahora mismo no sé qué hacer.

—Dadle tiempo y, créeme, a veces eso es lo más difícil —Sé por qué lo dice y que, a pesar de que su situación no se parece en nada a la mía,

Liam puede entenderme. Él tuvo que ver como Elen se alejaba y cada día espera su regreso y lucha por que la esperanza de que un día vuelva no se apague.

—No quiero que ella piense que no estoy a su lado.

—No lo pensaré. Yo estoy al lado de Elen y no hablo con ella...

—No sé qué es más difícil, si estar a su lado y no poder hacer nada, o alejarme de ella y esperar que esto ayude en algo.

—Ambas opciones son complicadas.

Nos quedamos en silencio. Liam se marcha un rato después, dejándome solo con mis pensamientos y sabiendo que, aunque me duele estar lejos de Laia ahora, cuando más me necesita, debo aceptar su decisión y que ella luche por salir de esto, sin presiones. Tener paciencia y esperanza. Espero estar haciendo lo correcto.

LAIA

«Lo que más deseo ahora mismo es estar a tu lado... pero te comprendo. Por eso me alejo de ti con la esperanza de que pronto nos veamos. Yo sé que puedes lograrlo. Ve a tu ritmo, estoy a tu lado siempre. Tuyo, ADAIR.»

Leo el mensaje que Adair me envió hace una semana y, como aquella vez, se me llenan los ojos de lágrimas. Desde entonces no he sabido nada de Adair. Al principio eso me sumió en una profunda tristeza, pero luego esa tristeza se convirtió en rabia. Rabia porque él se fuera sin más, porque no luchara más por mí. Luego pensé: ¿y yo? Yo fui quien dejó que se fuera, y también siento rabia por eso. Ahora mismo mi fuerza reside en mi rabia.

Estoy mirando la pared rosa pastel de mi cuarto y ya no me gusta ese color. Me levanto de la cama con una idea que me ha venido de repente y que, cuanto más la pienso, más convencida estoy de que ahora mismo es lo que más me apetece.

—¿Mamá?

—¡En la cocina! —la oigo gritar desde abajo.

Cuando entro, mis padres están poniendo la mesa para comer.

—Quiero pintar mi cuarto. —Ambos me miran como si me acabara de salir otra cabeza, sin entender nada—. Me gustaría que fuera de otro color.

—Si estás pensando en el negro, ya te puedes ir olvidando —replica mi padre serio. ¿Esperaban que les dijera un color tan fúnebre? ¿Esa es la imagen que doy?

—No. Estaba pensando en el azul marino para una pared y las otras en blanco.

Mi madre me mira y sonrío.

—Comemos y luego vamos al centro comercial y elegimos las pinturas.

Al caer en que tengo que salir de casa, mi euforia por pintar la habitación se evapora.

—No, mejor no. Así está muy bien.

—¡Ya basta, Laia!

—¡David! —mi madre recrimina la salida de tono de mi padre, mientras que yo me vuelvo hacia

él sorprendida porque me haya gritado.

—No, es la verdad. Estoy harto de ver cómo va por la casa como alma en pena. Ya está bien, ese imbécil no va a salirse con la suya. ¿Es eso lo que quieres? ¡Yo quiero a la Laia de siempre, o la que seas ahora, me da igual, la quiero, y la quiero ya! Es hora de que empieces a vivir otra vez. Estoy cansado de verte así.

Mis ojos se llenan de lágrimas y, aunque debería estar triste, siento rabia una vez más.

—¿Acaso piensas que a mí me gusta esta situación? —grito estallando por primera vez—. ¿Acaso pensáis que me gusta ir como alma en pena por casa?, ¿que me gusta veros tristes todo el día?

—Pues es lo que parece —mi padre responde con dureza, sin achantarse, pero me doy cuenta de que a él le está costando más este estallido de genio de lo que parece.

—Eso no es verdad.

—¡Entonces demuéstralo! Te educamos para que lucharas, para que aprendieras a levantarte.

Laia, has tenido mucha suerte...

—David... —Mi madre lo coge de la mano.

—No, es la verdad. Ese cabrón no llegó a violarla. Hay mujeres que no tienen tanta suerte, o que tras la violación... —la voz se le corta por el dolor de pensar en lo que podría haber pasado—. Has tenido suerte, Laia, y estás viva. Empieza a demostrar que estás agradecida de que no haya sido peor. Yo lo agradezco cada día.

Les miro en silencio. Mi padre me observa serio y mi madre ha estallado en un llanto silencioso, temiendo mi reacción tras sus palabras.

—Tienes razón..., nos vamos después de comer.

Me vuelvo y subo a mi cuarto temblando, y, cuando estoy sola, me derrumbo sobre la puerta tratando de que el aire llegue a mis pulmones y no llorar. Mi padre tiene razón: Carlos no llegó a violarme y por todas las mujeres que no han tenido esa suerte, y que han acabado incluso muertas, por todas ellas, debo dar gracias y luchar. Estoy viva,

¿no? Mientras hay vida, hay esperanza, y la mía es volver a ser yo misma. Y lo voy a conseguir.

* * *

Cuando entramos en el centro comercial, la gran cantidad de luces me afecta como nunca y el murmullo de la gente se me clava como dagas, pero sigo andando. Trato de no aferrarme al brazo de mi madre por miedo a que se sienta mal; ya lo está sin que yo haga nada. No para de mirarme cada dos por tres y de observar los alrededores. Cada vez que pasamos al lado de un grupo de gente, sin querer me pego más a ellos, y prefiero ir mirando el suelo que sentir las miradas de los demás. Respiro agitada y sigo moviéndome, pero no soy muy consciente de a dónde vamos. Estoy agobiada y sé por los síntomas que estoy a punto de sufrir un ataque de ansiedad. Respiro hondo para calmarme y sigo a mis padres. Cuando

llegamos a la zona de las pinturas, miro el catálogo de colores y enseguida encuentro el que buscaba. Una vez que nos ponemos en la cola de la caja me relajo, pues ya queda poco para volver a casa; sin embargo, el siguiente comentario de mi madre me hace temblar de nuevo:

—Entiendo que no quieras usar tu ropa de momento, aunque yo creo que es preciosa y estabas muy guapa con ella —aclara—. Pero no puedes estar llevando siempre la de tu hermano. ¿Vamos a compartir algo?

Mi madre me mira ilusionada, así que yo me trago mis miedos y asiento. Es un tema que he dejado aparcado todo este tiempo, pero no me siento capaz de volver a ponerme mi ropa, ni ninguna otra prenda que insinúe mis formas... Es pensar en lo que Carlos me dijo mientras me agredía, que yo le provocaba por cómo iba vestida, y mi respiración se agita.

Nada más entrar en la primera tienda y ver la ropa fresca y corta de verano, salgo. Vamos de

tienda en tienda, sin encontrar nada. En una de ellas encuentro un peto vaquero ancho hasta los pies y me lo compro aunque, por la cara que pone, mi madre no cree que sea la mejor elección. Llegamos a continuación a una tienda de deportes, donde cojo varios chándales anchos y varias camisetas poco ajustadas. Una vez más, veo que mi madre compra la ropa con tristeza y eso me hace sentir mal por ser así, pero no puedo evitarlo.

—Yo creo que están muy chulas. —Mi padre me da un cariñoso abrazo y, mientras bajamos a por el coche, propone—: ¿Te apetece que tomemos algo de merendar? Recuerdo que las hamburguesas te gustaban mucho.

Asiento solo para no estropear la sonrisa de mi padre y me dejo guiar por ellos, una vez más. Me aguanto las ganas de salir corriendo cuando nos sentamos en una mesa de la hamburguesería, rodeados de gente, pero no hago más que mirar mi reloj deseando que el tiempo pase y salir de aquí. Doy otro mordisco a mi hamburguesa, sin

disfrutarla. Ya no encuentro felicidad ni placer en las cosas sencillas que antes me entusiasmaban.

—Mira quién está allí —dice mi padre señalando hacia un punto.

Al mirar en esa dirección, veo a Adair en una mesa tomando algo con Dulce. Mi corazón comienza a latir con fuerza, como siempre que veo a Adair; luego la rabia renace en mí, y los celos. Unos enormes celos al verlo con ella. ¿Por eso no luchó más por mí? ¿De verdad me está esperando? Las dudas y los miedos me asaltan.

Me levanto y digo:

—¿Habéis acabado? Yo ya no tengo más hambre.

—Si yo fuera tú, iría a saludarlo. Es tu amigo.

Miro a mi padre, cansada de sus tácticas para que haga lo que él quiere.

—Pues vas tú y le dices hola de mi parte. Yo os espero en el coche. —Y echo a andar enfadada, hasta que me doy cuenta de que voy sola y que estoy sumergida en una marea de gente. Enseguida

me detengo y miro a mi alrededor, temerosa. Trato de dejar de temblar. Me vuelvo asustada cuando escucho a alguien que se acerca a mí, temo que venga a atacarme, pero son mis padres, que me han seguido.

—Adair te ha visto, está mirándote. Lo digo solo por si quieres saludarlo —comenta mi madre.

Me vuelvo hacia donde está Adair. Me mira serio, no sé por qué, y tampoco comprendo por qué no se acerca a decirme nada. ¿Acaso no era lo que iba a hacer yo? Le saludo con una inclinación de cabeza y me vuelvo rápidamente, incapaz de verlo tan cerca y al mismo tiempo tan lejos de mí. Es como si hubiéramos vuelto al tiempo en el que yo lo seguía y él me ignoraba.

Mientras camino fuera de la hamburguesería, una parte de mí me dice que es mejor así, que de ese modo no tendré que forzarme a salir cuanto antes de este pozo, pero otra —y esta es mucho más fuerte— se lamenta por la oportunidad que estoy dejando pasar y sabe que, pese a que ahora

vaya temblando y esté asustada, voy a seguir luchando para recuperar mi vida. Nunca he echado tanto en falta algo tan simple, y a lo que pocas veces le he prestado atención, como ser yo misma.

ADAIR

Observo a Laia irse con sus padres y trato de no ir tras ella, como es mi deseo. Aprieto los puños con fuerza e intento calmarme. ¿Acaso le hace algún bien que me mantenga alejado? Estoy harto de no saber qué pasará, de no saber si otra vez estoy tomando el camino equivocado.

—Has hecho bien. —Dulce toma mi mano y su contacto poco a poco me tranquiliza—. Ella ahora necesita salir sola de donde está y si la rabia hace que lo consiga antes, mejor. Su hermano ya te ha dicho que no parecía un alma en pena por casa, que la había visto enfadada incluso.

—Lo sé.

—Sé que no es fácil. —La miro y suspiro con resignación.

—Deja ya el tema, Dulce. Ahora mismo no quiero hablar de ello.

Dulce no se ofende, al contrario, me sonrío y toma una de las patatas que hay en la mesa. Me conoce bien, pasamos mucho tiempo juntos y, aunque cuando la conocí creímos que nuestra atracción podría desembocar en algo más, no tardamos en darnos cuenta de que éramos más amigos que pareja.

—Vaya, qué raro, los dos juntos. —Ángel se sienta en una de las sillas libres y Robert en otra; este último solo nos saluda.

—Tal vez sea porque somos amigos — replica Dulce—, por si no sabes lo que es eso... aunque, claro, tú no tienes muchas amigas. Ellas huyen de ti.

—Al revés, bonita, soy yo el que huye de ellas.

—Creo que vives una vida paralela a la realidad —le contesta Dulce.

—Vosotros dos, ya basta —les corto brusco. Ahora mismo no estoy de humor para sus tonterías.

Se miran y finalmente dejan sus pullas para otro momento.

—Acabo de ver a mi hermana... ¿La has visto? —Asiento—. Ha salido con mis padres a comprarse ropa y pintura para redecorar su cuarto. Según me ha dicho mi padre, esta mañana se enfadó con ella y eso la hizo reaccionar.

—Eso es positivo..., a veces hace falta un estímulo para dejar de estar sumida en la pena y en el miedo. Si todos la tenéis entre algodones le costará más, porque no verá necesidad de salir de su burbuja.

Miro a Dulce y me percato de que Ángel también, y no con el ceño fruncido precisamente, pero enseguida cambia de expresión y la observa con la misma hostilidad de siempre.

—Claro, y tú lo sabes porque eres muy lista.

—Al menos lo soy más que tú. —Dulce le reta con la mirada a que añada algo más.

—Lo dudo.

Dulce abre la boca para replicarle, pero se calla y sonrío al mirar a un punto lejano a nuestra mesa. Yo me giro en esa dirección y veo a Jon, un compañero nuestro que hace muy poco se ha incorporado a la unidad.

—Yo..., nos vemos —Dulce se levanta y se marcha. Cuando llega a su lado, saludo a Jon con la cabeza y ambos se sientan en una mesa apartada a tomar algo.

—¿Y ese estirado? —Me vuelvo hacia Ángel, intrigado por su comentario—. ¿No se da cuenta de que Dulce es de todo menos femenina? Me apuesto lo que quieras a que no tardará en demostrárselo y saldrá corriendo. —Sonrío por su gracia, que al parecer, por la cara de Robert y la mía, solo él la encuentra ingeniosa.

—Es compañero nuestro y sabe perfectamente cómo es Dulce. No va a salir

corriendo.

—Sé que lo que voy a decir es imposible, pero me ha parecido detectar celos en tu voz... —le pica Robert.

—¿Qué?! ¡Tú sueñas! ¡Yo por esa no sentiría nada en mi vida! —dice apartando la vista de ella —. Me voy. ¿Vienes? —pregunta a Robert.

—No.

—Bien, pues nos vemos. Y, Adair —lo miro atentamente—, no te preocupes, intuyo que mi hermana está a punto de tomar las riendas de su vida y ser ella misma.

Cuando Ángel se va, Robert y yo nos quedamos tomando algo y hablando de temas triviales.

—Me da la impresión de que Ángel y Dulce se conocían antes de que tú aparecieras con ella.

—A mí también, pero Dulce y él lo niegan rotundamente.

—Tal vez algún día descubramos la verdad.

—Es su vida, ellos verán lo que hacen.

—Sí.

Nos quedamos un rato en silencio y miro hacia la mesa de Dulce: ella le está sonriendo. Jon es un poco más mayor —Dulce tiene veintidós años y él, veinticinco—, pero siempre es muy atento con ella y me alegraría mucho que Dulce encontrara a una persona que la quisiera. Se merece ser feliz.

—Bueno, me voy, he de hacer unas cosas...
—digo.

—Yo también tengo que... bueno, no, no tengo nada que hacer. —Robert sonrío y por primera vez me fijo en las marcas de cansancio que tiene bajo sus ojos dorados.

—¿Ha pasado algo?

Niega y trata de sonreír, pero ahora que he dejado de pensar únicamente en mi pena, me es imposible ignorar que sí le pasa algo.

—No, vete tranquilo. Estoy genial.

Pero me quedo en mi asiento, serio. Robert me conoce lo suficiente para saber que no me iré

hasta que me lo diga.

—Mi padre —dice finalmente.

—¿Otra vez se ha metido en problemas?

Asiente. Cuando Robert nació, sus padres se desentendieron de él y lo dejaron con sus abuelos paternos siendo todavía un bebé. Ellos fueron quienes le criaron. Su madre no tardó en rehacer su vida lejos de aquí. Ahora está casada, tiene una nueva familia y, por lo que sé, Robert no conoce a sus hermanos ni ha vuelto a verla, pues no sabe ni dónde viven. Y su padre siempre anda metido en algún lío. Es alcohólico y muchas veces he tenido que llevarlo a casa de sus padres porque estaba tirado en el suelo de algún callejón. No suelo hablar de ello con Robert, pero sé que él es consciente de la enfermedad de su padre y que lo pasa mal cuando este bebe hasta perder el conocimiento.

—Si fuera lo mismo de siempre...

—Robert, puedes contar conmigo.

—Es complicado. —Sonríe con tristeza y juega con la cucharilla de su café, mientras espero paciente a que busque la mejor forma de decirme lo que le sucede—. Mi padre ha tenido hace poco una niña... No entraba en sus planes y la madre no la quiere. Y claro, él se niega a hacerse cargo de ella. La madre ha amenazado con llevarla a un centro de adopción...

—¿Por qué no quiere a la pequeña?

—Dice que un niño no entra en su vida — mientras lo dice, Robert tensa la mandíbula y sé que se acuerda de su caso.

—Mis abuelos están demasiado mayores para hacerse cargo de un bebé...

—¿Estás seguro de que es hija de tu padre?

—Sí. Se ha hecho las pruebas porque él no se acordaba de haber estado con esa mujer y han dado positivas. Además, el otro día la vi. No tiene más de tres meses, pero tiene el pelo rubio como él y es igualita a mí. ¿Cómo puede negar que es hija suya, joder? —Robert da un manotazo en la

mesa—. Lo he estado pensando. Como hermano de la niña y mayor de edad, puedo hacerme cargo de ella. Aunque esté en casa de mis abuelos, yo sería el que se ocuparía de la pequeña...

—Puede que aún le estés dando vueltas, pero es lo que harás —acabo por él.

—Lo sé. Desde que conocí la noticia, es una decisión que está tomada. ¡Es mi hermana! No puedo dejar que se la lleven a un orfanato... pero, por otro lado, me agobia pensar en lo que cambiará mi vida si lo hago. —Robert aprieta el puño, enfadado—. ¡Maldita sea! ¡Cuando yo estoy con alguien, me cuido siempre de tomar precauciones...! ¿Por qué él no hace lo mismo?

Se pasa la mano por su pelo rubio y me percato de que ha atraído la mirada de varias personas a nuestro alrededor.

—Lo siento. —Sonríe tratando de calmarse—. Seguramente pronto llevarán a la pequeña a casa de mis abuelos. No podemos retrasar más lo

inevitable, la niña no se merece los desprecios de su madre...

—Ánimo.

—Sí, lo voy a necesitar. Para esa niña seré algo más que su hermano mayor. No me había planteado ser padre..., ni siquiera sé si me gustan los críos... No estoy preparado —sonríe con tristeza—, pero ella no tiene la culpa y no pienso fallarle.

Se levanta y deja el dinero de su consumición en la mesa.

—Nos vemos.

—Cuenta conmigo para lo que necesites. Nunca he cambiado pañales, pero si algún día quieres que te ayude con la pequeña...

—Se llama Nora.

—Bonito nombre.

—Tendré en cuenta tu ofrecimiento. —Me sonrío, ya ocultando del todo lo que le atormenta, y se aleja.

Me despido de Dulce y Jon antes de salir de la hamburguesería y vuelvo a mi casa. Nada más cruzar la puerta, la soledad del piso me atrapa, por lo que salgo otra vez y me voy a la comisaría. El trabajo es la única forma que tengo últimamente de no comerme la cabeza. Me cuesta mucho ser paciente, sobre todo cuando sé que Laia está sufriendo y yo me estoy manteniendo al margen. Una vez más, me pregunto si no me estaré equivocando con esta decisión.

CAPÍTULO 9



LAIA

Doy la última pasada con el rodillo y observo feliz mi habitación. Me siento orgullosa de mí misma, cansada por la tarea, pero me ha ayudado mucho hacerla. Ahora me siento más identificada con mi entorno y pienso que, al igual que esta pared ha cambiado aunque en el fondo sigue siendo la de siempre, yo también puedo haber cambiado, pero en mi interior sigue quedando una gran parte de lo que fui. Al fin y al cabo, los cimientos son la parte más resistente en las casas.

Los muebles son los mismos que ya tenía, pero les he dado un toque distinto. Saco del armario la ropa con la que ahora no me siento

cómoda y ordeno la nueva —he vuelto a salir de compras con mi madre y, como ahora no soy la mejor asesora de imagen, he dejado que me aconseje—. Al llegar a la estantería y colocar las cosas que había en ella, no tardo en sostener en mi mano la foto en la que estoy al lado de Adair. Acaricio con cariño su rostro y luego aprieto los dientes y la dejo en su sitio. Tengo que ser fuerte. Me da miedo estar perdiéndolo, pero más miedo aún estar a su lado y ver como sufre por no poder ser quien es, o quien sería, con la persona a quien ama. Quiero que sea libre cuando esté a mi lado, que me pueda querer como desea, sin miedo a hacerme daño; no quiero que esté todo el rato pendiente de no hacer nada que me traiga malos recuerdos.

Tengo que conseguir ser fuerte. Por mí, por él, por nuestro futuro juntos.

Cojo algo de ropa y voy al baño para ducharme y quitarme la pintura. Cuando termino,

bajo a buscar a mi madre, que está viendo la tele en el salón.

—Mamá. —Mi madre se gira; yo le tiendo la tarjeta que me dio Dulce—. Me gustaría ir..., me preguntaba si me podrías acompañar.

—Claro, hija. Dame cinco minutos y nos vamos.

Mi madre se va a vestir y yo me siento a esperarla. No sé por qué le he preguntado si me puede acompañar. El otro día escuché a mi madre decirle a mi padre que se iba a tomar unos meses de excedencia en el trabajo e iba meter a otra dependienta en su tienda, que le aterraba la idea de dejarme sola en casa por si me pasaba algo. Yo, que estaba escuchando tras la puerta la conversación, quise salir para decirle que no hacía falta, que me encontraba bien, pero no fui capaz, porque no puedo negar que ahora mismo me aterra quedarme sola.

Me odio por ser tan egoísta, tan cobarde, tan débil; por no luchar contra este miedo que me

paraliza, pero no puedo, es superior a mí.

—Ya estoy, vamos.

Salimos del portal. Yo camino al lado de mi madre, temblando como siempre y notando a cada paso como si el suelo fallara bajo mis pies. Miro a mi alrededor constantemente y varias veces me ha parecido ver a Carlos observándome desde alguna esquina. Sé que no es posible, que son imaginaciones mías, pero no puedo evitar que me dé un vuelco el corazón.

A pesar de todo, me cojo del brazo de mi madre y no tardamos en llegar al gimnasio, que está a solo a unas calles de casa. Decidimos esperar juntas a que llegue Dulce en la entrada del gimnasio.

—¡Laia! —Me sorprende la voz animada de Dulce, que me sonrío y se acerca a nosotras en cuanto nos reconoce—. Me alegra mucho verte por aquí. Pasad, os enseñaré esto.

Dudo, pero finalmente entramos. Mi madre va delante, hablando animadamente con Dulce, y yo

detrás, tratando de no dejarme invadir por el miedo mientras las sigo. Apenas si reparo en lo que me rodea ni presto atención a lo que van diciendo.

—¿Cuándo empiezas? —me pregunta Dulce, pillándome por sorpresa.

—Yo...

—Quédate a mi clase. Tu madre también puede quedarse, así ve cómo trabajamos.

Asiento y nos conduce a una sala no muy grande. Esta vez sí lo miro todo y me relajo al ver que solo hay mujeres.

—Casi todas ellas comparten un pasado común, como tú. Eso te ayudará. Aquí no eres diferente, aquí eres una más —explica Dulce, adivinando mi mirada.

La miro y le sonrío. Sus últimas palabras me han calado hondo. Aquí soy una más. Nunca pensé que desearía tanto ser simplemente eso, una más.

Empieza la clase. Observo a las alumnas: son mujeres de todas las edades, cada una de distinta

altura y complexión. Algunas de ellas son realmente grandes y me cuesta imaginarlas bajo el dominio de un hombre. Yo creía que el hecho de ser tan menudita influyó en que él pudiera conmigo con tanta facilidad, pero al ver a tantas mujeres distintas me doy cuenta de que, ante una situación así, todas estamos igual de indefensas.

Dulce les enseña un par de técnicas de defensa personal y luego las pone en parejas para que practiquen entre ellas. Algunas hacen bromas y se lo pasan bien, otras son más tímidas y se sonrojan cuando les toca entrenar, y un par de ellas tienen la mirada perdida, una mirada que, supongo, es casi un reflejo de la mía. Las observo con interés y, cuando termina la clase, me doy cuenta de que estaba a gusto y de que no quiero irme. Se me ha pasado el tiempo rapidísimo.

—Muy bien, chicas. Nos vemos en la siguiente clase —les dice Dulce a sus alumnas. Muchas son mayores que ella, pero todas se

piden con cariño y algunas le dan un abrazo afectuoso. Luego, Dulce se acerca a mí.

—¿Te ha gustado?

—Sí.

—La próxima clase es el viernes. Te espero aquí a las siete de la tarde.

—Aquí estaré —respondo casi sin pensar. Luego caigo en la cuenta de que no me ha preguntado en ningún momento si vendré o no. Ha sabido de antemano que me apetece venir y dejar de sentirme débil.

—Estupendo. Me voy a duchar, que esta noche trabajo.

—¿Con Adair?

Dulce asiente.

—Dale recuerdos de mi parte... o mejor, no... Déjalo... —y volviéndome hacia mi madre, añado—: ¿Nos vamos, mamá?

—Claro. Adiós, Dulce.

Empiezo a andar, pero enseguida me arrepiento de lo que le acabo de decir a Dulce y

vuelvo tras mis pasos.

—¡Dulce! —Esta se gira y me mira—.
Simplente dile...

—Le diré que estás bien y que te alegras de saber que él también lo está —concluye Dulce. Yo asiento, pues por el momento no puedo decir más, aunque desearía poder decirle tanto...

—Sí, gracias.

Salgo del gimnasio seguida de mi madre, convencida de que he tomado la decisión correcta, que ya estoy luchando apenas sin darme cuenta y que estoy un poco más cerca de superar lo que me pasó.

* * *

Hace casi un mes que asisto a clases de defensa personal. No he hablado mucho con nadie, pero me siento bien. Con cada clase me noto más fuerte y, aunque no me creo capaz de poder tumbar

a nadie todavía, sí de luchar, de no desfallecer, y con cada día que pasa siento que le voy ganando terreno al miedo y que soy yo la que lleva las riendas de mi vida. Sigo teniendo pesadillas y no hay día que no me levante llorando, pero me seco las lágrimas y afronto el nuevo día sin pensar en ellas, solo concentrándome en vivir.

La clase acaba de terminar y Dulce se despide de nosotras hasta el próximo viernes. Me dirijo a los vestuarios, entro en una de las duchas individuales y me encierro en ella con pestillo. Aquí nadie lo ve raro y yo me siento más cómoda así. Cuando salgo de la ducha, ya vestida, veo a Dulce mirándose al espejo como ausente. Lleva el pelo rubio suelto y le cae en ondas por la espalda; prueba a hacerse un recogido a los lados, pero al final desiste y se lo coge en una coleta.

—Dulce.

Se gira y me dedica una sonrisa.

—Hola, Laia. Pensé que estaba sola.

—No, yo... me he rezagado un poco. Mi madre debe de estar preocupada por mi tardanza.

—Yo creo que no. Sabe que estás aquí. Si lo estuviera, ya hubiera entrado.

Sonreímos por el comentario acertado de Dulce.

—Te queda bien el pelo suelto.

—No me siento cómoda —me comenta sorprendida—. Me he acostumbrado a llevarlo recogido...

Me pongo a su lado en el espejo. Yo también llevo el pelo recogido y últimamente no me preocupó mucho por él, y a las dos nos gusta vestir con ropa cómoda; si no son chándales, cualquier otra prenda que sea holgada.

—¿Cómo está Adair? —me atrevo a preguntar al fin, pues llevo días queriendo saber de él y no he sido capaz de hablar ni con mi hermano ni con nadie de él.

—¿La verdad? ¿O la verdad que quieres oír?

—La verdad.

Me escruta un segundo, como si quisiera convencerse de que estoy siendo sincera, y finalmente decide contestar:

—Te echa de menos.

—¿Lo conoces bien?

Por un segundo en los ojos de Dulce asoma algo parecido a la culpa; luego desaparece.

—Somos amigos. Vamos, tu madre te estará esperando.

Salgo tras ella y la sigo de cerca esperando que siga hablando, pero se frena en seco y la escucho susurrar «mierda»; luego noto como su calidez y cercanía se trasforman en frialdad. ¿Qué le pasa? Sigo su mirada y veo a mi hermano leyendo los carteles que hay en la puerta.

—Qué raro que no haya venido mi madre.

—Sí, por desgracia.

Dulce sigue andando hacia la puerta.

—¿De verdad le tumbaste?

—¿Quieres verlo?

Observo a mi hermano. Me cuesta creer que Dulce, con su metro y medio de altura, consiguiera vencer el metro noventa y los músculos de gimnasio de mi hermano e, incrédula, asiento.

Dulce se lleva un dedo a los labios para decirme que no haga ruido y se acerca a Ángel por la espalda, sigilosa. Cuando llega hasta él, se lanza a su cuello para hacerle una llave pero Ángel, que parece que la estuviera esperando, reacciona a tiempo y Dulce acaba en el suelo.

—¿Esperabas encontrarme otra vez con la guardia bajada? —dice Ángel encima de ella—. Aquella vez te dejé ganarme.

—Ja, eso no te lo crees ni tú. ¡Suéltame! —exclama ella, rabiosa porque le ha salido mal la jugada.

Mi hermano se ríe mientras Dulce forcejea, pero no la suelta; al contrario, la coge de las muñecas para que no se revuelva y la inmoviliza con su peso. De pronto, mi mente traicionera deja

de verlos a ellos y me veo a mí atrapada bajo el cuerpo de Carlos.

—¡Para! ¡Para! ¡PARA!... —grito cerrando los ojos y llevándome las manos a la cabeza.

—¡Laia! ¡Laia, soy yo! —Noto que me cogen de los brazos. Yo trato de zafarme, aún sumida en mi pesadilla—. Laia, abre los ojos, por favor, ábrelos...

La voz alarmada de mi hermano se cuela poco a poco en mi cabeza y, por fin, abro los ojos. Frente a mí dejo de ver los ojos azules y lascivos de Carlos y distingo los ojos verdes tristes y preocupados de mi hermano.

—Lo siento, Laia, yo no...

—Lo sé —digo, y me abrazo a él con fuerza y mi hermano se queda paralizado, pues es la primera vez que lo hago desde lo que me pasó, pero él no es Carlos, es mi hermano. Y lo quiero. Y es injusto que lo rehúya y que deje de hacer lo que deseo por lo que hizo otra persona conmigo; él no se lo merece.

—Laia... —Mi hermano me abraza con fuerza y por un momento siento que el tiempo no ha pasado, que sigo siendo esa niña pequeña que iba llorando a su hermano mayor y este la abrazaba y no dejaba que nadie le hiciera daño.

—Estoy bien, de verdad...

—Lo sé.

Me separo y Ángel me seca las lágrimas y me sonrío. Me giro hacia Dulce y la veo observar a mi hermano con una mirada que no sé cómo interpretar, pero que está lejos de la frialdad con la que lo ha mirado antes.

—Me tengo que ir. Nos vemos en la próxima clase.

Dulce se marcha y mi hermano se gira hacia ella y, aunque solo tarda un segundo en apartar la mirada, he podido ver que él, al igual que Dulce, ya no la observa con el mismo resquemor. ¿Qué ha pasado entre ellos dos? Tarde o temprano, lo descubriré.

—¿Nos vamos a casa? Mamá ha preparado uno de tus platos preferidos para cenar. Y luego, si quieres, podemos ver una peli...

—Bien, me apetece.

Trato de sonreír. Seguramente mi sonrisa quede algo rara en mi cara llena de lágrimas y con mi cuerpo tembloroso, pero ahí está, poco a poco saliendo a la superficie. Poco a poco, estoy volviendo a ser quien era.

Agradecimientos

En especial a mi prometido y mi familia, por vuestro apoyo incondicional, por ilusionaros con cada uno de mis logros y vivirlos como propios. Por quererme tanto como yo os quiero a vosotros.

A mi editora Adelaida Herrera y a Click Ediciones por confiar en esta serie y amarla tanto como la amo yo. Y a Mónica Yáñez, por ser tan maravillosa y corregir mis novelas para que brillen con luz propia.

A todos mis lectores y a toda la gente que está a mi lado, por dejaros seducir con mis novelas y vivirlas con la misma intensidad con que yo lo hago cuando les doy vida. Gracias por entender mi mundo y por estar a mi lado. Por vuestros

comentarios y opiniones que me ayudan y me animan a querer mejorarme en cada libro.

A todos vosotros, ¡¡gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de teneros a mi lado y de que os unáis a mi pequeña gran «familia».



Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con 9 años empezó a escribir un pequeño teatro y con 12 años escribía poesías y frases sueltas. Pero no fue hasta los 18 años hasta que «descubrió» el ordenador cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir

y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor. Publicó una serie de 9 libros de forma gratuita en su blog «Mi error», que cuenta con miles de descargas por todo el mundo y ha conseguido con ello un mayor reconocimiento.

Libros publicados en papel:

- **El círculo perfecto** (Editorial Ambar 2010)
- **Me enamoré mientras dormía** (Editorial Nowe Volution Enero 2014)
- **Me enamoré mientras mentías** (Editorial Nowe Volution Noviembre 2014)
- **Por siempre tú** (Ediciones Kiwi Marzo'15)

Administradora de la web literaria de éxito «teregalounlibro.com» que cuenta con más de un millón de visitas.

Además, la autora ha conseguido colocarse en las **primeras posiciones de las listas de más**

vendidos en Amazon y Itunes con sus novelas «Me enamoré mientras dormía» y «Por siempre tú» y su novela «Me enamoré mientras mentías» ha sido nominada a mejor novela romántica juvenil este año en club romántica.

Más

sobre

ella:

<http://www.moruenaestringana.com/>

Su frase:

«La única batalla que se pierde es la que se abandona»

Y ella no piensa abandonar su sueño.

Próximamente

Queridos lectores:

Esperamos que hayáis disfrutado mucho con la lectura y os animamos a seguir leyendo la serie «Mi Error». Aquí tenéis los próximos lanzamientos.

Volumen II

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte I
(02/02/16)

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte II
(16/02/16)

Volumen III

Mi error fue confiar en ti. Parte I (01/03/16)
Mi error fue confiar en ti. Parte II (15/03/16)

Volumen IV

*Mi error fue enamorarme del novio de mi
hermana. Parte I (05/04/16)*

*Mi error fue enamorarme del novio de mi
hermana. Parte II (12/04/16)*

Volumen V

Mi error fue amarte. Parte I (03/05/16)

Mi error fue amarte. Parte II (17/05/16)

Volumen VI

*Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte I
(07/06/16)*

*Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte II
(21/06/16)*

Serie Mi error

Mi error fue buscarte en otros brazos

Parte I

Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web
www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2016

Diseño de la portada: Click Ediciones / Área Editorial
Grupo Planeta

Imagen de portada: © Roman Seliutin / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de
2016

ISBN: 978-84-08-14993-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mi error fue amar al príncipe. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruena Estríngana

Viaje hacia tu corazón

Moruena Estríngana

Ella es tu destino

Megan Maxwell

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

La suerte de encontrarte

Helena Nieto

Mariposas en tu estómago (primera entrega)

Natalie Convers

La chica de los ojos turquesa

Jonaira Campagnuolo

Mis alas por un beso

Marta Conejo

Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón

Alexandra Roma

Una canción bajo las estrellas

Laura Morales

Suki Desu. Te quiero

Kayla Leiz

Tú eres mi vez

Judith Priay